REZ
90

DG
A

BURLA BURLANDO

T. 171148
C.122103

M. ALVAREZ MARRÓN

BURLA BURLANDO

Colección de artículos sobre «cosas» del «terruño» y de las «indias»

Segunda Serie

"LA LIRA DE ORO,,
San Rafael, 1 ½ - Apartado, 1662
HABANA (CUBA)

VIUDA DE MONTERO
Boulevard de Ferrari, 4 y 6
VALLADOLID (ESPAÑA)

1912

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Establecimiento tipográfico de la Viuda de Montero, Boulevard de Ferrari, 4 y 6.—Valladolid.

PRÓLOGO-DIÁLOGO

—. . . . . .

—¡Gracias á Dios, hombre, gracias á Dios que se le ve á usted el pelo!

—. . . . . .

—No exageremos, amigo, no todo es calva. ¿Y qué tal? ¿Qué es de esa vida?

—. . . . . .

—¿Qué ocupaciones, ni qué calor, ni qué peste bubónica? También yo trabajo y sudo y me fumigo y nunca falta un rato para charlar con los amigos.

—. . . . . .

—¿Molestar? Retire usted el «vocablo» inmediatamente. Más que disculpa me parece una «burla»: se está usted «burlando».

—. . . . . .

—No sea usted palabrero. Si usted me quisiera tanto, ya podía demostrármelo viniendo por aquí más á menudo.

—. . . . . .

—Bueno, pues quedamos en eso. Que no se diga que es más atento que usted el recaudador de contribuciones.

—. . . . . .

—¿Un proyecto? ¡Venga de ahí!

—. . . . . .

—Me parece admirablemente y felicito desde luego al editor por su iniciativa y por las pesetas que

va á ganar. De eso precisamente hablaba yo el otro día con un admirador de usted. ¿Por qué no publicará Alvarez Marrón otra colección de sus artículos?

—. . . . . .

—¿Qué no se atrevía usted? ¿Qué no se vendería el libro? ¿Y quien le mete á usted á profeta en este asunto? Eso ya lo dirán los lectores. Por si acaso encargue al editor que no se quede corto en el número de ejemplares.

—. . . . . .

—Usted dirá lo que le dé la gana y está bien que no conceda mérito á sus propias obras. Vaya por lo mucho que otros presumen sin motivo. Corren unos tiempos muy crueles para las abuelas. Todas fallecen prematuramente, y, claro, faltando ellas, se ponderan los nietos á sí mismos. En este sentido son innumerables los escritores y los artistas y los oradores y los poetas y los políticos y los simples ciudadanos nietos huérfanos. Estamos perdidos, amigo Marrón. Los necios abundan, se exhiben, vociferan, suben, triunfan, y los que verdaderamente valen se esconden, se quedan atrás y se agitan muchas veces en el vacío.

—. . . . . .

—Sí, ya sé que siempre ha sucedido lo mismo; pero como ni usted ni yo vivíamos en otros siglos para lamentarlo, tócanos lamentarlo ahora que lo vemos tan de cerca. Por eso cuando se encuentra un hombre de los méritos de usted...

—. . . . . .

—Sí, señor, y tengamos la fiesta en paz y haga el favor de no desmentirme; y que á sus méritos une la más sincera modestia—no esa otra modestia fingida, que es una de tantas manifestaciones de la vanidad—se siente vivísima satisfacción y como una

especie de desquite de la repugnancia que nos producen las pretensiones ridículas de tantos y tantos mentecatos que carecen de abuela y de sentido común. En cambio, usted, sin proponérselo siquiera, «Burla Burlando» nos entretiene y nos encanta...

—. . . . . .

—*Bueno, pues ya que no le gusta así lo diré de otra manera: nos encanta y nos entretiene con sus deliciosos artículos de costumbres asturianas, que huelen á* calea *y á* folechu *y al leerlos nos causan la ilusión de estar allá en nuestra querida tierrina mezclados con esos graciosísimos tipos que usted tan magistralmente retrata, ó recreándonos en la contemplación de aquellos incomparables paisajes que usted con tanta fortuna describe...*

—. . . . . .

—*No exagero, no, señor, y ruborícese todo lo que quiera. De cosas de Asturias he leido poco que me satisfaga tanto como lo que usted escribe. Y cuidado que yo de esto entiendo un poco, y ¡viva la modestia! De algo me ha de servir ser asturiano, de los que no se* rajan, *de los que creen que Asturias es lo mejor del mundo, y haber vivido allí tantos años, en contacto precisamente con esos aldeanos y esos* americanos *que usted tan admirablemente retrata. Por eso cuando usted coge por su cuenta un tipo de la quintana, digo, mientras me rio con sus donosas ocurrencias: «este es Colás de la Matiella»; y cuando se mete con un* americano pretencioso *ó desilusionado señalo con el dedo á «Pin de la Calea», convertido, tras unos cuantos años de Muralla ú Oficios, Bolondrón ó Placetas, en «Don José el del Palacio». Y como yo hay muchos que gozan con sus escritos, y por eso celebro, por eso celebrarán todos los asturianos, que no queden desperdigados en las hojas*

del «Diario de la Marina», y que nos brinde ese libro para que nos sirva de quitapesares y de recuerdo de aquella bendita tierrina que adoramos.

—. . . . . .

—*¿Un favor? ¡Con alma y vida! Pida por esa boca.*

—. . . . . .

—*¿Eh?...*

—. . . . . .

—*¿Qué le haga yo un prólogo para el libro?* ¡De los demonios arreniego!... *Usted no las piensa, querido.*

—. . . . . .

—*¡Pero hombre de Dios si yo no sé hacer eso!...*

—. . . . . .

—*Sí, en otros tiempos fuí* Pepe García, *decían que ameno á ratos; pero después que vine á Cuba, sin que la afición á las cuartillas me abandonara, apenas escribí más que á la familia. Nada, nada, no hablemos ni de intentar siquiera semejante atrocidad.*

—. . . . . .

—*¡Que no, que no y que no!*

—. . . . . .

—*Sí, señor, se va usted sin el prólogo decididamente. Pero le voy á dar otra cosa que vale bastante más, como muestra de verdadero afecto: le voy á dar... un cariñoso abrazo.*

Pepe García.

De indiano á labriego

Mi hermana Carlota me había anunciado el embarque *para esta* de mi décimo cuarto sobrino, así es que acudí al muelle de la Machina apenas supe la llegada del vapor.

Entre los pasajeros me encontré con mi vecino y antiguo compañero de mostrador, Benito Sánchez, el cual había embarcado para España el año anterior con ánimo de no volver.

—¡Benito! ¿Tú de vuelta?

—Hombre, creo que sí.

—¿Pues no te habías marchado para siempre?

—Cállate hombre... ¡Si te digo que!...

Entramos en un café inmediato, donde Benito se tomó tres limonadas con el vaso rebosante de hielo. La primera de un trago. La segunda de dos, y la tercera á sorbos lentos y paladeados con delicia.

—¡Qué secaño traía, Manin! ¡Esto es vivir! No hay como la Habana para dar de beber al sediento.

—Tienes razón; pero te advierto que ahora tratan de arrendar el Canal de Albear.

—Eso vendrá quizás á asegurarles á los arrendadores el champán para toda la vida. Bueno; por de pronto yo ya bebí. Ahora escucha. Tú sabes lo poco afortunado que he sido en Cuba. Doce años me pasé trabajando en el comercio sin ver nunca la mía. No fué por falta de constancia, ni de honradez, ni de inteligencia. No sé por qué fué; el caso es que al cabo de tanto tiempo y cuando ya empezaba á de-

sesperarme recibí una carta de mi buen padre... Fué aquella carta...

—Ya, ya la recuerdo. Prosigue.

—Fué aquella carta donde me decía: «Ya que te ye tan contraria la fortuna, vuelve pa tu casa. La nuestra quintana ye de lo mejor del conceyo. Non tengo deudas nin obligaciones. Non dexes de venir porque con un poquiñín de diligencia y una migaya de trabayo las fincas de la quintana te darán pa vivir á lo señor».

—¡Hermosa carta! Pocas vienen como esa.

—¡Qué han de venir! Aquella carta me abrió las puertas de la gloria. Al cabo de doce años de ausencia se había formado en mi alma una nostalgia asturiana, mortal por necesidad, si no se la remedia de algún modo.

—Yo también la sentí...

—Además, como todos los asturianos tenemos algo de poetas, la idea de volver á contemplar los valles floridos, las fontanas puras, las carbayeras umbrías, los montes coronados de nieves eternas...

—No sigas, Benito. Mira que también yo padezco de *soidades*.

—Bueno, que con el alma llena de santas ilusiones recogí los cuatrocientos cincuenta duros que pude ahorrar en los doce años de fatigas, tomé pasaje en el primer vapor y el día 14 de Mayo descubrí desde el cerro del Carbayín nuestra venturosa aldea. ¡Ay! ¡lo que yo sentí, lo que yo gocé, lo que yo padecí en aquél instante!... Figúrate que la Primavera...

—Conozco la Primavera asturiana... ¡Primavera hermosa!... Sigue, Benito.

—Mi padre al verme no pudo articular una palabra. Me estrechó, mejor dicho, me aplastó contra su pecho y sus ojos se arrasaron de lágrimas... Oye, tú, á propósito: Por cierto que

mi viejo no se parece en nada á esos otros padres que te has complacido en pintar en tu libro *Burla Burlando*, tan mezquinos, tan egoistas, tan interesados...

—No he tenido tal complacencia, Benito, bien lo sabe Dios. Pinté algo de lo que ví; pero no se me oculta que hay muchos padres asturianos de alma generosa y magnánima.

—Ponle el sello y no te retractes. En fin, lo que faltaba del mes de Mayo y gran parte del de Junio me lo pasé recorriendo las fincas en compañía de mi padre. ¡Era una gloria ver aquellos campos! Aquí patatas en flor; allí tabladas de maíz verdinegro; á este lado un campo de alfalfa con su pesada flor carmesí; á ese otro un verdadero golfo de centeno que ya empezaba á tomar el color del topacio. Yo me quedaba á cada paso embebecido contemplando ya un sabugo florecido, ya una bandada de mariposas, pero mi padre ponía fin á mis encantos con pláticas como esta:

—Este maíz ya ta pa sallar. Aquellas patacas fueron de secha; buen trabayo costó romper el tapín con la raba, pero yo lo fixe, non pol aquél de las patacas, si non pa cuchar un poco ese sucu que taba ermo. Ese otro sucu de más abaxo también pide una mano, pero eso ya tu lo farás pal año entrante.

Ya yo me había olvidado de lo que era *secha* y de lo que era *raba*, pero no quise preguntarle nada á mi padre porque era muy capaz de *apurrime* un leñazo con el mango de la *foz*.

—Y no sin razón.

—A principios de Julio me dijo mi padre que la yerba de los prados altos estaba madura y que era necesario pensar en segarla. Llamamos á seis segadores y determinamos empezar por el prado de la Llanera. El viejo me indicó que

sería conveniente que yo empuñase también el gadaño para dirigir la siega y servir de ejemplo. Acepté la indicación con gran regocijo. Asistir á una siega, ¡qué placer! El segar me parecía un trabajo tan ligero... ¡tan sencillo! Luego los perfumes del prado; la flor de la manzanilla; el perenne cantar de las chicharras; la poesía...

—Deja la poesía y vuelve al *gadaño*, Benito.

—Al amanecer del día siguiente me planté en medio de la Llanera, al frente de mis seis segadores. Me puse á tirar el primer maraño con tanto brío que volaban delante de mi yerba, piedras y tapines. Al terminar el maraño me dijo un segador, con cara socarrona y parodiando á Atila sin saberlo:

—Don Benito, per onde pase el su gadaño ¡xuro á Dios si vuelve á nacer yerba!

Continué segando por algún tiempo, pero al llegar al décimo maraño me empezaron á escocer las manos terriblemente; experimenté en las costillas dolores agudos y el gadaño me pesaba más que un llabiego. Aquello me disgustó.

—Naturalmente: una cosa es cantar la siega, y otra segar, Benito.

—Dos días después y cuando aún me dolían los huesos vino mi padre á sacarme de la cama al amanecer. Se anunciaba un espléndido día de sol y había que aprovecharlo para recoger la yerba. Como esta operación me parecía más suave y divertida que la de la siega me fuí á la Llanera con toda la gente, alegre y ufano. Cogí un forcau y me estuve aventando la yerba con mucho garbo y valentía. Detras de mí agarabataban algunas mozas del pueblo, y, ¡antes reventar que verme alcanzado por ellas! Pero, amigo, á eso de las diez empezó el sol á verter rayos de fuego sobre los campos. Mis espaldas ardían y la cabeza se me iba...

—¡Mala cabeza!

—Por fortuna llegó la hora de xantar y nos sentamos á la sombra de un castaño secular y á la vera de un regato de agua fresca y cristalina... Una escena digna del pincel de Teniers. Luego cada uno se tumbó por su lado á dormir un rato la siesta. Yo me iba quedando deliciosamente dormido cuando oí que mi padre gritaba desaforadamente:

—¡Ey! ¡Todos arriba que ahí vien la nube!

—En efecto, la nube venía por el lado del sur, negra y amenazadora. Trabajé como un león; lleno de zozobra; lleno de angustias; cubierto de sudor, porque si el chaparrón cogía la yerba esparcida, esta se convertiría en estiércol. Por fortuna ya se estaba rematando el balagar cuando reventó la tormenta... ¡Dios de Dios! ¡Qué pedruscos traía! ¡Qué fulminar de rayos! ¡Qué espantosos truenos! Todo lo aguantamos acurrucados al pié de una sebe. Los hombres casi temblando y las mujeres gimiendo: ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!...

—Ya, ya conozco esas bromas de mamá Naturaleza.

—Bueno, para no cansarte te diré que asistí á todas las faenas del campo durante el estío. Excuso decirte que de todos esos trabajos sacaba ya un dolor de cabeza, ya un dolor de riñones, ya un dolor de cadriles desesperante. Llegó por Agosto el día de la mayada.

—¡Oh! ¡la *mayada!* ¡Qué hermoso asunto para un poema bucólico!... Oye: *las sonantes espigas...*

—¿Te vas á inspirar? Pues mira que... Eran doce mayadores y mayadoras como doce castillos y el diablo me tentó á ponerme á mayar en competencia con ellos. A la segunda pertegada ya no podía con los calzones. A la tercera

sentí una punzada aguda en el espinazo y sobre ello me dí un tremendo porrazo en la cabeza con la piértiga. No me quedó más remedio que confesarme vencido. Mi padre andaba corrido y ceñudo á causa de mi flojera. Tanto que me dijo con voz enojada:

—¡Non se qué diantre coméis na Bana!

Sin embargo, la faena terminó con regocijo de todos. Se merendó ricamente y luego los rapaces y las rapazas bailaron y retozaron en la era á su sabor. Por fin, cargamos en los carros los treinta y dos sacos de trigo y regresamos á la aldea en pandilla alegre y cantadora.

—Lo dicho, compadre: eres un Teniers.

—¡Pero, me caso en mi alma! ¡Mira que lo que vino después!... En Septiembre tuve que pasarme la mar de días sacando cucho de las cuadras, trabajo asqueroso y rudo; sobre todo para estas manos acostumbradas á medir telas de seda y á manejar perfumes. Tuve que salir en noches tormentosas y negras como boca de lobo á guardar las aguas de los prados. Por cierto que en una de esas noches por poco me matan á pedradas los hijos del Pego.

—¡Esos sí que son lobos!

—Por todas estas cosas la vida de labrador se me iba haciendo cada vez más insoportable. Llegó Octubre y con él unas lluvias pertinaces y un frío cada vez más cruel. Así y todo tuve que levantarme varias veces con el alba para ir á la recogida de las castañas. Como la invernada se venía encima, á todo correr, hubo que pensar en la leña para el invierno. Un día me fuí con el carro á buscar dicha leña al monte de Armayán, y al volver, me cogió una tremenda cellisca. ¡Figúrate á campo raso en plena sierra!...

—Ya, ya conozco esas moscas.

—Para colmo de infortunios mi padre me llamó un día para debajo de la panera y con cara seria y acento reposado me dijo:

—Benitín; tienes que ir pensando en casate. Una casa como la nuestra non ta bien sin una muyer.

—Pues no había pensado en ello.

—Yo sí: tanto que ya tengo elegida y ajustada tu fotura.

—¡Cómo!...

—Ye una moza como un blingo de oro. Un padre siempre ye un padre y nunca se equivoca cuando busca el bien de sos fios.

—¿Y quién es ella?

—Ye Blasa, la fía de Xuan Caloyo de Bustellán, moza sana y garrida, con tanto rixo como un home, y, sobre todo, traerá cuarenta mil riales de dote. Ye una gran comenencia.

Desde esta plática con mi padre resolví tomarlo todo á broma, aunque aparentando entera conformidad. A mediados de Diciembre celebré con Blasa la primera entrevista. En efecto, la *chica* era grande y recia como una encina; de nariz respingona, boca grande, ojos pitañosos y pómulos salientes, aunque sonrosados. Vestía con todo el lujo de una moza de casa rica. Así y todo, tomé la cosa por lo fino y la dije:

—Al fin, hermosa Blasa, tengo el gusto de verla á usted y de convencerme de una cosa.

—¿Qué cousa?—me interrumpió sin mirarme á la cara y con un acento vaqueiro que tumbaba.

—Que es usted mucho más guapa de lo que me había figurado.

—¡Anda pa alló, qué fino me ta el indianu!

—Es usted una flor campesina.

—Non me las tire tan altas, cristiano, que non soy calandra.

—Calandria y reitana y paloma...

—¡Anda pa allá, qué condeniu!

—Le juro á usted que...

—¡To, roxa, toooo!

—Que la estoy queriendo á usted como...

—¡Arre pa allá! ¿Quererme un indianu á mí? ¿Querer you á un indianu?... ¡Valiente xipleiru!

Después de esta deliciosa conferencia me fuí á ver si con buenas y suaves razones convencía á mi buen padre de que aquel matrimonio era imposible. Por toda respuesta el honrado autor de mis días me echó una mirada de caudillo celta y me aseguró que ni él ni yo podíamos volvernos atrás; que él había dado palabra á Xuan Caloyo y que aquél era un caso de honra y de conciencia... En resúmen: el día 20 de Diciembre me escapé de mi casa y aquí me tienes.

—Hombre... Eso de abandonar á tu padre de esa manera...

—No estará abandonado. Mi hermano Pepe volverá pronto del servicio.

—¿Y no piensas tu regresar algún día?

—¡Dios me valga! ¡Ya lo creo! Antes de renunciar á la tierrina renunciaría á la gloria. Pero volveré, si Dios me da vida y fortuna, cuando pueda elegir una esposa á mi gusto; cuando pueda asistir á las faenas campestres desde la solana de mi casa; cuando pueda, en fin, dedicarme á la vida contemplativa, bien envuelto en mi gabán; pero aquello de aguantar á campo raso las tormentas en el llano y las celliscas en la sierra... ¡Que Dios nos libre de tal!

—¡Amen!

Amistad campesina

La romería de la Virgen de la Barca se celebraba en una campera siempre verde á donde no bajaban en todo el verano los rayos del Sol, impedidos por el espeso follage de los castaños seculares que la cubren. A un lado de la campera se levanta la blanquísima fachada de la Iglesia cuya torrecilla desaparece sofocada entre las copas de dos nogales gigantescos. Por el otro lado del campo se «esguila» el río «Narcea,» ancho y apacible en aquel lugar, reproduciendo en su espejo tembloroso las frondas y las peñas de sus orillas y los carcomidos arcos de una puente antigua vestida y coronada de yedras.

La romería estaba en todo su esplendor, mas al penetrar en ella tuve la mala fortuna de hacerlo por la parte de la arboleda consagrada al culto del dios Baco. Uno de los templetes levantados en honor de esta deidad estaba instalado al pie de un castaño milenario, formando su altar un carro del país todo enramado y cargado con cuatro rechonchos pellejos de vino. Ejercía de sacerdote un tabernero maragato y de adoradores hasta una docena de campesinos ribereños.

Me hallaba contemplando, embelesado, aquella clásica escena, cuando uno de los labriegos se apartó del grupo y se dirigió hacia mi todo alborozado, con la chaqueta al hombro, una «guiada» en la mano izquierda y en la derecha un vaso colosal casi lleno de un licor negruzco.

¡Allégate pacá, demoño!—me dijo el hombre con voz carraspeña. ¡Allégate pacá! Estos india-

nos tan siempre medio plasmiaus. Anda pacá y toma un gutin. Aquí no hay más que verdad y hombría de bien. ¿Sigues plasmiau? ¿Non me conocistes? Pos soy Antón de Cetrales, el mayor amigo que tuvo el tu padre que en gloria té.

—¡Oh! ¿Es usted Antón?

—El mesmo que viste y calza. Toma otro gutin. Gloria me da vete. Yes el indiano más parcial que ha cruciau el charco. Toma otro gutín, ¡carape!

—No; gracias.

—¡Toma otro gutin, demoño! Ye todo voluntá. Bebe más que ya ta pago. Supe que llegaras por Ulaya la pitera. ¡Demoño qué bien tás! Vienes gordo y hasta con los papos como dos manzanas. Ye verdá que tu, como home de posibles te mantendrías bien. Vense por ahí otros indianos que, xuro á Dios, si non dan llástima. Non traen más que bigotes y pelleyus. Mucha fame debieron de pasar. E verdá que na Habana non güelen nin llacón, nin morciella, nin oreya de gocho con berces. Todo ye poxa. Bebe otro gutin.

—No puedo más.

—¿Ye disprecio? Pos ye convite de un home honrau y carral. Tan honrau como el que más y non tan probe que non pueda osequiar á un amigo con una zapicada cuando ta pal casu. Bebe palante, home: non ye tengas miedo. Ye del meyor del Páramu, pero, sin que sea una alabancia, yo lo tengo tan bueno en casa y quedas desde agora convidau pa catalo el día de Santa Técula.

—Gracias, Antón.

—¡Qué gracias nin qué demoño! Bebe otro gutin.

No me quedó más remedio que beber los cien «gutines» de aquel endiablado y negro brebaje, en aquel vaso donde habían dejado sus huellas los inmundos hocicos de todos los compadres del

corro. Más me olía el vaso á tabaco que á vino, pero no quedaba más remedio que apechugar con el sacrificio, pues una negativa hubiera sido para aquel campechano y «carral» Antón una ofensa grave.

De este natural afecto de Antón volví á recibir, algún tiempo después inequívocas pruebas. Un día de mercado llegó á la puerta de mi casa una moza aldeana, la cual me entregó de parte de Antón una cestita nueva conteniendo una gran pella de manteca fresca de vaca, envuelta en hojas de higuera. Con la manteca recibí una esquelita donde Antón me decía que disimulase la pequeñez del regalo, pues como la «pación» estaba algo escasa, por causa de la seca, las vacas estaban un tanto «istiriles».

Y un mes después volvió por mi casa la misma moza con otra cesta de parte de Antón y con otra manteca mucho mayor que la primera. Ya tanta manteca me iba chocando y á cada rato me asaltaba el deseo de averiguar el móvil á que pudiera obedecer aquella extraordinaria generosidad de mi amigo. A vueltas andaba con estas cavilaciones cuando, á mediados de Octubre, volvió á penetrar en mi casa la misma labriega con otra cesta y con otra manteca que podría servir de madre á todas las mantecas anteriores.

—¡Por Cristo bendito!—Exclamé ya muy escamado. Este Antón intenta hacerme tragar algún «argadiello» y me envía por delante toda esta manteca para suavizarme el gaznate. Bueno: que siga la manteca.

Pero me equivoqué, por entonces, de medio á medio. Recibí luego algunas visitas de Antón sin que yo consiguiese traslucir en ellas el menor intento de petición, ni de solicitud ni cosa equivalente. Al contrario: cuando supo que yo me volvía á la Habana, vino á despedirse de mi

y me trajo, como regalo final, otro gran bollo de manteca fresca «pa que lo disfrutase pel camin á su salud.»

Ya de vuelta en la Habana, me encontraba un día en la trastienda de mi bodega soñando deliciosamente con la romería de la Virgen de la Barca, con las castañales, con el río Narcea, con la puente vieja, con la gaita, con el carro de los pellejos y con la generosidad estupenda de aquel Antón de Cetrales, cuando sentí que un carruaje se detenía á la puerta de mi casa. Del carruaje se apearon dos rapazas, la una con un fardo, la otra con un baulillo pintado de azul. La de más edad se encaró conmigo y me preguntó:

—¿Ye usté don Crisanto Venceyo?

—Para servirla.

—Pos nosotras somos dos vecinas de Antón de Cetrales. Esta ye Alvira, la fia de Bigornia, y yo soy Taresa, fia de Cangallas, y aquí traemos esta cartina que nos dió Antón pa usté.

Leí la carta, la clásica carta de recomendación, y le dije á la de Bigornia:

—Bueno: yo estaré al tanto y si sale alguna colocación las mandaré á buscar enseguida.

—Peme que la carta diz que nos tenga en su casa hasta que atopemos trabayo.

—Así es; pero ¿ustedes qué saben hacer?

—Yo estuve toda la vida curiando oveyes y Alvira ganábase el pan segando y sallando en el verano y filando nel invierno. Así que si usté tien daque qué curiar ó qué filar...

Las hice pasar á una habitación del patio que casualmente se hallaba desocupada. ¡Ay—me dije—ay Antón de Cetrales, ya me huelo tus mantecas! Un instante después advertí que otro coche se detenía ante mi puerta y que de él se apeaba una mujer como de treinta años, con su correspondiente equipo.

—¿Don Crisanto Venceyo?—me preguntó la mujer, con gran desembarazo.

—¿Qué se le ofrece?

—¡Arreniego! ¿Non me conoz? Soy Ugenia de la Richa, prima de Antón de Cetrales. El diome esta carta pa usté á ver si usté me atopa acomodo.

—¿Y usted qué sabía hacer en su tierra?

—Pos allí deprendí abondo pa ser ama de cría y á eso vengo.

Iba á contestar algo á la Richa cuando me cortó la palabra y el resuello la aparición de otro carruaje ante mi casa. De este salieron un hombre y una mujer, él como de cincuenta años y ella de cuarenta bien corridos.

—¿El señor don Crisanto Venceyo?—me preguntó el hombre con voz humilde.

—Servidor.

—Usté desimulará si le venimos á causar dalguna molesta. Yo no quería venir, pero esta se empeñó. Usté dispensará. Como venir no teníamos necesidad de venir, pero, dispensando el modo de hablar, á esta, que es todo cubicia, dioi la talandoria...

—¡Al diablo á tí! ¿Cubiciosa yo? Por causa de él, señor don Crisanto; por causa de él que non salía de chigres y tabernas...

—Señores, por Dios... Dejen eso.

—Pues nosotros,—prosiguió el hombre—nosotros somos compadres y vecinos de Antón de Cetrales y dionos para usté este papelin de recomendación. Usté dispensará. Yo soy Xuaco del Tucu y esta ye la Mielga, mi mujer, con perdon sea dicho.

—¿Y usted á qué se dedicaba?

—Yo era madreñero en la Corrada.

—Y, por supuesto, vendrá usted á la Habana á hacer madreñas.

—Así es, ó lo que se tercie.

—¡Medrados estamos! Pasen, pasen para adentro.

Apenas habían desaparecido en el patio Xuaco y la Mielga, se detuvo otro vehículo á mi puerta. De él saltó un muchacho como de quince años, el cual me saludó con cara avispada y risueña. Iba á darle con algo en la cabeza, pero el rapaz me contuvo con este discurso:

—Soy el Calcañin, el fio menor de Antón de Cetrales. Mío pa dióme esta cartina pa usté y además, esta caxina de lata con manteiga fervida.

—¡Recristo! ¿Más manteca?

—Non ye tanta. Mío pa quería unviai dalguna más; pero enguano taben les vaques algo istiriles.

En resumen: cinco meses cabales tardé en desembarazarme de toda aquella gente. Durante ese tiempo comieron y bebieron y hasta algunos se vistieron y calzaron á expensas mías. Cuando al término del año pasé en mi bodega el balance de rigor, me encontré con que había perdido cuatrocientos cincuenta duros largos de talle.

Ni un céntimo menos me habían costado los «gutines» y las mantecas de Antón de Cetrales.

Campiello conquistador

Aquel año tuve por compañero de viaje á Felipe Campiello, antiguo amigo mío y hombre de bastante buena posición, pues era dueño de una acreditada tienda de ropa y además poseía tres casas de lo mejor en uno de los barrios de la ciudad.

En cuanto á las prendas físicas de Campiello poco tengo que contar. Era pequeño de estatura prietuco, de pocas carnes y con el rostro algo jaspeado á consecuencia de ciertos humores malignos.

En lo tocante á lo moral, era Felipe un excelente sujeto, y, aún lo sería más, si no fuese tan aficionado á las faldas. A pesar de sus años, pues ya pasaba de los cuarenta, era la tal afición en él, terrible, arrolladora, con la particularidad de que, en achaques amorosos, tenía Campiello un temperamento neta y exclusivamente democrático.

Su debilidad eran las criadas de servir, las cocineras, las cigarreras, las chalequeras, etcétera, etc., y alguna vez se dignaba levantar el vuelo hasta tal ó cual modista, pero de ahí no pasaba. Para Felipe todos los pelages y colores eran buenos, aunque siempre mostró gran predilección por las altas y las gordas.

Felipe creyó encontrar en la Rozosa, que así se llama nuestra aldea, un verdadero paraíso musulmán, aunque las huríes rozosanas se mostraban un poco montaraces y bravías. La aldea estaba casi desierta de mozos. Unos habían ido

á servir al rey, otros estaban emigrados. ¡Una desolación! Las rapazas me miraban y hasta miraban al carcamal de Felipe con ojos codiciosos, con ojos tristes. ¡Había que ver á mi compañero pasear por aquellas caleyas con su aire de Almanzor ultramarino.

Este feliz satiriaco no tenía ojos más que para admirar los encantos más ó menos discutibles del sexo femenino.

—Felipe—le decía yo á veces—mira cómo se inclina aquel sauce sobre la fuente de San Juan. ¡Qué hermosura!

—Ya lo veo—me contestaba—pero fíjate tu en las ancas de la Peluca que está allí lavando. ¡Eso es canela!

—Felipe, mira ese bardial cubierto de mariposas.

—¡Divino!, pero aguarda que ahí viene la Chisga con la ferrada en la cabeza. ¡Qué talle! ¡Qué busto! ¡Qué meneo!...

—Felipe, eres un animal.

Al principio el venturoso Campiello se había conformado con gozar de embelesos más ó menos platónicos, pero después que su cuerpo se hubo vigorizado con la savia de la tierra nativa, ya fué otra cosa. Intentó sucesivamente el asalto de Pepa, de Clara, de Rosa, de Lucía, de Bernarda, de Inés, pero, con gran descontento suyo, encontró resistencias inesperadas. Clara le tiró una vez de espaldas en un charco..... Pepa se le defendió á madreñadas..... ¡Una barbaridad!

—Chico, esas no son mujeres, esas son mulas rocineras—clamaba Felipe al día siguiente de la derrota, todo lleno de despecho.

—Pero ven acá, pedazo de chimpancé—le replicaba yo entre burlón y colérico—¿No te da vergüenza con tu edad y tu dignidad andar me-

tido en empresas de esa índole? Un hombre de tu posición... Un hombre de tus años...

—¡Qué años ni qué cuernos! No paso de los treinta y cinco.

—¡Ya, ya!... Adios pichón... El caso es que te estás poniendo en ridículo con tus lances amorosos. ¿Porqué no te casas, Campiello? Ahí tienes á Margarita la del maestro, á Dolores la de Mingón, á Laura la de Caxinas y á otras cien muchachas bonitas, honestas, hacendosas, bien educadas y capaces de hacerte feliz.

—No te canses, hombre. No me caso.

—Pero ¿por qué?

—Porque... ¡No me caso! Tengo mi sistema.

Más de dos meses llevaba ya Campiello maldiciendo y renegando de la aspereza y ferocidad de aquellas lugareñas cuando advertí que, casi de repente, cesó en sus recriminaciones. Ya no me hablaba de sus planes de conquista. Ya no me hablaba de senos redondos ni de amplias caderas. Al contrario; me parecía verle un tantico mustio y alicaido.

—Campiello—le dije un día—aquí hay gato encerrado. Me hueles á vencedor. Tienes la languidez de los vencedores lascivos.

—¡Pche! francamente, tenía que suceder.

—¡Rediez! ¿Y cómo fué eso?

—Tengo mi sistema.

—¿Y quién es la víctima?

—No lo sabrás. Ante todo soy caballero.

Pues señor, se pasaron muchas semanas sin que me fuese dable averiguar quien era la princesa conquistada por mi sultán. Más de una vez me lo encontré de noche rondando la panera donde vivía una mozona mitad costurera, mitad labradora á quien llamaban la Parreta. ¿Será esta? ¡Imposible! La Parreta era un verdadero vestiglo.

Por aquellos días empezamos á disponer nuestro regreso á la América. Ya estábamos á mediados de Octubre y el viento helado del septentrión nos empujaba hacia los trópicos. Regresábamos una tarde de nuestro cotidiano paseo cuando al llegar á la pasadera del Vallín surgió de repente en medio del camino una mujerona alta y maciza con cara de fiera corrupia. Era la Parreta. Tiró á un lado la carga de berzas que traía en la cabeza, se cuadró, se echó el pañuelo sobre las cejas, escupió, se puso en jarras y encarada con Campiello, le dijo:

—¡Cascón de los demonios! Con que piensas marcharte ¿eh? ¡Ya marcharás, ya! ¡Non sabes tu, oricio, hasta onde pueden alcanzar estos gabitos!

Al tiempo que esto decía la Parreta enarcaba con frenesí sus dedos largos y nudosos, en forma de zarpa. Campiello se quedó lívido. Yo me quedé verde. La Parreta recogió sus berzas, saltó la pasadera, se volvió echando lumbre por los ojos y gritó con el belfo amoratado é hidrófobo:

—¡Ya te marcharás, ya! Y desapareció.

—¡Válgame el Señor San Pedro y la Virgen Soberana!—exclamé ya repuesto del susto—¿Conque este es «tu sistema» Campiello del alma?

Felipe sin atreverse á levantar los ojos murmuró.

—¡Qué bribona!

—No sé con qué autoridad podrás tu llamar bribona á la Parreta. Lo que te aseguro es que has dado con un Ulises con faldas y que estás perdido. Esa es de las que no sueltan. Es de las que rompen y aplastan...

—Ya se amansará. La daré dinero y me dejará en paz. Es como todas.

En efecto, aquella misma noche Campiello le entregó á la Parreta trescientos pesos con lo

cual, según él, ya quedaban pagados con exceso los daños y perjuicios. Por fin, llegó el momento de nuestra partida. Todo lo más granado de la sociedad rozosana había acudido á despedirnos al pie de la diligencia. Ya Campiello, subido en el estribo mandaba á todos su último adios, cuando un endriago con faldas, atropellando por todo, llegó hasta donde estaba Felipe. Este de un salto se coló en el coche. Entonces la Parreta, que ella era, rugió toda airada con asombro de los circustantes:

—¡Ah carcamal sarnoso! ¡Ya te escaparás, ya! Antes me has de dexar el pelleyo entre las uñas.

Por fortuna la diligencia partió de repente al galope de los caballos. Más de media hora tardó Campiello en reponerse de su espanto. Por fin, se sosegó, y hasta recobró un poco su buen humor, porque ya se consideraba seguro para siempre de las garras de la Parreta.

Tuvimos que detenernos tres días en Oviedo para arreglar nuestros papeles de viaje, pues todo ese tiempo, y, aún más, necesitan para despacharlos aquellos diligentísimos funcionarios. En la tarde del tercer dia nos habíamos ido Felipe y yo á dar una vuelta por el Bombé cuando... ¡horrores! sentimos á nuestras espaldas un bramido y al volvernos, todo sobresaltados, nos encontramos frente á frente con la Parreta. Salimos huyendo como ciervos acosados por el lobo, mas no sin recoger estas maldiciones que, semejantes á guijarros, nos rebotaban sobre la nuca:

—¡Corre, corre, ladrón, pero non te me escaparás! Y ese alcagüetón que te acompaña tamién las pagará.

Al vernos huír de quien huíamos algunos guasones nos gritaban:

—¡Tornai esos xatos que yos pica la mosca!

Con sigilos y precauciones de criminales lo-

gramos tomar el primer tren que salía para León. Nuestro propósito era embarcar en la Coruña. Ya en la capital castellana respiramos más anchamente, contando con que la Parreta no pasaría de Oviedo. A la mañana siguiente tomamos el tren de Galicia. Al mismo tiempo que el nuestro salía entraba otro convoy de Asturias. Felipe se asomó á la ventanilla para verlo, y de repente dió un salto cayendo sobre mi casi desmayado.

—¿Qué tienes Felipe?

—¡Allí!... En el otro tren... ¡La tarasca!... ¡El demonio!... ¡¡La Parreta!!

Ya en la Coruña, Campiello se encerró en su cuarto del hotel sin osar salir á la calle. Era necesario, sin embargo, practicar las diligencias de embarque. Me dirigí yo solo á la oficina de vapores, pero en la puerta, ¡santo Dios! me encontré con la Parreta. Al verme se lanzó tras de mi, pero gracias á la ligereza de mis piernas logró ponerme en salvo.

—¡Felipe!—dije todo sofocado entrando en la habitación de mi amigo—¡Estamos perdidos!

—¿Qué pasa?

—¡Ahí está la Parreta! Esa se embarca con nosotros, Campiello. ¡Un horror!

Sin embargo, en medio de nuestro atolondramiento hallamos una inspiración salvadora.

—Campiello— exclamé — vamos á embarcar á Vigo. No hay otro medio para despistar á esa sombra fatídica.

Por fin logramos embarcar en la hermosa ciudad de Vigo, en un vapor de la matrícula de Barcelona, sin experimentar nuevos tropiezos. Ya en alta mar Felipe no quería volver la vista hacia la tierra amada que se esfumaba y se perdía en el horizonte... Temía ver asomar sobre alguna montaña la espantosa catadura de la Parreta.

Mes y medio después, me encontraba una mañana en la tienda de Felipe Campiello. Este estaba despachando en el mostrador á una familia distinguida, cuando de pronto, se apareció en la tienda algo semejante á una visión del infierno. ¡Era la Parreta! Campiello al verla se puso más blanco que el «madapolan» que estaba midiendo; el pelo se le erizó sobre la frente y estuvo á punto de caer en tierra desmayado.

—¡Ah trastón—bufó la Parreta—al fin te atrapé!

Aquello causó en la tienda una sensación enorme. Algo repuesto del susto, Campiello gritó á sus dependientes con voz estertórea:

—¡Boten de aquí á ese dragón!

—¡Botame á mi!... ¡Ya, ya! ¡Botar á la madre del to fio, pillón! ¡Ye lo que me faltaba! Toy en mi casa. Sabede todos que ese pirata quitome la honra con palabra de casamiento, que llevo aquí algo que él non podrá negar. En fin ¡que toy en mi casa!

Para ver de salvar la situación me acerqué á la Parreta, con las precauciones del caso, la llevé á un lado, la hablé con mansedumbre, la prometí que Felipe cumpliría su palabra... En suma, realicé un milagro: la tranquilicé. Y Campiello no me dejó quedar mal, aunque al principio se defendía con argumentos de este jaez:

– ¿Y quién me asegura á mí de que es mío «eso» que dice la Parreta?

—Yo te lo aseguro. Sólo un varón de tus alientos pudo realizar tal proeza.

—Bueno. Me casaré.

—¡Bravo, Felipe! Eres un hombre fuerte y magnánimo.

Sol tropical

Como no tengo ahora á mano ningún tema para un cuento de actualidad os voy á contar un cuento viejo. Nada perderéis, quizás, pues por algo se conservan los cuentos viejos en la memoria de las gentes.

Cuando Ramón Miruello llegó á la Habana, hará de esto la friolera de veinte años, recuerdo que era un mozo como un pino de oro. Tenía entonces unos diez y ocho años, espíritu agudo, cuerpo no muy grande, pero ágil y recio, con sangre criada con «boroña» y músculos nutridos con el hierro de los montes asturianos. Tenía, en suma, mi amigo Miruello, alma y cuerpo de conquistador. Por desgracia ya en la América no le quedaba ni un palmo de tierra por conquistar. Cortés, Hernando de Soto, Balboa, Orellana y otros ciento le habían hecho el mal tercio de adelantársele en el camino de la gloria.

Pero así y todo, Ramón Miruello venía dispuesto á conquistar algo. Pocos días después de su llegada le pregunté... (Es estupenda esta memoria mía. Por eso no sirvo para ministro).

—Oye Ramón: ¿porqué abandonaste tu casa donde nada te faltaba? ¿Qué fantasía ó locura ha sido esa?

—¿Fantasía? ¡Sandiez con la fantasía!—me contestó.—Fué, mejor dicho, es para mí cuestión de vida ó muerte. Yo me enamoré de Claudia, la hija del Talego, con un amor que me tenía alloriau...

—Procura hablar en castellano, Miruello.

—Alloriau, caltrizau... Claudia me correspondía, pero enterado el Talego de estos amores me llamó una tarde y me dijo: «Miruellucu, ves dejando el banco, porque la mi Claudia no se peina para ningún pelgar. «Esto me hirió tanto que vengo á la Habana dispuesto á conquistar en cinco ó seis años una fortuna que me ponga á la altura de aquel morral.

—¿Conque en cinco ó seis años, eh? Ramonín tienes que tomar eso con calma.

—¡Tengo una gafura!...

—¿Eh? Te digo que me hables en castellano, Ramón.

—Pues hombre, usted bien asturiano es.

—Eso sí. Pero eso de «gafura»... Como soy de Tineo...

—Gafura, ira, rabia, impaciencia, ¡qué sé yo!

—Lo creo, pero ya te calmarás. ¿Has comido ya muchos plátanos? ¿No? Pues cómete algunos porque esa fruta tiene la gran virtud de aplacar los nervios de los que llegan á este país muy impacientes por hacer dinero.

—Ya comí algunos plátanos, pero no me gustan. Me repugnan por lo mantecosos y lo dulzones. ¡Qué diferencia de los figos, los piescos y las ciruelas claudias!

—Ya te gustarán. Oye: y de la comida ¿qué me dices de la comida? ¿No te gustó el ajiaco de ayer?

—¡Gustar!... Pero hombre, ¿á quién le puede gustar esa bazofia? Más que comida de personas parecióme llabazas para gochos. Cuando probé aquellos tueros que llaman yuca pensé que mazcaba ñarbaso. ¡Ni una pataca, ni un mal arbeyo! Además, ¿á quien se le ocurre echar panoyas enteras en comida de cristianos?

—Ya te gustará, Miruello, ya te gustará. Y de la Habana, ¿qué te parece?

—Bastante guapa; pero mucho menos de lo que yo me había figurado. Eso de que no tenga una mala llosa ni una pomarada... Cornellana vale más. Cuando se pasa el puente, camino de Cabruñana, si se mira á la mano izquierda... Por allí está la casa del Talego... Por allí, por aquellas riberas andará ahora la mi Claudina pensando en mí...

—Y á propósito: ¿qué te parece de las mujeres cubanas?

—Hermosas, pero ¡están tan descoloridas! Luego al andar parece que se van cayendo... ¡Si usted viera á la mi Claudia!

—Miruello, tú estás algo enfermo de «soidades», pero ya te curarás.

—Me curaré únicamente cuando vuelva á ver mis valles melgueros... Cuando vuelva á mirarme en los ojos azules de la mi Claudina... Cuando vuelva...

—Ramón, te aseguro que te curarás. Además del bálsamo de la ausencia, ¡no sabes tú lo que puede este sol tropical!

A los pocos días de esta confidencia Ramón Miruello se colocó de auxiliar en la administración de un ingenio en la provincia de Santa Clara. De cuando en cuando me escribía cartas por este tenor: «Me voy conformando con estas cosas y con esta vida. Gano cincuenta pesos y me han prometido un sueldo mayor. Con esto y con una carta muy amorosa que recibí hace poco de Claudina me siento feliz. Lo único que me molesta es el tener que salir algunas veces al campo. ¡Este sol tropical me derrite»!

Habían pasado cinco años cuando un día se apareció Miruello á la puerta de mi casa. Venía

convertido en un criollo de pura cepa, con su «jipi» muy «chévere» y unos zapatos nuevos, muy encintados, de color de avellana. Al ver su cara morena y sus bigotes engrifados, yo, que ya he comido muchos plátanos en este mundo, no pude por menos que exclamar:

—¡Yey!

Y Miruello me contestó con un abrazo:

—¡Yey, familia!

—¿Y qué milagro el verte por aquí, Ramón?

—¡Qué ha de ser milagro, camará! Se hizo una zafra excelente y el Administrador, que tiene rabia, me dijo...

—¿Rabia? Tendrá «gafura», Miruello.

—Gafura... Es verdad: así se dice en Asturias, pero hay que dejarse de gafuras y de boberías. Pues el Administrador me dijo: «Puede usted ir á pasar quince días en la Habana» y... aquí me tiene usted.

Convidé á comer á mi querido Miruello y dió la casualidad que á mi cocinera, una morena nacida en Bayamo, se la ocurrió poner aquel día una formidable cazuela de ajiaco. Ramón arremetió á la cazuela con la mayor intrepidez. Al verle servirse por tercera vez le dije:

—¿Qué hay de «panoyas». Miruello?

—Que están de pulpita, camará.

—Oye, tú. Estarán que «escentellan».

—Ya sé que es usted un gran socarrón; pero le advierto que no necesita recordarme las cosas de la tierrina... Esas las llevaré perpetuamente en el alma.

—A propósito: ¿Qué sabes de Claudia?

—¡Camará, sabe usted que este café es de apobanga! Es un café de príncipes.

Aun se paseaba Miruello la lengua por los labios, saboreando el aroma de mi café principesco, cuando me dijo:

—Además de esta comida me debe usted un favor, compadre. Tengo que decirle que no he venido solo. Llegaron conmigo el Mayordomo del ingenio, su señora y su hija Catalina. Y como el domingo próximo dan un baile en el Centro asturiano necesito una invitación para mí y para ellos; pero no vaya usted á figurarse que...

—¡Yey, querido Miruello!

—¿A qué viene eso?

—Viene á que me estás oliendo á plátano frito.

La noche del baile me encontré á Miruello bailando con Catalina. ¡Y qué bien danzaba aquel pícaro «payotu»! Ponía en sus movimientos toda la cadencia, toda la gracia y todo el «aquel» que pudiera exigir á su compañero la más delicada Terpsícore antillana. Por su parte Catalina ondulaba y languidecía con sus ojos medio entornados, medio adormecidos...

Al terminar un «cedazo» me acerqué y le dije á Miruello:

—¡Yey, por los panoyos de Cornellana!

—Gracias, camará, pero ¡qué calor! Yo me abraso.

—Lo creo, amigo Miruello, pero no te ocupes. Son cosas del sol tropical.

Cuatro años después recibí un día una invitación para la boda de D. Ramón Miruello con la señorita Catalina Giménez. La noticia no me sorprendió porque ya he sentido muchas veces sobre mis espaldas el sol de los trópicos. Asistí á la boda. Miruello recibió el santo Sacramento del matrimonio embriagado de felicidad. Catalina desfallecida de amor.

El festín de la boda fué magnífico, pues asistió todo lo más granado de la comarca. De las elegancias que ví no me acuerdo bien. Sólo sé que todavía usaban pantalones los caballeros y faldas las señoras.

¡Ah! también recuerdo que Catalina le llamaba «Mongo» á D. Ramón Miruello y que al despedirme le encajé á mi amigo este discurso impertinente:

—Acabas de contraer matrimonio y es necesario que reflexiones sobre los graves deberes que tu nuevo estado te impone. Ama á tu esposa con toda la ternura de que seas capaz; pero ya sabes que esta ternura no es incompatible con el natural predominio que el hombre debe de ejercer en su hogar.

—Yo sabré conservar ese predominio. Mi sangre céltica...

—He notado que eres un celta que se llama «Mongo».

—Zalamerías de mujeres.

—¡Zalamerías del sol tropical!...

Pasaron otros diez años.

Un día recibí una carta de Ramón Miruello, toda impregnada de intensa alegría. Me comunicaba el nacimiento de su quinto hijo y me ordenaba que me pusiese inmediatamente en camino, «vivo ó muerto», porque quería que yo fuese padrino de su «barrigón».

Llegué en un día de fiesta nacional y me encontré la casa de D. Ramón toda engalanada con banderas y cortinas cubanas. Busqué la bandera española y, al fin, me la encontré en el cuarto de Miruello. La tenía plegada en forma de trofeo sobre un escudo de la provincia astu-

riana. A la derecha del escudo Miruello había colgado también un antiguo retrato de su santa madre, la tía Benita.

Celebróse el bautizo con una espléndida comida consistente en los clásicos manjares criollos. Al notarlo, no pude por menos de decirle á Miruello:

—Ramonín: estoy echando de menos aquí la fabada asturiana.

—¡La fabada!... ¡Ah, sí!... Le diré: no se puso ese plato porque á Catuca le parece indigesto.

Más tarde al recogerme á mi habitación oí este diálogo entre Ramón y Catalina:

—¿Qué quieres cenar esta noche, viejito?

—Lo que tú quieras, Catuca.

—¿Iremos luego al teatro, mi Mongo?

—Como tu quieras, Catuquita.

—El niño no quiere ir á la escuela. ¿No quieres tú que vaya, Monguito?

—Yo siempre quiero lo que quieras tú.

Y un poco antes de quedarme dormido pensé:

—¡Don Ramón Miruello convertido en «Monguito»!... ¡Cuánto puede este furibundo sol tropical!...

La Promesa

Pocos días antes de embarcarse Pedrín Argumosa para la América, su santa madre, la tía Bicoya, lo llevó una mañana á la iglesia de la aldea. Los dos se hincaron de rodillas en el atrio, y de rodillas llegaron juntos ante el altar de Nuestra Señora de la Consolación. Entonces la tía Bicoya, con las manos entrelazadas sobre el pecho, el rostro dolorido y los ojos arrasados en lágrimas, así le habló á la Virgen.

—Virgencita del Consuelo: no abandones á mi hijo, porque yendo en tu compañía nada malo le pasará. Apártalo de malas compañías, de envidiosos y de calumniadores. Dale salud y buenos sentires y honrados pensamientos. Y, si no te pareciera mal, quisiera también, Virgencita del alma, que lo guiases por el camino de la fortuna, para ver si nos manda luego esos cinco mil reales que le debemos al Pataco; cuyos réditos nos tienen baldados, y, en fin, algún otro cuartucu más para ir remediando otras escaseces que nos agobian.

Por su parte Pedrín, con no menos fervor, le decía á la Virgen:

—Solo te pido, Virgencita de la Consolación, que me des salud para trabajar y para volver pronto al lado de mis padres, y de paso, también te confieso que no me vendría mal traer á la vuelta una ó dos talegas, pues ya habrás notado la gran falta que están haciendo en mi casa. En cambio de todo esto, te prometo de todo corazón traerte un manto de seda azul bordado de oro,

porque, ese que llevas, bien viejo está. Virgencita de la Consolación, no te molesto más. Tu bien sabes cuales son mis sentimientos y... no te olvides de la promesa del manto.

Antes de marcharse, la tía Bicoya dejó en calidad de ofrenda, dos lacones y un cesto de huevos, que recibió el Arcipreste con cara placentera.

La Virgen los despidió con una sonrisa dulce y amorosa.

Al cabo de doce años de ausencia, Pedrín regresó á Bustellán—que así se llamaba su pueblo—convertido en todo un señor don Pedro de Argumosa. Volvía, no con una, sino con más de veinte talegas, en lo cual no vemos ningún milagro, y volvía, además sano del corazón, en lo cual ya pudiera haber algún misterio.

En cuanto á la cabeza no sé como la traía, ni él tampoco. El señor de Argumosa le había cobrado desde la niñez gran afición á la lectura y allá en la trastienda de la bodega, en horas de ocio, que no eran muchas, había devorado libros y más libros, mostrando gran predilección por las novelas de Javier de Montepin.

Más tarde, buscó lectura de mayor sustancia y saltó de *El fiacre número 13* á un libro titulado *La religion al alcance de cualquiera*; y, por fin, al ascender un poco más, cayó de bruces sobre un tomo de filosofía alemana, en el cual pensó hallar Argumosa toda la ciencia del bien y del mal; pero al encontrarse con aquello de *el ser pasa en el no ser y el no ser en el ser*, le entró un fuerte dolor en el occipucio y tiró el libro.

Luego se suscribió á *El Motín*. ¡Lo que el buen Pedro gozó leyendo las cosas que *El Motín* decía de aquellos curas lascivos y avarientos!...

Resultando de todas estas lecturas que cuando nuestro hombre entró en Bustellán venía dispuesto á tenérselas tiesas al mismo Santo Tomás y á cualquier otro Tomás que se le pusiese por delante.

Llegó el día 4 de Septiembre, y Bustellán ardía en fiestas con motivo de ser aquel el día de Nuestra Señora de la Consolación. A don Pedro Argumosa no le parecía mal el regocijo del pueblo, pero sí el motivo de tal regocijo. ¿Por qué aquél pueblo estúpido no había de celebrar el día de San Gutemberg, de San Descartes, de San Bacón ó de San Galileo, en vez de aquella comedia indigna?

Así y todo, al medio día se dirigió don Pedro á la carbayera por donde había de cruzar la procesión, en compañía de Pancho Caldones, amigo suyo de la Habana y también gran admirador de *El Motin*. Al pasar la Virgen de la Consolación por delante de los dos compadres se descubrieron y hasta se arrodillaron porque, eso sí, eran hombres de mundo, y lo cortés no quita á lo valiente.

Erguidos otra vez, Caldones se puso á contemplar á los curas y á los Santos y á la muchedumbre de romeros, con sonrisa desdeñosa y le díjo á su *socio:*

—Chacho: el San Francisquin que va detrás de la Virgen parece obra de un madreñero.

Pero el señor de Argumosa no le oyó, porque había reparado en el manto de la Virgen y se hallaba profundamente abstraído. Era el mismo manto que llevaba doce años antes, aunque más «rañoso»y más descolorido.

—¿Qué te pasa, Argumosa?—le dijo Caldones.

—¡Pche! Nada... Un recuerdo... Una bobería.

Figúrate que cuando me marché para Cuba le prometí á esa imagen traerle un manto nuevo. Yo era entonces un payoto como estos.

—Eres un mal caballero. Cuando un hidalgo hace una promesa á una dama...

—La cumpliré ¡juro á Dios! pero en objeto distinto. Los tres ó cuatrocientos duros que me había de costar el manto, pienso donárselos á la escuela de Bustellán.

La conversación de los dos amigos quedó interrumpida, porque llegaba otra vez la procesión de vuelta para la iglesia. Nuestra Señora de la Consolación pasó de nuevo por delante de los indianos y de pasada le echó á don Pedro una mirada luminosa y pura.

Don Pedro sintió que aquella mirada le había calado hasta los huesos.

Durante algún tiempo llovieron sobre nuestro indiano todo género de venturas. Fabricó una casa que era un primor y la rodeó de huertas y de jardines. Los cuatrocientos duros que había de gastar en el manto de la Virgen los regaló á la escuela de Bustellán, con lo cual pudieron los niños comer «el pan de la instrucción» en plato higiénico y limpio. Repartió, además, un buen golpe de duros entre los pobres, acabando con ello de ganarse las simpatías y las bendiciones del pueblo.

Con todo, no se libró de que en un corro de señoritos indígenas y holgazanes se comentasen las liberalidades de Argumosa con estas palabras: «Chifladuras de Indiano.»

Varias veces tuvo ocasión Argumosa, durante este tiempo, de cruzar su mirada con la de la Virgen de la Consolación. La última vez se había

encontrado con la santina en el camino del Pedreñal. La habían sacado en rogativa porque la sequía era aterradora. Argumosa se escondió tras un bardial, mas no pudo evitar que la Virgen le volviese á acariciar con una mirada tan amorosa que se extremeció todo su ser. El escéptico indiano creía buenamente que la Virgen «estaría seria» con él, por haberla privado del manto en beneficio de los niños...

A la mañana siguiente cayó sobre los campos de Bustellán una lluvia mansa, tibia y abundante, que fué como la gracia de Dios. Á las huertas y jardines de don Pedro de Argumosa les correspondió su buena parte de aquella gracia...

Don Pedro, aunque había hecho voto de perpétuo celibato, una mañana de Primavera se dijo: «No hay remedio, ¡me caso! En efecto, se casó con Isabel, la rapaza más honesta y más hermosa de la comarca. Al recibir esta nueva ventura don Pedro volvió á acordarse de la Virgen de la Consolación... ¡Qué tenacidad de Virgen!... Para colmo de felicidad, Isabel le obsequió, á su debido tiempo, con una niñita, que según decía su madre, tenía un lucero en el carrillo izquierdo, otro en el derecho, otro en la barba y un sol en la frente.

Hubo que pensar en bautizarla y aquí fué donde padeció Argumosa una tremenda crisis. Se acordó de Ibarreta, de Nakens, de Voltaire... Sin embargo, acabó por dirigirse á la Iglesia en compañía de los padrinos y de la alegre patulea que deseaba asistir al bautizo.

Cerca del baptiserio se hallaba el altar de Nuestra Señora de la Consolación. Esta vez fué Argumosa el que buscó los ojos de la Virgen, y

esta vez le pareció que no se fijaban en él sinó que se dirigían á su hija con expresión divina.

Fuese por lo que fuese, Argumosa salió de la Iglesia con el alma tan impregnada de alegría, que sembró á boleo entre los gateras de Bustellán un celemín de «perras» y celebró el bautizo de su hija con todo rumbo. No se olvidó de convidar á Caldones, el cual, llevando aparte á Argumosa, le dijo:

—Mal se aviene eso del bautizo con lo de *El Motín*, Argumosa.

—Hombre, idos á hacer panderetas tú y *El Motín*. ¡Déjame en paz!

Pero un día...

Precisamente un día de invierno en que caían copos de nieve tan grandes como sombreros de señora, (que ya es caer,) y en que la tierra y el cielo parecían, ella un sepulcro y él la tapa, en ese aciago día, Aurorina, que así se llamaba la hija del indiano, amaneció muy enferma. No hay para qué describir la congoja y el espanto que se apoderó de Argumosa. Con un nudo en la garganta y con la nieve hasta las rodillas corrió á buscar al médico. Este recetó, pero al día siguiente, á las tres de la madrugada, el angelito aleteaba desesperadamente junto á las puertas de la eternidad.

Argumosa velaba al pie del lecho y su cabeza era un torbellino en el caos. Hora y media se estuvo entregado á un siloquio tremendo, el cual terminó, justamente al romper el alba, con estas palabras:

—Virgencita de la Consolación; ya que la ciencia no puede salvar á mi hija, sálvamela tú que eres el símbolo de la gracia y de la misericordia!

Una hora después Argumosa penetraba en la Iglesia, á hurtadillas, temeroso de que aquella «debilidad» le fuese descubierta por Caldones. Se postró de rodillas ante el altar de la Virgen y sacando de debajo del gaban dos zapatitos de raso blanco los colocó sobre el altar y luego le habló á la imagen de esta manera:

—Me pesa, amada Virgencita, mi negra ingratitud para contigo. Aquel manto que te prometí, hoy mismo se lo he de encargar al mejor artífice, y en él he de poner gran parte de mi fortuna. Mientras el manto llega, acepta esta humilde ofrenda, estos zapatitos de mi hija adorada. No te encarezco la verdad de estas mis palabras porque tu lees en mi corazón. *Stella matutina, Consolatrix aflictorum,* devuélvele á mi hija del alma la salud y la vida.

Quince días después la encantadora hija de don Pedro Argumosa saltaba á la comba en la espaciosa galería de su casa con la carita más sonrosada y más fresca que un capullo de rosa.

Y... colorin colorao. Aquel mismo año lució la Virgen de la Consolación el día de su festividad un precioso manto de seda azul bordado en oro que Irene la bordadora estimó en más de catorce mil reales. Por cierto que al llegar la procesión donde la esperaba Argumosa en compañía de su hija y de Caldones, éste le dijo:

—¡Pistonuda capa le ha regalado á la Consolación vuestra merced, señor Voltaire! Luego hablaremos de la estupidez de estos payotos.

Por toda respuesta, don Pedro de Argumosa apretó la cabeza de su hija contra su pecho y contestó:

—Bueno, Caldones, cuando tengas una hija en peligro de muerte... ¡hablaremos!

La Herencia del Indiano

Historia triste en cuatro Conferencias

Tres semanas hacía que Pablín del Fayal había llegado á su pueblo, de vuelta de la Habana, cuando su padre Antón del Fayal, se enfermó gravemente. Con tal motivo Pablín se hallaba á la cabecera del lecho de su padre, lo que dió lugar á esta

Primera Conferencia.

—¡Ay degorrio, degorrio! ¡Qué mal me siento, Pablín! Tengo aquí, entre las paletillas y el esternón algo que me muerde y me destroza por dentro. Pero lo que más me fatiga no son los males del cuerpo... Son otros males.

—Si pueden saberse y si está en mi mano el remediarlos...

—Como estar... ¡Qué sé yo! ¡Ay degorrio, degorrio! Nunca te lo quisiera decir, Pablín, pero el caso es que, unas veces por fas y otras por nefas, me fuí cargando de deudas. Como ser no son grandes, pero... como los acreedores no suelen tener entrañas, temo que al faltar yo se echen encima de la quintana y que la casa de los Fayales...

—¿Y á cuánto ascenderán esas deudas?

—Verás, verás... No es que no haya con qué pagarlas, pero... En total, débole á Andresón del Sabugo siete mil reales que le pedí cuando

se casó tu hermana Dolores, para ayuda de la dote; á Pacho el Forneru seis mil reales que necesité cuando el pleito del Suco...

—¿Y porqué se armó ese pleito?

—Por si la mitad del Suco era del Borzaco ó era nuestro.

—¿Y cuánto valdría todo el Suco?

—Unos trescientos reales.

—Bien... Seis y siete son trece... Trece mil reales. Prosiga.

—Debo además, otros siete mil reales á Pedro Gabito que tuve que pedirle cuando la boda de tu hermana Concha; ocho mil á Ustaquio Pisunto que necesité para salvar de quintas á tu hermano Toribio; mil quinientos á D. Gaspar Vencejo, el médico, por la curación de aquel tumor que le salió á tu madre en un costado...

—Para la cura de ese tumor ya había mandado setenta duros.

—Es verdad, pero nunca faltan otros tumores...

—¿Qué más?

—Creo que nada más... ¡Ah sí! Al Pataco dos mil reales que me prestó para pagar contribuciones atrasadas... Se acabó... ¡Ay, degorrio! Espera. Ochocientos reales á Pepe Facina por dos gochos que le compré en el último San Martín.

—¿No habrá algo más?

—Tal vez alguna otra menudencia. Pero eso basta y sobra para que la casa de los Fayales desaparezca del mundo. Eso es lo que me mata. Mi bisabuelo fué Fayal, mi abuelo Fayal, mi padre Fayal... ¿Qué será ahora de la casa de los Fayales?

—No acabará. Total, todas las deudas ascienden á unos treinta mil reales. No hay por qué afligirse. Yo pagaré esas deudas.

—¡Oh, degorrio, degorrio, Pablín! ¡Qué consuelo me das!... ¡Ah, Pablín! cuando llegue la hora negra no te olvidaré... ¡No te olvidaré!

Seis días después llegó para el pobre Antón Fayal la hora negra, quiero decir, que se murió. Pablín costeó un entierro decoroso y durante todo el año siguiente pagó todas las deudas de la casa de los Fayales. Poco tiempo después su buena madre, Ramona Carbayo, se enfermó de muerte, llamó á Pablín, éste se sentó á la vera del lecho de la enferma y ocurrió entre los dos esta

Segunda Conferencia.

—¡Ay Virgen, Virgen! ¡Si supieras, Pablín, qué mala estoy! Tal vez sea esta mi última enfermedad y por eso quisiera hablar contigo.

—No se aflija, madre mía, no es para tanto. Usted sanará.

—No, esto no tiene remedio. Pero no me apena el morir. Lo que más me apena es que las cosas de nuestra casa no queden en regla. Tú diste aquél dinero y ahora...

—¡Bah! No se preocupe. Yo con cualquier cosa me conformo. La casa tiene aún buenas fincas... Las tierras del Argomal... Los prados del Carcabón... La casa, la panera, la huerta...

—Sí, sí, Pablín, pero ya ves... Las tierras del Argomal las lleva tu hermana Dolores. Además tu padre se las prometió de palabra cuando ella se casó. Además, Dolores tiene siete niñitos que... ¡Ay, Virgen, Virgen!...

—Bueno, no se apene. Dejaremos eso; pero los prados del Carcabón...

—Con esos prados ocurre algo parecido. Los lleva tu hermana Concha, con una promesa igual á la que tu padre le hizo á Dolores... ¡Qué

quieres, Pablín! El mozo que hoy es su marido no la quería si no la hacían la promesa de los prados.

—¡Es natural!

—Además, Concha tiene seis niñitos... ¡Ay Virgen, Virgen!

—Querida madre, todo se remediará. Siempre quedan la casa, la panera, la huerta, la pomarada...

—¡Ay Virgen Virgen, mi pobre Pablin!... Sobre eso no sé qué decirte. Toribio, tu hermano mayor, tiene todas esas tierras empapadas con sus sudores. Ahora quiere casarse y ya se habló al auto de que la rapaza que ha de ser su mujer venga para la casa...

—Bien... De modo que ¿ni siquiera me queda la panera, madre mía?

—Esa ¿para qué la quieres?

—Tiene usted razón... ¡Para el pan que me queda!...

—Es verdad... ¡Ay Virgen, Virgen! Pero gracias á Dios tú no necesitas nada de eso. Tú estás rico, Pablín, y tus hermanos están pobres... Cargados de familia... ¡Ay Virgen, Virgen!

—Bueno, ¡caramba!, no se acongoje por eso. Estoy rico... Ya usted ve: poseo además una gran riqueza de corazón. Esa la da también la tierra americana.

A los cinco días murió la pobre Ramona Carbayo. Pablín cerró los ojos de la querida muerta, la hizo un entierro solemne y compró un cachito de tierra en el cementerio para que no se confundieran con otros, los huesos de aquella á quien debía el sér y la vida.

Pasaron dos años y pasaron también del todo los tres mil duros que nuestro indiano había llevado de la América. Entonces Pablín sintió

la necesidad de volver á esta tierra amorosa y, con un gran vacío en su corazón y otro mayor en su bolsa, se dirigió á sus hermanos, lo que dió lugar á esta

Tercera Conferencia.

—Dolores—dijo Pablín á su hermana—pienso volverme á la Habana, pero con las deudas que pagué y los gastos que tuve, apenas me queda dinero para el pasaje. Vengo, por lo tanto, á que tú me prestes treinta ó cuarenta duros que me hacen falta.

—¡Arreniego del demonio! ¿Treinta duros? No los ví juntos en mi vida. Ves á ver á Concha. El su hombre vendió tres añojos en la última feria y él te podrá favorecer.

En casa de Concha:

—Concha, me marcho para la Habana. Estoy sin un cuarto y necesito que me prestes algún dinero para el pasaje.

—¡Mira con lo que sale!... No estoy para bromas, Pablín.

—No son bromas. Es la verdad pura.

—Pero hombre ¿qué hicistes de tantos miles de duros como trajistes?

—No fueron tantos.

—Pues á buena parte vienes, querido. ¡El demonio de la embajada!...

Un instante después, pálido y sudoroso, se encaraba el indiano con su hermano Toribio:

—Toribio,-le dijo-tengo que marcharme otra vez para la Habana, pero estoy completamente falto de recursos y necesito que tú me ayudes.

—¿Yo? Pues no sé cómo.

—No traje más que tres mil pesos y éstos los invertí, casi totalmente, en desempeñar la hacienda de todos.

—¿Tres mil nada más? ¡Eso es grilla!...

—Tres mil nada más.

—Pues para eso no merecía la pena de venir. Vuélvete para la Habana que allí no tardarás en coger otra vez las doblillas á monteradas.

Una hora después nuestro indiano se hallaba en el Campón, sentado al pié de un castaño secular. Tenía los codos apoyados en las rodillas y la cara sumida entre las manos. Sollozaba... Entre las pomposas ramas del castaño un jilguero modulaba una de sus sonatas más alegres.

Pocos instantes después cruzaba por el Campón, Pepe Torices, otro indiano que hacía seis años se había retirado á su aldea. Vió á Pablín, se acercó á él, dando lugar á la

Cuarta Conferencia.

—¡Chacho! ¡Pablín! ¿Qué te pasa, hombre?

—Nada... Pienso en volverme á la Habana.

—¡Caramba! lo siento. Pero ese lloro... Ya, ya sé... El amor á la tierra.

—Sí... ¡¡Amores!!

—Y ¿para cuando es la marcha?

—Hoy... mañana... ¡pronto! Pero tienes que hacerme un favor.

—Hombre, los que quieras.

—Necesito cincuenta duros para el viaje.

—Chacho, aunque sean ciento! Pero tus hermanos...

—¿Mis hermanos?... ¡Mi hermano eres tú!

Cuatro días después trasmontaba Pablín la sierra de Rondiella desde la cual aun se descubría su pueblo. Paró el caballejo en que iba montado, volvió el rostro para ver, quizás por última vez, la casa y el valle nativo, quiso pronunciar algunas palabras, pero no pudo... Y

siguió, cuesta abajo, su camino, sollozando con el mayor desconsuelo...

Epílogo: Perdonad amables lectores «indianos» si mis historias se refieren siempre á lances de interés y no de amor. ¡Qué le hemos de hacer! ¡La tierra lo da!... Además, esta historia no la he escrito para vosotros. La he escrito para que la lean aquellos nuestros generosos hermanos que viven en la tierra nativa...

El cantar de la tierrina

Don Rodrigo Bermudez y Cachamuñeira, vió por primera vez la luz del sol en las pintorescas orillas del Cauto. Su buen padre era natural de Valladolid y su señora madre era natural de Redondela, provincia de Pontevedra.

Pues este cubano de tan rancio abolengo español no congenia con las cosas de España. En cambio las de los Estados Unidos *of* América lo llenan de admiración.

—Yo,—suele decir á menudo—más quisiera ser cola de yanki que cabeza de español.

Un día lo oyó un madrileño y le dijo:

—Camará ¡vaya un capricho!

—¿Por qué?

—Por na... Por el menguao oficio que desempeñan las colas en este mundo.

Hará unos cinco años, el señor Cachamuñeira tuvo la desgracia de perder á su amante y buena esposa quedándole dos niñas y un niño, preciosísimos, que ahora tienen, el varoncito, nueve años, y las hembritas siete y seis respectivamente.

A estas criaturas las sirvió, como quien dice, de segunda madre, una «manejadora» asturiana llamada Martina, mujer de grandes méritos. Hasta el mismo señor de Bermudez suele decir á cada rato que Martina es una mujer muy inteligente, muy trabajadora, muy limpia y muy cariñosa, «á pesar de ser española».

Tiene, sin embargo, la Martina, á los ojos de Cachamuñeira, un defecto grave. Es una canta-

dora sempiterna, pues todas las horas del día y parte de las de la noche se las pasa cantando canciones asturianas. ¡Que la *Giraldilla*¡ ¡Que la *Soberana*! ¡Que la *Panadera*!... Vamos ¡el vértigo!

Pero lo que más hondamente disgustaba á don Rodrigo, era que Martina hubiese dado en la manía de enseñarles á los niños sus canciones asturianas. Más de una vez se vió precisado á taparse los oidos cuando los niños cantaban esta su canción predilecta:

Tan tarán tan, que los figos tan verdes
tan tarán tan, y que verdes están;
tan tarán tan, que los figos tan verdes,
tan tarán tan, ellos madurarán.

Esta era la cantata favorita de los niños porque Martina los había adormecido siempre en la cuna cantándoles el *tan tarán tan*. Luego, cuando empezaron á dar los primeros pasos, les hacía bailar y hacer pinitos al son del *tan tarán tan*. Y ahora... ¡es natural! cuando las niñas tratan de adormecer las muñecas en su regazo las cantan el *tan tarán tan*.

Como los niños eran ya creciditos, don Rodrigo Bermudez y Cachamuñeira consideró llegado el caso de traerles un profesor, y, temeroso de que los del país estuviesen contaminados de españolismo, escogió uno de legítima cepa sajona, llamado Mr. J. L. H. Drift, graduado en la Universidad de Cambridge.

Al empezar las lecciones, Cachamuñeira llamó aparte á Mr. Drift y le habló de esta manera:

—Mr. Drift: dos cosas le encomiendo muy especialmente: la primera es que procure usted inspirar á mis hijos un acendrado amor á las cosas de los Estados Unidos, y, la segunda, que trate de hacerles olvidar ciertas canciones asturianas que les ha enseñado su antigua nodriza.

—¿Qué cantos ser esos?

—Unos que dicen: «*La Virgen de Covadonga*» y otros que empiezan: «*tan tarán tan, que los figos tan verdes*»...

—¡Oh! Eso ser una bobería.

—No es tan bobería, Mr. Drift.

La primera lección que Mr. J. H. L. Drift dió á los niños del Sr. Bermudez fué la siguiente:

«Mis caros niñitos: «the United States of América» ser un pueblo «very» grande «mocho» fuerte. Todas sus personas ser buenas, honradas y justas. Ellas consideran á sí mismas libertadoras de Cuba con toda magnanimicencia. Ello los cubanos les deben por ello perpetua gratulación. Por ello los cubanos no deben de pensar más que en ellos y no en España, la que dió á Cuba cosas poco crecientes. De España nada. Ello todo es viejo y bárbarian. Hasta sus cantares ser «ferocius» ¿Ello qué significa *La Virgen de Covadongo, ser piquiñino and galano*» Y este otro: *Tan tarán tan, que los figos tar verdes!* ¡Oh «my dear boys»! «¡Mocho malo, mocho malo!»

A ratos con cara de risa y á ratos con cara de asombro, escucharon los niños el grave discurso de Mr. Drif; mas apenas pudieron ganar las puertas del aula se lanzaron al jardín, cogidos de la mano, y gritando:

«Tan, tarán tan, que los figos tan verdes
tan tarán tán, y que verdes están...

En vano puso en juego Mr. Drift todos los recursos de su ciencia pedagógica para hacerles olvidar á los niños de don Rodrigo el odioso *tan tarán tan*, hasta que un día se encaró con éste para decirle:

—Mr. Cachaminoira: yo no poder dar un paso en la eduqueichon de los niños si antes

no quitar del medio una impedimenta mocho grande.

—¿Cual es?

—La «nourse» asturiana. Ella es la que les dicta ó les recuerda sus cantares. En su lugar «you» podría traer una joven nourse americana. Ella sabría dar á los niños una aduqueichon perfect y secundaría exactamente mis planes.

Antes de despedir á Martina el señor Bermudez la dijo una mañana:

—Pero Martina ¿por qué nos contraría usted enseñándoles á los niños esos cantares necios?

—¡Qué han de ser necios, señor, qué han de ser necios!.... Esos cantares de mi tierra siempre les dan á los niños consuelos y alegrías.

Con todo, la pobre Martina fué despedida. Extrañados los nenes de su ausencia, todo el día se estuvieron preguntando por ella; pero se les conformó diciendo que pronto volvería.

A desempeñar las funciones de Martina vino Mis Longstraw, hembra, al parecer, llena de cultura y de talento superior. Atenta á las indicaciones del Sr. Cachamuñeira y de Mr. Drift, Miss Lonsgstraw les hablaba una tarde á sus discípulos de esta manera:

—Niñitos: no cantéis más eso del «*ton toron ton*» pero canteis en su lugar esta canción preciosa:

Te rapid river run along,
reeds and rushes list his song.

—«¡Song!» «¡Song!»-repetían los niños mientras estuvieron en presencia de Miss Longstraw; mas apenas salieron al jardin se pusieron á saltar y á correr gritando:

Tan, tarán tan, que los figos tan verdes,
tan, tarán tan, y que verdes están...»

—No, no cantar eso—les decía la Miss, desde la puerta, pero los diablillos desaparecieron entre los árboles chillando alegremente:

«Tan, tarán tan, tan, tarán tan.

A la hora de acostarse, los niños perdieron toda su alegría. Echaban de menos á Martina. ¿Qué había sido de Martina? ¿Porqué no venía Martina? Hasta las doce de la noche se estuvieron llorando con la mayor amargura. Al día siguiente, Miss Longstraw trataba de consolarlos, mas el muchacho, que ya sabía un poco de inglés, le lanzó á la cara esta traducción:

—Usted es una verdadera «pajalarga.»

En fin, que desde la ausencia de Martina no habían podido los niños encontrar sosiego ni alegría. Compadecióse, al fin, el señor de Bermudez y Cachamuñeira. ¿Qué buen padre no se hubiera compadecido? Despidió á Mis Longstraw y mandó á llamar otra vez á Martina.

Llegó esta al siguiente día y al verla entrar los angelitos se abalanzaron á recibirla, locos de contento. La sofocaron con sus abrazos, se la comieron á besos y luego formaron «la rueda» en torno de ella, cogidos de las manos, y se pusieron á cantar á coro de una manera escandalosa:

«Tan, tarán tan, que los figos tan verdes,
tan, tarán tan, y qué verdes están:
tan, tarán tan, que los figos tan verdes,
tan, tarán tan, ¡nunca madurarán!...»

Cizaña

Pongo á Dios por testigo de que Pepa, la esposa de Julián Bardales, era la mujer más honrada de la villa de Paliquera. Quizás por eso no pudo verse libre de padecer también, como todos los buenos, su semana trájica.

El caso fué que el LUNES al medio día regresaba Pepa de la huerta con una *goxa* en la cabeza cuando, al pasar por frente á la taberna de Casilda Pérez, se le cayó un pañuelo. Martínez, el viajante de una casa de comercio, que casualmente pasaba por allí, se apresuró á levantar el pañuelo y se lo entregó á Pepa. Esta le dió las gracias con una amable sonrisa y luego siguieron cada cual por su camino.

Pero he aquí cómo el MARTES por la mañana le contaba el lance, Casilda Pérez á Ramona Soplete:

—Pa mi no sé qué te diga... Este huevo sal quiere... De que Pepa es una mujer honrada por de contao... Pero ¡aquella caída del pañuelo tan á tiempo!... Querida, no sé qué pensar... Por otro lao no se puede negar que Pepa nunca ha dao que decir... Pero ¿á qué venía tanta gracia y tanta sonrisa con Martínez? La cosa no merecía la pena. Por eso te digo... Como está una á vivir con el pueblo no debe una de hablar, ni siquiera pensar mal de nadie. Pepa es una mujer cabal,... pero, hija, ¿á qué venía el acariciar al viajante con aquella mirada? ¡Si talmente parecía que quería besarlo con los ojos! Luego, como tu sabes, el tal Martínez es un peje!... En

fin, allá se fueron por detrás de la panera de Cascón. Mira, Ramona, hate cuenta que acabo de hablar con un difunto. ¿Me entiendes? No quiero hacer daño á nadie ni menos á Pepa.

—Queda tranquila, mujer. Por mi parte, ¡ni esto!...

Rodeada de tres comadres, entre las cuales se hallaba la Berdasca, ved cómo el MIÉRCOLES, por la tarde, refería Ramona Soplete el grave suceso:

—¡Ni que fuera invención del demonio!... ¡Alabao sea el Santísimo!... Contáronme ayer, (y que Dios me lo perdone si peco en repetirlo) contáronme ayer que Pepa, la mujer de Julián, se encontró «casualmente», ya se vé, con Martínez, el viajante, detrás de la panera de Cascón donde estuvieron en gran palique... ¡Alabao sea el Santísimo! Estoy esmorecida porque como una no está avezada á oír ciertas cosas... Pues sí, en gran palique, y, como pensaban que nadie los miraba... ya veis, en Paliquera, donde nadie tiene más oficio que el de mirar... Como pensaban que nadie los miraba, Martínez, tan atrevido como siempre... ¡Ya sabe él con quien lo es! agarró á la Pepa y le dió un beso en mitá de la boca... ¡Pa siempre arreniego del enemigo Calculad... ¡En la boca!... Ella, según parece no puso mucha resistencia... ¡Qué había de poner! lo cual demuestra que ya llovía sobre mojao... ¿Qué os parece?... ¡Arreniego de los demonios!

A consecuencia de esta entrevista la comadre Berdasca se dirigió el JUEVES á la fuente, y allí, ante siete vecinas, contó así la cosa, por supuesto, recomendando á todas el mayor secreto:

—¡Ya no hay de quien fiarse, queridas!... ¡Se sabe cada cosa!... Y el caso es que aunque

una no quiera creerlas á veces no hay más remedio; porque cuando el río suena agua lleva y, á lo mejor, donde menos se piensa salta la cabra... ¡La cabra!... ¡Pasmaivos, queridas! La cabra resulta ahora una mujer que siempre tuvo fama de honrada, aunque para mí... ¡plin! El último crío que tuvo no se parece gran cosa á su padre. De todos modos la Pepa... ¡Vaya, ya metí el cadril! En resumidas cuentas que la cosa después de todo... No hay pega sin su mancha negra. Ello es que hace poco la vieron debajo de la panera de Cascón y que no estaba sola y como el fuego junto á la estopa... ¡Pero mira que irse á aquel sitio! Cuasi en la vía pública, como los perros... ¿Acaso les faltaría la casa de una amiga? La de la Pipona, por ejemplo... ¡Ni que estuvieran locos!...

Es de advertir que entre las siete vecinas que escuchaban á la Berdasca estaba la Rufa, mujer de Carchuelas, el herrero de Paliquera. Véase ahora como Carchuelas narraba el VIERNES la historia en su herrería ante un respetable cónclave de compadres:

—Dicen que Pepa, la de Julián, y Martínez, el viajante, se vieron á puertas cerradas en casa de la Pipona... Yo no lo creo... Eso se llamaría haber perdido del todo el seso y la vergüenza... ¡Qué voy á creer! Y nada menos que en casa de la Pipona, la gaceta del pueblo, y aún de toda la provincia. Porque si con mil demonios se hubieran ido á la huerta ó al pinar, tal cual. Pero eso de exponerse á un escándalo y que á lo mejor lo supiera Julián, ¿quién lo ha de creer?

El barbero de Paliquera, que había estado escuchando á Carchuelas con los cinco sentidos, contaba el SABADO en su «salón», con endemoniada sonrisa, las sabrosas consecuencias del episodio del pañuelo. Entre los parroquianos se

hallaba Julián, el marido de Pepa. Decía el barbero:

—Pues si el mal se propaga en Paliquera no me van á servir las tijeras para cortarles el pelo á ciertos parroquianos.

—¿Y qué vas á emplear entonces?—le dijo uno.

—¡El serrucho!

Al oir la *gracia* algunos parroquianos miraron á Julián con insolencia y prorrumpieron en carcajadas. Media hora después salía Julián de la barbería, pálido como un muerto. Por aquello y por algo más que había llegado antes á sus oídos el pobre mozo se había hecho cargo de la situación.

Llegó la noche del DOMINGO y Julián se encontraba en una taberna frecuentada por artesanos y marineros. Todos se hallaban más ó menos beodos, siendo de notar que la *moña* de Julián era la más sombría. Dando terribles bandazos le cruzó por la proa un pescador diciéndole:

—Julián; ¿pa qué te matas dándole al fuelle y machacando en hierro frío? Deja el oficio de forjador y métete á fabricante de peines. A tí de seguro que te han de salir los cuernos muy baratos.

Con los nervios vibrantes y los ojos echando lumbres Julián se lanzó sobre el pescador rugiendo:

—¿Cuernos?.. ¡Pues pára esta cornada, so ladrón! Y al mismo tiempo hundía una ancha lima en el pecho del desgraciado marinero.

Cuatro meses después se leía en un periódico de la capital de la provincia: «Julián Bardales ha sido condenado á catorce años de presidio por el delito de asesinato, etc., etc».

—¡Cuanto lo yerra, á veces, la justicia hu-

mana! dije para mí, interrumpiendo la lectura. No me bastó maldecir entonces de la justicia humana sinó que ya palpitaban en mi corazón algunas convulsiones rebeldes contra la justicia divina, cuando se fijaron mis ojos en este otro suelto del mismo periódico: «La tabernera Casilda Pérez, vecina de Paliquera, se cayó en el corral de su casa, á consecuencia de algún ataque, y, como no pudo ser socorrida de pronto, un cerdo le destrozó la cara y le devoró la lengua».

—¡Que de salud te sirva, oh cerdo providencial! exclamé. ¡Lástima que otras lenguas no vayan á parar, como la de Casilda Pérez, á tu estómago inmundo!...

Comedia nueva

Don Marcos Retueyo, Alcalde constitucional y progresista de la villa de la Melguera, quiso obsequiar aquel año á las «masas» del término municipal con una función de teatro el día de la feria de San Patricio. Con tal motivo hizo venir de la capital de la provincia la compañía de variedades del famoso Botin, compuesta de cinco actores, tres machos y dos hembras, siendo una de ellas la bella Morritos, cupletista y danzarina de fama universal.

A las ocho de la noche del mencionado día, los alrededores del teatro de la Melguera estaban invadidos por una muchedumbre inmensa. Iluminado por una gran candileja de petróleo, fijada en un poste, se veía en la pared del teatro y al lado de la puerta este cartel trazado á pura brocha y con tinta roja:

GRAN TEATRO DE LA MELGUERA

Función mazna para hesta noche
Bariedades de canto y vaile por la
vella Morritos y la grandiosa
comedia El Redentor.
Nota: Se proive la hentrada con palos y con
madreñas.

Al abrirse las puertas del coliseo se formó un tumulto amenazador. El portero y los guardias municipales gritaban:

—Señores: está dada la orden de que no se pase con palos ni con madreñas. Ahí está el cartel que lo dice.

—¡Ey! las madreñas, bueno—aulló uno del pueblo con voz potente—po lo demás onde entro yo entra el mío cibiello y si non, non.

El que así gritaba era Antón del Bardial, mozo labrador, garrido y fuerte, que venía «á la comedia» en compañía de Rosina, su prometida, y de la tía Ulaya, su futura suegra. El grito de Antón fué reforzado por otros no menos recios. Eran los de Rilo, Tano y Xuan de Xuana, rapaces de la misma «caleya» de Antón que también venían á la comedia acompañados de sus novias ó amigas. En vista de lo que pasaba se mandó un aviso al Alcalde, volviendo el propio mensajero con la orden de que se permitiese la entrada al pueblo soberano, con armas y bagajes.

El teatro estaba que metía miedo. Erase un local cuadrilongo sin palcos ni cosa equivalente pero con una sala más que suficiente para contener trescientos espectadores. El escenario no gastaba telón, pero estaba vistosamente decorado con percalinas y colchas rameadas de colores vivos. La iluminación de todo el teatro consistía en varias lámparas de bujías hechas de listones de madera engalanados con papel de colores rizado y picoteado. Cinco quinqués de petróleo con sus pantallas de cartón verde constituían la batería del escenario.

Las primeras filas de asientos estaban ocupadas por los señoritos, ó sean los intelectuales de la villa, algunos viajantes de comercio y varios indianos de aquella estación. Las filas del centro estaban honradas con la mayor parte del señorío grave de la Melguera y en todo el resto del teatro predominaban las «masas» campesinas.

Al ocupar el señor Alcalde el asiento que le

estaba destinado, á la derecha de los espectadores, el organillo, que fungía de orquesta, entonó el himno de Riego y un instantante después saltó á la escena la bella Morritos toda deslumbrante de sedas, gasas, lentejuelas y pedrería. Traía todo el busto á la intemperie desde los riñones hasta el esternón inclusive.

Cantó primero tres ó cuatro cuplets ardientes de aquellos que más le gustaban á Marcos Retueyo como buen «progresista» y luego se puso á bailar la *Danza Glútea* lanzando todo su cuerpo de «bolina.» Los civilizados de las primeras filas prorrumpieron en aplausos frenéticos, mas las señoras del centro se cubrieron los rostros con los abanicos. Las campesinas, como no gastaban abanico, bajaban las frentes llenas de rubor. Al leer Antón en la frente de Rosina las señales de su honestidad ofendida, se levantó de su asiento, pálido y convulso, y, mirando á sus camaradas, rugió lleno de ira la siguiente barbaridad:

—¡Repuño, melgueranos! ¿Como sodes capaces de consentir que vos restrieguen pel focico esas gochadas? ¡Ya non hay vergüenza nel corazón asturiano?

Al oir semejante alarido más de treinta mozos se levantaron requiriendo los «piértigos» con ademán formidable. Advertido Botin de la proximidad de la tormenta y, más temeroso de ladrillos y de patatas que de la ira de Dios, apeló al recurso enseñado á los hombres por el divino Orfeo para amansar á las fieras. A una señal del Director comenzó el organillo á preludiar una tanda de aires asturianos que acallaron en un santiamen los furores de la muchedumbre. Hasta fué coreada aquella música por varios ¡ixuxús! frenéticos... ¡Lo que es entenderlo!

Sin embargo, Botin no consideró prudente

repetir la tentativa de la *Danza Glútea*. Los melgueranos aun no estaban bastante civilizados para comprender la filosofía de aquellas danzas civilizadoras, por lo cual la bella Morritos fué retirada definitivamente de la escena.

La fiesta continuó con la representación de la aplaudida comedia *El Redentor*, «pieza de gran transcendencia y de mucha filosofía natural» al decir de Botin. El primer personaje que apareció en escena fué, naturalmente, el Redentor mismo, es decir, el propio Botin disfrazado de apostol ruso, con abundante melena y barba gris selvática. Completaba el equipo apostólico de Botin una blusa azulada que le llegaba hasta las corvas y ceñida por un cinturón de cuero, ancho y tosco. Además salía descalzo de pie y pierna.

Para empezar á redimir al mundo el Redentor se arrancó con un monólogo donde hablaba muy mal de Dios, de la Providencia, de los santos, de los hombres, de las leyes, de la justicia, etcétera, etc., sin fijarse en que lo estaban oyendo. Por fortuna el Redentor se consuela acto contínuo diciéndose así mismo por si no lo sabía, que él ha venido á salvar al mundo de todas aquellas miserias y lo salvará.

Terminado el sublime monólogo siguieron algunas escenas desbordantes de «filosofía natural» que levantaron entre los labradores mugidos de mar bravía y, por fin, llegó el turno á la escena siguiente ó sea la culminante de la obra. Llámola culminante porque siempre «culminaba» en algo excepcional.

Aparecen en escena un soldado y una moza la cual lleva un bulto en el delantal. El Redentor se acerca á la interesante pareja y le pregunta á la muchacha qué es lo que lleva oculto en el regazo. Ella le contesta que aquel bulto es

un «crío» hijo natural de ella y de aquel «gachó» señalando al soldado. Botin entonces se eleva y se ilumina y dice á la rapaza con voz imponente.

—Tú serás bendecida en el seno de la Naturaleza porque has practicado la libertad del amor y por que has cumplido con sus mandatos soberanos.

Entonces gritó uno desde la «cola» del teatro con voz semejante á un bramido:

—Non te canses, Botin. Esa lo que ye una pendanga.

A esta interrupción incivil siguió una tempestad de carcajadas, pero la voz tremenda de Botin consiguió dominarlas. Luego se encaró con el soldado y le habló de esta suerte:

—Y tú, mísero soldado, ¿á donde vas? ¿cuales son tus pensamientos?

—Voy—contesta el recluta—á donde me llaman el honor de mi bandera y el de mi patria. Al mismo tiempo que esto decía el soldado sacó del seno una bandera y la hizo tremolar sobre su frente.

—¡Desdichado!—aulló el Redentor—nuestra patria es el mundo y la bandera es un guiñapo inventado por los matarifes de la humanidad para conducir al hombre al *espoliarium* y bañarse luego en su sangre.

Ante aquella y otras exhortaciones fulminantes el soldado se conmueve, vacila, mas, al fin, en un rapto de furor estruja la bandera entre sus manos y la arroja por el suelo hecha girones. Aquí el Redentor, es decir, Botin desaparece de la escena. ¡Ah bribón!... Iba el soldado á pisotear la bandera, pero no tuvo tiempo. De repente lanzó un grito y cayó rodando sobre el tablado. Un objeto duro, contundente y vigorosamente lanzado desde la sala acababa de rebotar sobre su cabeza. Era una madreña ferrada,

de las de pico corvo. Dos ó tres madreñas más se hicieron añicos sobre las tablas. Otras dos se estrellaron contra el muro que respaldaba el asiento del Alcalde.

A estos primeros disparos siguió un estruendo y confusión indescriptibles. Con los cibiellos en alto y la cólera en los ojos, los labriegos, en falanje irresistible, se lanzaron hacia el escenario capitaneados por el intrépido Antón del Bardial. Los señoritos quisieron oponerse pero fueron dominados enseguida por el empuje serrano. Antón, más grande que Ajax en aquella ocasión gritó desde encima de un banco, blandiendo el homérico garrote:

—¡Me caso en mi corazón! ¡Melgueranos! ¿Cómo habemos de consentir que tales horrores se representen en tierra asturiana? ¡Patear una bandera! ¡¡Me caso en mi corazón!!

—¡No es la española!—chilló un señorito.

—¡Repuño!—replicó Antón—¡Qué más da! ¡¡Ye una bandera!!

Grandísimo trabajo costó dominar el tumulto pero, al fin, se dominó, más el insigne Marcos Retueyo, incapaz de comprender aquel rasgo de Antón, magnánimo y sublime, ordenó que nuestro héroe y otros cuatro ó cinco mozos más fuesen encarcelados.

A la mañana siguiente, comentando el suceso dialogaban así el bueno de D. Ventura, cura párroco de la Melguera y D. Aniceto Mantilla, juez municipal del distrito.

—¿Y cuál va á ser ahora la suerte de esos pobres mozos?—decía don Ventura con el rostro afligido.

—Pche... La cosa no pasará á mayores. Pagarán la calaverada con algunos días de encierro.

—¿Calaverada dice usted don Aniceto?...

—Calaverada ó borricada, señor cura, porque

borricada es el oponerse á lo que es hoy corriente en todos los teatros de Europa y no falta quien considere esas representaciones como plausibles y civilizadoras.

—¡Civilizadora la lujuria! ¡Civilizador el odio á la patria! ¡Pobre de mi! ¿Y dice usted que eso es lo corriente en Europa?

—Lo que usted oye.

Entonces don Ventura, echando una mirada hacia los remotos picos de Covadonga, murmuró:

—¡Tendremos que conquistarla!

—¿Y con qué elementos contaría usted para realizar esa conquista, señor cura?

El rostro de don Ventura se iluminó de repente con expresión heróica y el digno sacerdote exclamó:

—Por de pronto contaría con el alma de Antón.....

El Molino del Indiano

Así hablaban una tarde mientras paseaban por la carretera, D. Pánfilo Bermúdez, cura párroco de Villacuca y el indiano Narciso Crespo, recien llegado de la Habana.

—Pues sí, señor cura—decía Crespo—es una vergüenza, un atraso inconcebible lo que aquí está pasando con eso de los molinos. Es un dolor el ver tantas niñas y tantas mujeres subiendo y bajando por esas sendas pedregosas, cargadas bárbaramente con sacos de harina y grano. Todo porque en Villacuca no ha habido un hombre emprendedor, con los arrestos y el altruismo necesarios... Es un dolor, repito...

—Sí que lo es. Mas ¿cómo remediarlo?

—El remedio salta á la vista. Bastaba con edificar un molino de vapor, aquí, en las afueras de Villacuca. Sería una obra digna de aplauso bajo el punto de vista del altruismo y bajo el punto de vista del negocio. En los Estados Unidos, en Francia, en Bélgica, en Alemania, países altruistas por excelencia...

—Aguarda, Narciso. ¿Qué quiere decir eso de altruismo?

—Es el nombre con que los sociólogos modernos designan el amor universal, sin trabas ni fronteras.

—Vamos, sí: un mote nuevo que los redentores del día han puesto á la caridad cristiana.

—No es un simple mote, señor cura; es un mundo de sentimientos nuevos creado por la ciencia moderna.

—Hablemos del molino, amigo Crespo.

—Pues eso del molino es una idea que ha surgido en mi cerebro al día siguiente de mi llegada á Villacuca.

—Bien, hombre. ¿De modo que piensas ser tú el héroe que ha de realizar esa empresa?

—Precisamente.

—¿Y tú has sido molinero en alguna parte?

—Molinero, no; pero he tenido una sombrerería en la Habana.

—Pues si has sido sombrerero... no hay más que hablar. Sin embargo, ten cuidado con la *cebera,* Narciso. Mira que los de Villacuca... Yo nada sé; yo nada entiendo de negocios mundanos; pero mi obligación y mis sentimientos me ordenan prevenirte que cuides de tu *cebera*, Crespo amigo.

La campana de la iglesia de Villacuca entonó el *Angelus* con su voz plañidera. D. Pánfilo se despidió de Narciso, más este no tardó en «pegar la hebra» con un nuevo interlocutor, más franco y más progresista que el señor cura. Érase nada menos que el señor Eustaquio López, alias el *Gachu*, Alcalde constitucional de Villacuca, con alias y todo.

—Señor Alcalde—le dijo Crespo, de sopetón—¿qué opinión formaría usted del que intentase establecer un molino de vapor, aquí á la entrada de Villacuca?

—Eso, según. ¿Es indiano acaso?

—Pudiera serlo.

—Pues formaría de él la más científica opinión. Aquí nos está haciendo muchísima falta un molino harinero, justamente de vapor, por la idiosincrasia del progreso que representaría, cuanti más que el que llegase á realizar esa obra empírica arramplaría con los aplausos de todos, sin contar con el aquel del negocio. La empresa

no puede ser más vitalicia porque aquí lo que sobran son estimulantes para construir un molino de esos. Aquí tenemos hasta un ingeniero disponible.

—¿De veras?

—Sí, hombre, mi yerno. ¿No lo conoces? ¡Parece mentira! Es el ingeniero más teocrático de la Provincia. El molino de vapor de Pedreguera es obra suya.

—¡Caramba! Quisiera hablar con su yerno.

—Entonces ¿qué? ¿Eres tu acaso el de la idea del molino?

—El mismo.

—¡Ya me parecía! Obra tan acústica sólo podía nacer en la cabeza de un indiano. Mira, allí viene mi yerno. Puedes contarle de pe á pa tus imaginativas con toda franqueza, porque mi yerno además de ser una gran idiosincrasia es un hombre cabal.

El felíz indiano, Narciso Crespo, se estuvo departiendo con Martín Angulo, que así se llamaba el ingeniero, hasta bien entrada la noche. Era Angulo hombre comunicativo y palabrero, cosa rara entre los de su profesión, aunque no milagrosa. Entre los hombres se producen con frecuencia estas anomalías que les obligan á sufrir ciertos violentos cambios de destino. Por eso se encuentran por esos mundos muchos letrados, muchos médicos, muchos políticos y muchos ingenieros que en realidad habían nacido para chalanes.

Martín Angulo convidó á cenar aquella noche á Narciso Crespo y le ofreció, además de muy sabrosos manjares, un vinillo de la tierra que «scentellaba». Aquel vino, se apresuró á decir Martín, solamente brillaba en su mesa en las grandes ocasiones y en obsequio de los grandes amigos.

De sobremesa se trató ya de los preliminares y detalles de la obra. Todo se presentaba sencillo y halagüeño. Si algún pesimismo asomaba por la mente del indiano el ingeniero se apresuraba á desvanecerlo en un santiamén. ¿Que si escasearían los obreros? ¡Bah! A la otra puerta los había en montón, todos superiores y á escoger, como peras. ¿Qué si la piedra, esto ó lo otro? ¡Uff! Allí abajo había una cantera, propiedad de un cuñado suyo, de Angulo, de donde se habían sacado los sillares para el palacio del Marqués del Boñigón. ¿Qué si la madera, que si la cal faltaría?... ¡Qué había de faltar! Un hermano de Martín, podía ofrecer maderos de roble y de castaño á tutiplen, y un primo del mismo poseía, á un kilómetro escaso de distancia, las mejores caleras de la Provincia. ¿Qué más se podía pedir? ¡Caramba! Hasta el carbón para el sustento de las máquinas abundaría. Precisamente un tío de Angulo acababa de descubrir, á cuatro pasos de Villacuca, un filón de hulla, inagotable, y de primera calidad.

En fin, en aquella histórica sobremesa se determinó hasta el costo y duración de la obra. El primero no excedería de cinco mil duros, peseta más, peseta menos. En cuanto al tiempo se le podrían calcular ocho meses, ó nueve, á lo sumo, para que el parto saliera por derecho y sin contratiempos.

Narciso Crespo, quiso, para fin de sesión, indicar algo acerca de si habría ó no habría en la comarca *cebera* suficiente para alimentar un molino de tal potencia.

—¿Faltar *cebera* aquí?—exclamó Angulo—¡qué disparate! Estos son los campos más fértiles en cereales que encierra nuestra nación. En lo que sí debemos de pensar es en dejar el molino en condiciones de poder ser ampliado en

lo futuro, pues sospecho que las cuatro muelas que ha de tener no han de dar abasto.

Para solemnizar dignamente lo convenido Crespo y Angulo se fueron al Casino de Villacuca. Apenas se divulgó la noticia del magnífico proyecto; empezaron á llover sobre el bienaventurado Narciso los plácemes y las felicitaciones más ardientes. Todos los vecinos de Villacuca le prometieron concurrir con sus *ceberas* respectivas; pero los más entusiastas en sus celebraciones eran los deudos de Angulo, esto es, los productores de la cal, de la piedra, de la madera, etc., etc.

Por fin, se pusieron manos á la empresa. Como el ingeniero constructor del molino era yerno del Alcalde, el expedienteo de rigor se deslizó como entre manteca. De la primera arrancada creció la obra como planta en tierra virgen. Sin embargo, cuando las paredes tenían ya un par de metros de altura se declararon en huelga los albañiles reclamando jornales mayores. Esto encareció y retardó la obra grandemente. Más tarde, al colocar la techumbre, se declararon en huelga los carpinteros exigiendo disminución en las horas de trabajo. Esta necesidad de descanso no la habían sentido los carpinteros hasta el preciso momento de colocar el techo de la fábrica. Total: nuevo encarecimiento y, nueva demora. Luego, también hubo sus dares y tomares con los mecánicos y los pintores... Bueno, que Narciso Crespo se metió en su empresa con el cabello negro y estaba saliendo de ella con el cabello blanco. La obra que no había de durar más que ocho ó nueve meses, duró tres años cabales, y en vez de costar los cinco mil pesos del ala costó nueve mil...

¡Pero qué! Era una gloria ver aquel edificio esbelto pintado de gris y rojo y aquella chime-

nea gallarda, con el remate en forma de corona condal, lanzando penachos de humo negro, y oir aquel silbato estridente, llenando montes y valles con sus himnos de triunfo y de progreso gritando: ¡¡Cebera!!

La fiesta de la inauguración del «Molino del Indiano» fué popular y solemne. Un vate modernista de Villacuca escribió, con motivo de las fiestas, unas apolíneas estrofas en versos de setenta y dos sílabas en los que llamaba á Narciso Crespo, «Cuerno Igneo», aludiendo, sin duda, al de la abundancia. Además el Ayuntamiento tomó por unanimidad el acuerdo de nombrar á nuestro indiano «hijo predilecto de Villacuca».

El molino empezó sus tareas despertando en el corazón de Narciso Crespo las más dulces esperanzas. Constaba de cuatro muelas capaces de moler todo el trigo de Castilla y de sus reinos vecinos. Nueve días se estuvo funcionando con las cuatro muelas, á «dos carrillos», más el décimo día el encargado del molino le habló al indiano sobre la conveniencia de paralizar una muela porque no había bastante grano para todas. La muela se paró, más toda aquella tarde el silbato de la máquina se la pasó gritando: ¡Cebera! ¡Cebera!

Pero los gritos del silbato se perdían en el viento. Tres días después hubo que paralizar una segunda muela. El grano afluía al molino en proporciones cada vez más escasas. Entre tanto el maquinista no dejaba de la mano la cuerda del silbato, el cual ya no gritaba sino que gemía sin cesar:

¡Cebera! ¡Cebera! ¡Cebera!

Todo fué en vano. A los ocho días hubo que paralizar la tercera muela, quedando aquella grandiosa fábrica, símbolo del progreso y orgullo de la región, reducida á ejercer el oficio

de molino rutinario y medioeval. En resúmen: año y medio después el «Molino del Indiano» estaba abandonado. Las arañas comenzaron á tender entre cilindros, cañerías, válbulas y ruedas sus cortinajes grises y una capa de polvo blanquecino cubría todas las partes de aquel metálico esqueleto, á modo de sudario...

—Señor cura—le decía una mañana Narciso Crespo á D. Pánfilo Bermudez—ese molino desdichado ha sido la causa de mi ruina.

—Consuélate, *probe*, que ne eres tú sólo. Eso les ha sucedido á todos los indianos sombrereros que se han metido á fabricar molinos en su tierra.

—Fueron los contratiempos... Mi mala suerte... Acaso la mala voluntad de estas gentes...

—De todo habrá un poco, pero la causa principal fué sin duda la falta de *cebera*. Esta comarca no puede dar trigo para tantos lujos molineros.

—Entonces ¿por qué me dieron alientos esos bellacos? ¿Por qué me aseguraban que habría *cebera* de sobra?

—Para ellos si la hubo... De eso se trataba.

—¡Maldita sea!

—No jures ni te desesperes. En la Habana volverás á reponer tu fortuna que sabrás conservar con más acierto después de esta gran lección... Ahora sabes ya que para fundar un molino lo primero que hay que hacer es «pensar en la CEBERA».

¡Siempre boroña!

Al llegar á la plaza del pueblo aquella tarde, reparé que delante de la taberna de Antón de Fonso se había formado un grupo de personas de diferentes pelajes y que todas se hallaban absortas en la contemplación de un cartel de vivos colores pegado á la pared de la taberna. Me acerqué más, y entonces pude distinguir que el interesantísimo cartel era un nuevo anuncio de la compañía de navegación «El Milano» la cual se dedicaba á lo que todos los milanos, es decir, á rapiñar todas las avecicas que se caen de los nidos... y las que no se caen.

No me extrañó el pasmo de mis convecinos, porque el tal cuadro ¡tenía que ver! Erase un grandioso buque de tres chimeneas y cuatro palos que navegaba por una mar de color de plomo cuyas empinadas ondas rompía y arrollaba el tajamar del buque con suprema gallardía. Un cielo furiosamente azul, con nubes de yema de huevo, y allá en el horizonte, un pais encantador con una deliciosa campiña á la derecha, coronada de palmas, y sobre la izquierda una ciudad monumental con torres de oro, cúpulas de oro, castillos de oro y palacios de oro. Al pie de la ciudad se leía: *Ciudad de la Habana.*

—¡Cuiñi, cuánto oro hay na Bana, mi madre! —le decía un rapacin como de unos catorce años á la que parecía su progenitora, mientras mascaba de un gran zoquete de boroña.

—¡Ay, mió neñin! non ye oro todo lo que relluz.

—Entós ¿pa qué lo pinten?

—Non será con güena intención.

—Así y todo ¡qué gusto dará el dir en un barco como ese por una mar como esa y vivir en ese pasmo de ciudá! Lo que ye del año que vien non pasa, mi madre.

—¿Tovía tas neso, condeniu? ¿Qué falta te fay á ti salir á correr per esos mundos treidores? ¿Non tas bien vestiu y bien calzau? ¿Non tienes de sobra la boroña pa fartucate?

—Si, siñora.

—¿Pos entoncias?...

—Mi madre, todo eso ye verdad. Boroña non me falta. Pero ¡cuiñi, mi madre! ¡Siempre boroña!...

Seguí mi camino, no se si admirando ó maldiciendo el talento sugestivo del autor del cartel. ¡Siempre boroña! es decir, siempre obligado á comer el pan de los siglos pretéritos, cuando en aquella ciudad de los palacios de oro y castillos de oro se alimentaban todas las gentes con pan de flor.

Más abajo me encontré á Pedro Picón á la puerta de su herrería. Picón, herrero inteligente y laborioso, se dedicaba con preferencia á la construcción de carros del país. Había inventado unas ruedas más resistentes, más ligeras y más baratas que las conocidas hasta entonces en la comarca. Los constructores de carros celtas habían combatido á sangre y fuego las innovaciones introducidas en los carros por Picón, mas, al fin, este había triunfado.

—Hola, Picón—le dije—¿Cómo andan esos carros?

—Por ahora como una seda, á Dios gracias.

—De modo que ya estarás satisfecho.

—Tal cual.

—Eso quiere decir que no del todo.

—Bien puede ser.

—Vamos que aun tienes metida en la cabeza la idea de marcharte para Buenos Aires. Tu cabeza es un yunque, Picón.

—Y ¿qué he de hacer?

—Trabajar aquí con fe y con ahinco. Eso sería un gran bien para ti y para la Patria.

—La Patria... ¿Por qué?

—Porque si dais en marchar todos los hombres útiles, esto va á ser una desolación.

—Bueno: pero allá que cuiden de la Patria los que la gozan... El cacique, los compadres del cacique y otros muchos comedores.

—A ti no te falta que comer, Picón. Más feliz serás en tu tierra comiendo boroña que perdices en la Argentina. Boroña no te falta.

—¡Redios con la boroña!

—¿La desprecias, Picón?

—Como despreciarla no: pero ¡me caso en mi alma!... ¡siempre boroña!

Al pasar cerca del lavadero de la Rumía, formado por un remanso de la presa del Regueirin, á la sombra de un viejo sauce, oí palabras de mujeres y ¡Dios me lo perdone! me arrimé á la seve para escucharlas.

—Non te canses Taresa—decía una—yo me voy, yo me voy á Buenos Aires pal Otubre que vien.

—Pero muyer ¿tú tas lloca?

—Lloca ó non lloca yo non puedo vivir como vivo, Taresa. En desde que Antón se marchó pa allá non hay pa mi sosiego.

—¡Ah, tontona! ¿Y tú sabes si Antón se alcuerda ya de ti? Hay que conocer á los homes.

—Aunque eso fuera non dexaría de marcharme. Si los homes se van ¿qué podemos facer las muyeres sin ellos?

—Cuasi nada.

—Esta non ye vida, Taresa. Siempre dai que le das á la costura; en total ¿paqué? Y si mires pa otro llau, allí tienes á la Zarrica, que con solo cinco años que pasó ena Bana volvió fecha una duquesa.

—Si: la duquesa del pingo.

—Pues con todo, bien vestida, bien calzada y bien comida anda.

—Tu yes otra cosa muyer. Con esas manos que Dios te dió nunca te podrá faltar la boroña.

—¡Boroña! Ya toy de ella hasta el gañote.

—Non fales mal de la gracia de Dios, Alvira.

—Non ye falar mal... Ye que... ¡Santa Rita me valga!... ¡Siempre boroña!

Aquí llegaban las dos mujeres en su coloquio, cuando sentí unos pasos en el camino. Eran dos sujetos en uno de los cuales reconocí al gaitero de Perluces.

—Toy decidíu—gritaba el gaitero—Toy resuelto á marchar á la Bana á tocayos la gaita á nuestros paisanos.

—¡Pa gaitas tarán ellos!

—¡Tanlo, xuro á Dios! Más de un gaitero se ha enriquecíu tocándoyos la gaita á los habaneros.

—Pero á ti ¿qué te falta en Asturias, Panizos? Claro que esto ta probe, pero una gaita nunca ta demás. A un buen gaitero como tú nunca le puede faltar la boroña en tierra asturiana.

—Eso claro que no, pero ¡puñeflas!... ¡siempre boroña!

No pude oir más al gaitero de Perluces porque me lo impidió el carro de Xuan de Sidrón, que subía por el camino, cantando y gruñendo cargado de maíz «á cuatro lladrales y á cuatro armentios». Sidrón detuvo el carro y después de colocar un grueso canto detrás la rueda y de limpiarse el sudor de la frente, con la manga de la chaqueta, se acercó á mi.

—Gran año ha sido este, Xuanin—le dije: Cojiste montañas de hierba, montañas de trigo, montañas de patatas y apuesto á que este es el octavo carro de maíz.

—Ye el décimo.

—¡Eche usted maíz!

—Pos nada sobra. La montaña de hierba que usted diz, comiómela el Gobierno; la de patacas comiómela el Municipio; la montaña de trigo apenas dará pa los gastos que va trayendo el viaxe del mío fio Tanin.

—¿Y para donde se va tu hijo?

—Pa Méjico.

—¿Y porqué le dejas marchar, Sidrón?

—¡Qué se yo!

—Es un gran disparate. Siendo Tano como es hijo único ¿quién ha de gobernar tu hacienda y tu casa el día que cierres el ojo?

—¡Qué se yo!

—Si supieras lo amargo que es el pan de la emigración... Por tierno y sabroso que parezca no es comparable con la boroña que se come sosegadamente en el hogar nativo.

—Pa con música non ta mal eso...

—La boroña...

—¡Ay qué Dios con la boroña!

—¿Tan mal te va con ella, Sidrón? Boroña comieron nuestros padres y nuestros abuelos, y me parece que no nos han dejado tan mala sangre.

—Claro que no. Lo que pasa atento de eso, ye que todos somos fios de Dios, aunque á veces non lo paez; que si al home i sobren fuelgos pa adequerir bollos de escanda, sea en este ó en el otru mundo, sería talmente una pollina vieya si se contentase con mazcar boroña toda la vida... En fin, la boroña buena ye, pero ¡repuño!... ¡siempre boroña!....

Volvíame á la aldea á la hora del crepúsculo, formando parte de una grandiosa escena bíblica. Por todos los caminos y veredas regresaban las gentes y los ganados. De la luz del día apenas quedaba ya más que una tenue faja rosicler, rota aquí y allá por las agudas crestas de las montañas de occidente.

Al entrar en mi casa me entregaron una carta. Era de un amigo de la Habana en uno de cuyos párrafos me decía: «Ayer asistí á un magnífico banquete en el cual probé de manjares exquisitos y licores deliciosos. Te juro, sin embargo, que de buena gana, hubiera cambiado todos aquellos primores *¡por un carito de boroña!...*

En realidad esta verídica historia boroñesa no necesitaba ningún epílogo para descubrirle la miga, pero á fin de que la cosa termine con la corriente «simetría» allá va esa copla:

¡Infeliz hijo de Adán;
siempre condenado al tedio!
ni con pan ni con boroña
tendrán tus ansias remedio.

Retamosa

Paso de comedia para reir ó para llorar, como ustedes gusten. La cosa sucede en una plaza de aldea. Algunos vecinos vienen y van sin mirarse á la cara. El Indiano *pasea en primer término con aspecto de hombre aburrido.*

Indiano.—¡Eh, qué fastidio!... ¡Qué aburrimiento!... Por Cristo bendito que ya lleva trazas de acabar conmigo este tedio mortal, hijo, sin duda, de la ociosidad en que vivo... Por suerte esta fábrica de mantequillas y de quesos que tengo en proyecto me dará en qué entender y volverá mi espíritu á recobrar su elemento... ¡Tengo un afán por empezar la obra!... Mas antes será conveniente escuchar la opinión y el consejo de algunos hombres buenos de Retamosa. Cuento, cuando menos, con sus palabras alentadoras. El negocio está claro como la luz del día... Ah, casualmente viene por allí el Meruco, antiguo ganadero y hombre de gran experiencia... Señor Meruco, me alegro de verlo por acá porque tengo algo que pedirle.

Meruco.—No siendo dinero ni cosa que lo valga...

Indiano.—Es un consejo.

Meruco.—Siendo así pide por esa boca.

Indiano.—Se me ha metido en la cabeza la idea de establecer en Retamosa una fábrica de quesos. Aquí los ganados abundan. Las praderas están siempre verdes. Las fuentes y los arroyos inagotables y fecundos. Las hierbas y las flores...

Meruco.-Vamos á los quesos y deja las flores.

Indiano.—Creo que esa fábrica sería una bendición para Retamosa.

Meruco.—¿Para Retamosa ó para tí?...

Indiano.—Para todos.

Meruco.—¡Ta ta ta! ¿Conque eso te traes? Ya me extrañaba á mí que tú, como buen indiano, te pasases tantos meses sin caer en alguna fantasía.

Indiano.—Que no hay tal fantasía, señor Meruco.

Meruco.—¡Puñeflas! y de las peores. A mí no me la das ni con queso. Lo que va á resultar de esa invención es hambre y miseria para la comarca. Tú vas á acaparar toda la leche y con eso la leche encarecerá. No hay vuelta de hoja. Con el encarecimiento de la leche les faltará á los neños y á los xatos el necesario sustento: con la falta de alimento los xatos y los neños se desmedrarán: una vez desmedrados no servirán para el trabajo cuando sean hombres y bueyes: los campos quedarán ermos: los pueblos en ruinas... ¿He dicho algo?

Indiano.—Es que todo eso...

Meruco.—Déjate de fábricas, indianín, y busca otra cosa en qué entretenerte. La Retamosa bien está como está. Además (y esto quede aquí para inter nos) en este lugar hay muy mala gente. No encontrarás más que traiciones y felonías... ¡Mira quien viene allí!... El bribón de Candiles... Me voy porque ver á ese y ver al demonio...

Indiano.—¡Válgame Dios!... Como en el Rif... Nunca he visto odios más disparatados... ¡Y que surjan tales pestilencias en medio de esta dulce y amable naturaleza!... En efecto, aquí llega Candiles. Tal vez este me pueda dar alguna luz en mi negocio... Salud, Candiles.

Candiles.—Salud, indiano... ¿Qué le hiciste á aquel raposo que huyó con tanta prisa? ¡Vaya un peine!...

Indiano.—Yo nada.

Candiles.—Déjalo que corra que algún día le trabarán los piés grillos y cepos.

Indiano.—Tengo que pedirle á usted una opinión. Se me ha ocurrido fundar en Retamosa una fábrica de quesos y de mantequillas...

Candiles.—¡Magnífico! Gran idea. Yo siempre he sido amante del progreso, de la luz, del altruismo, de la libertad... Siempre he sido enemigo del oscurantismo, del fanatismo, del despotismo, de la clerigalla...

Indiano.—De modo que usted...

Candiles.—Conformes; pero déjame hablar. Antes de meterte en eso observa con atención las concomitancias de los tiempos que corren. Vale más que esperes á que caiga el Ministerio y con él esa hedionda y despótica monarquía...

Indiano.—¿Pero qué tienen que ver con el Ministerio los quesos de Retamosa, amigo Candiles?

Candiles.—¿No han de tener? Los monárquicos no piensan más que en devorar el país y, por consiguiente, no es esta la ocasión de ponerles ningún queso al alcance de la mano. Espera el advenimiento de la República. Con la República florecerá todo... Los quesos inclusive. Ahora lo que debes de hacer es ingresar en el círculo republicano de Retamosa y dedicar á la causa republicana todas tus energías en vez de malgastarlas en revolver mantecas y otras sustancias viles.

Indiano.—El caso es que...

Candiles.—Nada, nada, y sobre todo, guarda como oro en paño estas palabras que te voy á decir. Te he visto hablando con ese canalla del

Meruco y desde luego te aconsejo que no te tiente el diablo de seguir su parecer en nada. Es un timador, un desalmado... ¡Uff, quien viene allí!... El ladrón del Taragaño... Me voy porque no respondo de mí...

Indiano.—Se va, en efecto, como alma que lleva el diablo... Mis vecinos padecen el vértigo del odio... Hola, Taragaño...

Taragaño.—Hola, indianete. ¿Por qué se largó ese tan aprisa?

Indiano.—Alguna urgencia.

Taragaño.—Ese huye de mí porque sabe que el mejor día me deja la piel del cráneo entre las uñas.

Indiano.—Hombre, voy á aprovechar este feliz encuentro con usted para rogarle que me dé su opinión sobre un negocio de gran importancia. Aquí donde tanto abunda el ganado vacuno ¿no cree usted que sería empresa de gran utilidad el establecer una fábrica de quesos? En Holanda con menos recursos han hecho milagros. En Suiza...

Taragaño.—Basta; no pienses más en eso. Hoy por hoy es una temeridad el querer fundar industrias ni cosa parecida en esta España tan perturbada por esa plaga de republicanos, socialistas, anarquistas y demás canalla que Dios confunda. Tú lo que debes de hacer es...

Indiano.—Sí, ya sé. Dedicarme á hacer quesos ultramontanos, ¿no es eso?

Taragaño.—Si lo tomas así puedes hacer lo que te parezca. Pero voy á cumplir con un deber cristiano dándote un consejo. Ese Candiles con quien acabas de hablar es un rufián, un excomulgado de la peor ralea. No vuelvas á tratar con él ni menos se te ocurra... Pero dispensa, chico... Hacia acá viene el farolón de Cleto Perandones... No lo puedo ver... Abur.

Indiano.—¡Que te vaya en bamba!... En mi vida he tomado parte en comedia más divertida!... Salud al señor D. Cleto Perandones.

Perandones.—Salud, muchacho. ¿Por qué se escapó tan aprisa ese murciélago?

Indiano.—¡Pché!... Escapadas «á lo Retamosa». D. Cleto, ya que he tenido la fortuna de encontrarlo le voy hacer una súplica.

Perandones.—¡Carape! Lo que tú quieras.

Indiano.—Pues es el caso que he concebido la idea de crear, aquí en Retamosa, una fábrica de quesos, y, usted como letrado y hombre de claro entendimiento...

Perandones.—Bien, queridín, gracias por la lisonja... Yo, ya lo ves... ¡Qué carape! Mi fuerte son los códigos y las leyes; pero también entiendo algo de mantecas... ¿Una fábrica has dicho? Hermosa idea... El queso fué, sin duda, la primera alimentación sólida de que se ha servido la humanidad. Está comprobado hasta la evidencia que la ocupación única del hombre primitivo fué el pastoreo; más no se tienen noticias de quien fuese el primero que utilizó la leche ni en qué forma lo hizo, aunque existen razones poderosas para creer que siguiendo el ejemplo de los terneros...

Indiano.—Amigo D. Cleto...

Perandones.—Allá voy, queridín... De alguna accidental coagulación del cándido licor surgió indudablemente la idea del primer queso... Herodoto nos cuenta que los etruscos usaban unos barreños agujereados...

Indiano.—Señor Perandones... Tengo que hacer...

Perandones.—Aguarda un momento, queridín... Bueno, ya te referiré con más despacio la historia y vicisitudes de la industria quesera, porque sin su cabal conocimiento no es posible

confeccionar un queso de mediana calidad... Ahora acércate un poco más... No hagas caso de cuanto te haya dicho ese mal nacido de Taragaño... Es un sujeto felón y criminal... El Taragaño fué el que asesinó al capador de Pedreña; el que violó... ¡Ay carape, carape, quién viene allí!... ¡¡La Rapa!!... Adios, adios...

Indiano.—¡La Rapa!... Hay que oirla... Hola, tía Rapa.

Rapa.—Hola, indianín. ¡Qué bien le diste esta tarde á la parpayuela con esos gandules de Retamosa!

Indiano.—¡Cómo es eso de gandules!

Rapa.—¡Válgame la Madalena! Gandules y más que gandules... Ladrones, borrachos, facinerosos, sapos inmundos... Bien sabe la Virgen lo enemiga que soy de hablar mal de nadie; pero... ¡Jasús! ¡Jasús!... ¿Sabes quien es el Meruco? Un calumniador, un falsario, un renegao... ¡Arreniego de los demonios! ¿No te contó nadie la vida del Taragaño?... Si yo no fuese tan temerosa de Dios ya te diría horrores de ese malvado cuya alma, si es que la tiene, debe de estar ya berrando en los infiernos. ¿Y el trapalón de Candiles? ¡Mal año para el! ¡Malos puercos le devoren las entrañas!... ¿Y ese fantasmón de Perandones?... ¡Otro que bien baila! Ahí donde lo ves con esa cara de santo viejo mantiene ahora su señorío con el sudor y la sangre que les chupó á más de cuatro pobretes... ¡Virgen del Acebo! ¡Virgen de Begoña! ¿Para cuando deja sus rayos la cólera del Señor?... ¿Eh? ¿Quién es aquella que viene hacia aquí?... ¡Jasús!. . Tu hermana Andrea... Queda con Dios...

Indiano.—Hola, Andrea. ¡Qué mal gesto traes!

Andrea.—Motivos habrá... Oye. ¿No te dá vergüenza tratar con esa?

Indiano.—Chica, no pude evitarlo.

Andrea.—¿Y qué te dijo esa bruja de los demonios?

Indiano.—¡Cómo! ¿También tú?...

Andrea.—Pues es de razón. Solamente á un chiflao como á tí se le ocurre pararse en mitad de la calle á conversar con esa bribona... ¡Si te digo que todos los indianos están... Más vale que me vaya...

Indiano.—¡Agur, Andrea!... ¡Chiflado me ha dicho!... Ya llegan hasta mí las dentelladas de Retamosa... ¡Y esta es dentellada de familia!... Pues, señor, quédese la fábrica de quesos para tiempos mejores y esperemos á que venga un soplo de caridad cristiana á purificar este ambiente... El ambiente idílico y patriarcal de la aldea...

Y aquí termina el sainete;
no juzguéis su intento mal;
ya véis que todo ello ha sido
pura comedia y no más...

Gaita patriótica

Nunca pude averiguar el porqué el Ayuntamiento de Trasquilón había determinado establecer en sus dominios el monopolio del pan; y ¡vive Dios! que lo siento, porque esta sería una historia de gran entretenimiento para la plebe ignara.

Bueno: *morra ó conto*, como dicen los gallegos mis parientes, que ya los historiadores futuros se encargarán de poner en claro el enigma, si es que es posible poner en claro en algún tiempo ciertos enigmas municipales. A mí lo único que ahora me interesa es relatar el ingenioso ardid de que se valieron los ediles de Trasquilón, para hacerles tragar el zoquete á los sencillos habitantes de aquella comarca.

El zoquete no pasó, sin embargo, con la suavidad que los concejales esperaban, pues apenas los vecinos se enteraron de sus propósitos de reglamentar el consumo del pan, se levantaron «como un solo hombre» á protestar contra aquella iniquidad. Primero, celebraron un mitin ó cosa parecida en el prado del tío Baldragas. Tras el mitin, celebraron una manifestación rumorosa y, por fin, celebraron también una pedrea terrible contra los balcones de la casa Ayuntamiento. Es de advertir que ya no era la primera vez que estos balcones pagaban las picardías que se tramaban en los gabinetes secretos del mismo edificio.

La cosa iba tomando tan mal cariz, que la mayoría del Concejo resolvió buscar un medio

para ablandar á las masas populares, del mejor modo posible. El concejal Juan Rebollo, hizo una proposición que mereció el asentimiento unánime de toda la camarilla.

Para ensayar el plan de Rebollo, el Ayuntamiento convocó á todo el pueblo trasquilonense á una asamblea magna en la plaza de la villa. Frente á la casa consistorial se levantó una plataforma decorada con ramas y banderas nacionales. Llegado el momento de comenzar la asamblea el primero, que apareció en el tinglado fué el ínclito Rebollo, al cual saludó la chusma con una grita monumental. Con Rebollo, subieron hasta diez ó doce concejales lo que dió lugar á otras tantas manifestaciones estrepitosas.

Total: ruido nada más, porque ningún vecino de Trasquilón, se atrevió á lanzarles un guijarro á sus representantes y eso que era el único argumento que entonces pudiera venir al caso. Los guijarros los guardaban para los balcones. En fin, diré, para abreviar, que con asombro general de todo el pueblo se apareció también sobre el tablado nada menos, que el famoso gaitero Machucu con la gaita al hombro y con su sonrisa eternamente socarrona.

—¡Fuera esos bandidos!

—¡Fuera ese ladrón de Rebollo!

—¡Fuera ese llambión de Machucu!

—¡Fuera la gaita!

Así había comenzado á rujir el pueblo; pero unos hombres que habían urdido lo del monopolio del pan no era fácil que se arredrasen por una injuria más ó menos. Rebollo se adelantó hasta la baranda de la tribuna y enristrando contra las masas su nariz aguda gritó:

—¡Trasquiloneses!... Así paga el diablo á quien bien le sirve. Se trata de haceros un beneficio inmenso y respondéis con gritos, al parecer

ofensivos. ¡Ah señores! en cuanto á mi os perdono que me afrentéis; pero lo que me cubre de vergüenza y de indignación es que os atreváis á profanar la gaita. ¡La gaita trasquiloneses! ¿Sabéis lo que significa la gaita? La gaita es la Patria. La gaita nos ha conducido en todos los tiempos á la victoria. La gaita ha cantado las proezas inmortales de nuestros abuelos... ¿Lo dudáis, trasquiloneses? Pues vais á ver lo que es la gaita. ¡Toca la gaita Machucu.

Machucu tocó la gaita y el pueblo se aplacó como por ensalmo. Rebollo prosiguió:

—¿Os callais ahora, trasquiloneses? No podía suceder otra cosa, puesto que aún palpita en vuestros corazones el sentimiento pátrio. Pues lo mismo que os ha ocurrido con la gaita os sucede con muchas de las cuestiones que se someten á vuestra consideración. Primero os alzais de ancas, disparais cuatro coces y alguno que otro relincho inoportuno; pero luego viene la voz del patriotismo y entrais en razón. Cuando os convenzais de que el monopolio del pan, mejor dicho, su reglamentación ha de traer su baratura; cuando os convenzais de que el monopolio del pan significa su abundancia ilimitada; cuando...

—¡Abundancia, sí, pa vosotros los fartones! —exclamó uno.

—¡Eso, eso!—rugieron varios.

—¡Non queremos ladronicio!

—¡Fuera! ¡Fuera!

Rebollo impasible ante la nueva borrasca gritó:

—¡Toca la gaita Machucu!

Machucu tocó una alborada primorosa, que produjo entre las encrespadas olas populares, el mismo efecto que el aceite entre las olas del mar. Hasta hubo uno de la plebe que grito:— ¡Ixuxú!

Rebollo, en vista de esto, empalmó su discurso, de esta manera:

—Ya veis cómo la voz de la gaita, digo, de la Pátria, os hace reflexionar. Apreciables vecinos de Trasquilón: estais ofuscados. ¿Sabéis porqué vosotros y vuestros hijos padeceis tan á menudo cólicos, disenterías, y otras petulancias intestinales? Pues es debido á los pedruscos, á las pajas y hasta los fragmentos de estiércol, que molineros y panaderos sin conciencia mezclan con la harina que habeis consumido hasta ahora. Pero en adelante, puesta la fabricación y la venta del pan en manos honradas, no solamente lo tendréis más barato, sino más higiénico, más tierno, más alimenticio...

—Non ye pongas manteiga, Rebollo, que ni por esas—dijo uno.

—¡Me caso, qué bien pinta!—vociferó otro.

—¡Rebollo, non dores el bollo!—agregó el de más allá.

—¡Nada de monipolio!

—¡Fuera! ¡Fuera!

Rebollo inmutable, se volvió al gaitero y le dijo:

—Toca la gaita, Machucu.

Machucu «se arrancó» con una *soberana* divina. La concurrencia se apaciguó otra vez y Rebollo continuó así su arenga.

—Además de las ventajas expuestas, señores, os indicaré otras que no dejarán de llevar el convencimiento cabal á vuestro ánimo. Convenceos; el pan es la Pátria. Siendo como es el pan el alimento del pueblo; con un pan sano, nutritivo y abundante criareis robustos á vuestros hijos; de la robustez sale la intrepidez; de la intrepidez proceden las grandes acciones y de las grandes acciones surgen las glorias de la Pátria. (Sensación). Este y no otro, queridos

convecinos, es el fin que se proponen vuestros padres, vuestros legítimos representantes los honorables ediles del Ayuntamiento de Trasquilón.

—Puede que tenga razón—dijeron algunos.

—Pero eso del monipolio... ¡Sois unos mazcayos!

—¡Nada de monipolios!—Aullaron varios.

—¡Fuera! ¡Fuera!

Rebollo tornó á mirar al gaitero y tornó á decirle:

—¡Toca la gaita, Machucu!

Machucu preludió entonces el Himno de Riego de un modo épico, irresistible. El corazón de los trasquiloneses palpitó con violencia. Notólo Rebollo y se aventuró á gritar:

—¡Viva la libertad! ¡Viva el pan del Concejo!

—¡Viva! ¡Viva!—cantó la muchedumbre.

Desde aquel instante ya nadie se ocupó del monopolio del pan. Los munícipes se retiraron á deliberar y en aquella misma tarde, mientras las turbas cantaban en corrillos y tabernas aquello de

«Aunque Riego murió en un cadalso, no murió por ningún deshonor» etc., lo del «negocio» del pan del pueblo quedó consumado.

Al correrse la noticia de esta consumación, todavía resonaron algunas voces alarmantes; pero Rebollo cogió al gaitero por un brazo, lo arrastró hasta el centro de la plaza y le dijo por última vez:

—¡¡Toca la gaita, Machucu!!

El gaitero obedeció y el pueblo soberano se puso á cantar y á bailar al son de la gaita de Machucu, enteramente felíz.

La Inundación

El pueblo de la Valleza está situado, parte en el regazo y parte á los pies de la única colina que se levanta, aunque no mucho, en un extenso valle. Tiene esta colina sobre la greñuda testa una corona formada por los almenados muros de un antiguo castillo ó casa fuerte hoy abandonada y en ruinas. Son los restos de la mansión señorial de los Condes de la Valleza, fundadores de la villa que tenemos delante.

La parte de la villa que se extiende por el llano está constituída por casas de labranza de aspecto humilde. El valle, todo dedicado á prados y tierras de pan llevar, se dilata hasta el pie de unos montes negruzcos y escarpados que lo circundan. Por entre dos de estos montes entra en el valle el rio *Ceco* en linea recta, mas al poco trecho parece que se arrepiente ó se asquea y dá una vuelta rápida para huir por entre otros montes de más abajo, unas veces rugiendo y otras cantando, según el humor ó el caudal que lleva.

Este río *Ceco* es un río bellaco y de mala índole. Ya le conocían los resabios desde los antiguos tiempos y para poner coto á sus demasías los primeros condes de la Valleza construyeron en 1437 un dique ciclópeo en el lugar por donde el río solía saltar en el valle. Refrenado por esta muralla el río continuó apaciblemente su curso durante varios siglos; pero, amigos de Dios, desde el año de 1437 ha llovido mucho y tanto fueron royendo y socabando las aguas en

el viejo murallón que en los últimos años comenzó á dar señales de flaqueza; le salieron panzas por aquí, grietas por allá y otra multitud de alifafes propios de la vejez.

En cambio el río *Ceco* no envejecía. Todos los inviernos se mostraba impetuoso, arrogante y frenético. El invierno en que cometió la barbaridad que sirve de tema á esta fidelísima narración se presentó tan imponente, tan estrepitoso y agresivo, que un grupo de labradores, de los que tenían sus casas y haciendas en el llano, se presentó ante la puerta del Alcalde gritando:

—¡Señor Alcalde, señor Alcalde!: El río *Ceco* baja tremendo y amenaza con un desbordamiento que será fatal. El muro se resquebraja y se derrumba y es necesario que tome usted alguna medida salvadora.

El Alcalde, que lo era á la sazón don Toribio Pelaez, se asomó á una ventana con la cara aún abotargada por el sueño y contestó con voz desabrida y bronca.

—El Alcalde nada puede hacer por si y ante si y á eso le obliga la ley por ser alcalde constitucional. Hay que citar al Concejo para resolver en junta plena lo que venga al caso.

—Pues llame usted á Concejo con toda urgencia, señor Alcalde.

—No se puede llamar á Concejo tan temprano. La ordenanza dispone que no se comiencen las sesiones hasta las diez y media de la mañana, en punto. Conque ya estais enterados.

Los labradores se retiraron mohinos y cabizbajos aunque alguno exclamó con ira:

—¡Puñeflas con la ordenanza!

A las diez en punto de la mañana don Toribio Pelaez ordenó al Canseco, primer alguacil del Ayuntamiento, que fuese á buscar á los señores

Correjidores residentes en la villa para celebrar la sesión que pedían las circunstancias. Mucho trabajo le costó al Canseco el sacar de la cama á dichos señores. Unos se habían retirado del café á las dos, otros á las cuatro de la madrugada; pero como todos temían á las ordenanzas y á los rapapolvos de don Toribio, al fin, fueron llegando al salón de sesiones en número suficiente para completar el "Quorum".

Y ahora que los tenemos reunidos vamos á decir cuatro palabras acerca de los señores que formaban el Municipio de la Valleza. Era el Alcalde, don Toribio Pelaez, un viejo comandante de artillería retirado, tan ordenancista y tan amante de la exactitud y precisión en todas las cosas que antes consentiría que pasasen todos los ríos *Cecos* del mundo por encima de su cabeza que tolerar la más leve informalidad ó violación de las leyes y ordenanzas municipales. Los demas señores que formaban el Concejo eran en su mayoría hombres de carrera. abogados, médicos, escribanos, procuradores y hasta licenciados en filosofía y letras. También había un periodista y dos ó tres poetas. No había ingenieros porque la Valleza no los producía. No había agricultores, á pesar de que los habitantes de la comarca eran labriegos en su inmensa mayoría. El porqué de la ausencia de estos últimos en el Concejo lo ignora el autor, de lo cual se alegra porque esto le evita muchos malos pensamientos.

Los clamores de la gente y los estruendos del río *Ceco* extremecían hasta en sus cimientos la casa Consistorial; pero aún faltaban tres minutos para la hora reglamentaria de abrir la sesión. Don Toribio aguardó impasible á que transcurrieran los tres minutos y al fin agitó la campanilla y abrió la sesión con estas palabras:

—Señores: os considero enterados extraoficialmente del motivo que ha provocado esta junta; pero á mi me compete, en cumplimiento de la ley, el informaros oficialmente de que el río *Ceco* nos amenaza con una inundación. Cumplida esta formalidad, sin la cual no podiamos darnos por enterados del peligro que amenaza á la Valleza, queda abierta la sesión á fin de discutir la manera de remediar el mal, dentro de los términos que la ley nos señala.

Acto contínuo pidió la palabra el licenciado en filosofía y letras, don Silverio Goméz, el cual dijo:

—La inminente insurrección de las aguas del río *Ceco* viene á comprobar, una vez más, la ceguedad y torpeza inaudita de esa Providencia toda bondad, toda previsión, como dicen los fanáticos, que rige los destinos del Universo. De torpe y de ciega he calificado á la Providencia y aún he de añadir el calificativo de cruel; y os voy á exponer ahora mismo las razones que me asisten para lanzar esas acusaciones...

Paco Torices, el serrador de Ogaña, único regidor que no tenía títulos académicos, interrumpió al orador filósofo de esta manera:

—Señores: no debemos de meternos en filosofías con el agua al cuello. Aquí lo que hacen falta son obras, no... garambainas. Vean si hay en el Concejo algún ingeniero que dictamine sobre el particular; pero pronto, muy pronto, porque se trata de un caso de vida ó muerte para la Valleza.

—Aquí no hay ningún ingeniero—repuso el Alcalde.

—Pues que vayan á buscar á mister Dritz, el ingeniero belga, que se hospeda en la fonda de Rita.

Ya se habían levantado algunos para ir á

buscar al señor Dritz, cuando pidió la palabra el ilustre jurisconsulto don Venancio Florez.

—Téngase, dijo, los que pensaban correr á casa del ingeniero Dritz, porque conviene antes dilucidar un punto de alta consecuencia. Yo abrigo, señores, la duda de si la parte resentida del muro que nos defiende del río *Ceco* corresponde al término Municipal de la Valleza ó al término Municipal del Fondigón. Propongo, pues, que no se tome en esta sesión acuerdo alguno sobre el particular y que se nombre una Comisión de personas competentes que estudie el caso. Yo creo que en el archivo de esta casa existen antiguas escrituras que arrojarán mucha luz sobre esta cuestión. En caso de que el muro pertenezca al Municipio del Fondigón, pediremos á este que ejecute las obras por su cuenta y, si se negase, siempre tendremos expeditas las vías legales para hacer valer nuestro derecho.

Mientras el jurisconsulto hablaba el serrador y algunos otros saltaban en sus asientos; pero el presidente Pelaez encontró muy ajustado á la ley lo que el abogado pedía y se invirtió el resto de la sesión en discutir las personas que habían de formar la comisión investigadora. Esta quedó, al fin, nombrada, siendo presidida por don Aniceto Polillo, erudito insigne, á quien se debían infinidad de descubrimientos luminosos en los viejos archivos y bibliotecas de la Provincia; entre ellos el origen del apellido Gurrianez.

Todo el resto del día se lo pasaron los vecinos de la Valleza yendo del pueblo al río y del río al pueblo, cada vez mas espantados y despavoridos; pero el Alcalde siempre contestaba á sus gritos de impaciencia:

—La Comisión propuesta por don Venancio

Florez ha puesto ya manos á la obra y trabaja sin levantar cabeza y hasta que no emita su informe nada se puede ni se debe hacer. Esto es lo legal y la ley ante todo.

En la mañana siguiente el cielo amenazaba con un nuevo diluvio y la corriente del *Ceco* poblaba todo el valle con nuevos y espantables bramidos... La Comisión, entre tanto, impasible y serena, analizaba concienzudamente sobre una mesa, los diferentes códices, escrituras y pergaminos que un ujier les bajaba de los desvanes del Ayuntamiento. Pero el Alcalde no las tenía todas consigo y, más atento á los clamores del pueblo que al respeto debido á los sabios investigadores, les mandó á estos varios recados para que acelerasen su informe, pero siempre obtenía la callada por respuesta.

Mas como las circunstancias y los furores del río hablaban á cada instante con más imperio, aquella misma tarde se volvió á reunir el Concejo en junta extraordinaria, con asistencia de los señores de la Comisión informadora.

—Por fin, ¿qué?—le preguntó el Alcalde al presidente de la Comisión.

Don Aniceto Polillo levantó poco á poco la abrumada frente y dijo con acento desolado:

—Sucede... ¡ah, señores!... ¡Una fatalidad!

—¿Qué pasa?

—Sucede que en los primeros pasos de nuestra labor nos ha salido al encuentro una dificultad que imposibilita el término feliz de la honrosa misión que nos habeis confiado. En primer lugar, señores, ese río que nos amenaza no tiene nombre legal y, por consiguiente, no puede ser identificado. En una escritura sobre derechos de pesca, otorgada á favor de los Condes de la Valleza en 1512, se habla de un río llamado *Caco*. La *a* de este nombre aparece clara y dis-

tinta sin dar lugar á la menor duda. En otra escritura sobre aprovechamiento de aguas de ese río, fechada en 1593, se le dá á este repetidas veces el nombre de *Coco*. Por fin, en una poesía escrita por un trovador que residió en esta localidad en el año de 1617, dedicada á las ninfas de nuestro río, se le dá á éste el nombre de *Cuco*... La Comisión se halla, pues, en el doloroso trance de declarar que el río *Ceco* no existe y que igualmente ignora si es el río *Caco*, el *Coco* ó el *Cuco* el que nos amaga con sus iras en la hora presente.

Mudos y absortos se habían quedado los señores del Consistorio ante las declaraciones del señor Polillo y camino llevaban de seguir pasmados por toda una eternidad si no viniese á despertarlos un repentino clamoreo de gentes y un fragor como de océano desbordado. Muchos ediles se lanzaron al balcón del Ayuntamiento y vieron que los vecinos de la Valleza huían desolados hacia la parte alta de la población, prorrumpiendo en grandes alaridos y maldiciones. Era que, al fin, el río *Ceco* había roto su valladar y se lanzaba sobre la llanura arrollando gentes y casas y ganados, con loco furor.

Quisieron huir los atribulados concejales, mas no pudieron porque ya las aguas llegaban al primer piso del edificio. Y como el agua continuaba subiendo con rapidez espantosa se vieron precisados á buscar refujio en el tejado. El serrador de Ogaña, que no había perdido aún la serenidad y que se hallaba junto á don Aniceto Polillo, le dijo á este en tono de fisga:

—Lo único que me pesa, señor Polillo, es el ignorar si es el río *Caco* ó el *Coco* ó el *Cuco* ó el *Ceco* el que nos va hacer ahora la santísima canfiroleta.

Un vecino de la Valleza que "navegaba" por aquellas cercanías, montado en una viga, gritó de pasada, enarbolando los puños con indecible cólera:

—¡Señor Alcalde!: Nombre ahora su señoría alguna Comisión que le saque de ahí... ¡¡No les partiera un rayo!!...

La gran revuelta

Hallábame aquel día en mi aldea, disfrutando plácidamente de la contemplación de sus hermosas campiñas y saboreando de paso una de las incomparables fabadas que sabe componer una tía mía, cuando llegó á mi casa Tuto Pérez, alias el Glayo, el cual exclamó al verme:

—Don Manuel, ¡por fin ya ta armada!

—¿Qué es lo que se armó, Glayo?

—La gran filomena revolucionaria en Oviedo y en Gijón. ¡Viva la libertad! ¡Viva la re...!

—No glayes tan alto ¡tu! Además no te entiendo, Glayo. ¿Tu no eras monárquico antes de ayer por la tarde?

—Sí, señor, pero en este siglo de las grandes ideas todo cambia de súpito. Ayer por la mañana...

Lo que le había sucedido al Glayo "ayer por la mañana" era que lo habían dejado cesante de su empleo de farolero municipal á consecuencia de una "iluminación" intempestiva que había cogido en la taberna del Ratu. Que después de este acontecimiento empezaron á llegar rumores de sublevaciones y de victorias revolucionarias, y que entonces el Glayo "evolucionó" á fin de ver si recuperaba su empleo, pues á él lo mismo le daba encenderle faroles á la república que á la monarquía.

Nada de esto me sorprendió, porque de tales "glayos" está el mundo lleno.

En fin, el caso fué que con las noticias del ex-farolero comencé á sentir una grave desazón

en el vientre. Era cosa de "les fabes". ¡Dios mío, ni aún las más humildes lugumbres se pueden digerir en paz, en estos tiempos calamitosos!... Y esos que comen perdices y faisanes... ¡Desventurados!

La causa de mis alarmas consistía en que algunos de mis familiares queridos residían en Gijón, y era natural que las noticias que acababa de recibir me hicieran temer por su suerte.

Inmediatamente me dirigí á casa del Repollo ó sea el mejor alquilador de coches de mi pueblo. En el camino me encontré algunos grupos de artesanos que cuchicheaban misteriosamente. Estos en vez de saludarme, como de costumbre "ya" me miraron con cierta sonrisilla desdeñosa... Naturalmente, yo era un burgués. ¡Pobre de mí!

—Repollo—le dije al alquilador—necesito un coche para ir á Grado, corriendo, volando...

El Repollo me miró de arriba abajo y con gran pachorra me contestó:

—Vamos, lo que usté quier ye un iroplano.

—No estoy para bromas, Repollo.

—¿Tanto ye el apuru?

—Grandísimo.

—Pos lo que ye agora... Con eses regüeltes... Con esos tiros...

—Te daré seis duros.

—Non tengo más que dos caballos, y el uno algo coxo.

—Te daré ocho duros.

—Como coxo non lo ta del todo, pero tien un esparavan...

—Te daré diez duros.

—Bueno; ya i pasará la coxera. ¿Cuando salimos?

—Ahora mismo.

Tres buenos kilómetros anduvimos de la pri-

mera arrancada, pero al llegar al Pedregal, el Repollo se detuvo para "matar el secaño" en una taberna. Media hora próximamente tardó mi auriga en matar "aquello." Por fin partimos otra vez, mas al pasar por Boudenaya el Repollo volvió á detenerse para darle un recado á una mozona que salía de un corral con una "goxa" en la cabeza. Larga y alegre historia debió de contener el recado, pues la cosa duró quince minutos, que lo fueron de gran risa para aquel par de zafios y de veneno para mi.

—¡Repollo!— acabé por gritar impaciente.

—Vamos, señorito, vamos.

Al bajar por la cuesta de la Espina nos enfrentamos con otro coche que la subía. Este traía cuatro ó cinco viajeros, entre ellos dos frailes de Corias. El Repollo y el otro cochero, antiguos compinches, detuvieron los vehículos, se saludaron y sacaron los avíos de fumar. Entre tanto dialogaban de esta suerte:

—¿Pero ye verdá eso que dicen de Oviedo?— preguntó el Repollo al compadre.

—¡Qué si lo ye! A estes hores todo Oviedo ta goliendo á carne de fraile asada.

—Home, non desajeres...

—¡Que malos demonios me coman si non ye verdá!

Las caras de los pobres religiosos de Corias aparecían con señales de martirio. Para aliviar su tormento volví á gritar:

—¡Repollo!

Todavía tardamos diez minutos en renovar nuestra marcha. Yo había cometido el necio error de pagarle al cochero adelantado, así es que á nadie podía quejarme de lo que me estaba sucediendo.

Entre Salas y Cornellana todavía se detuvo el Repollo tres veces á matar el "secaño." Los

cuatro duros que había cobrado de más daban para todo, además, el "secaño" de todo buen cochero es inextinguible. Ya en la pintoresca villa de la famosa puente que está tan mal "entarabicuadrillada," el Repollo se detuvo ante un mesón en el cual penetró sin hacer caso de mis miradas suplicantes.

Durante la ausencia del Repollo se formó al lado del coche un grupo de indivíduos, obreros, al parecer, y oí que uno de ellos decía:

—¡Me caso en mi alma, la cosa ta que esmecha! Xuan de Matoxo que acaba de llegar de Oviedo díxome que habían matau á todos los canónigos de la catredal.

—¡Ele! ¡Hay riñones!—rugió otro gañán.

—¡Repollo! ¡Repollo!—vociferé á mi vez.

Uno del grupo me miró con sorna, y haciendo que hablaba á alguno que estaba en el mesón, exclamó con voz recia:

—¡Antona! Aquí hay uno que quier potaxe.

Al fin se apareció mi cochero trayendo esta vez un gran saco al hombro. Abrió la portezuela y "sentó" el bulto á mi lado.

—¿Qué es esto, Repollo?

—Na. Un saco de pataques, señorito.

—¿Y me lo pones aquí?

—Espere, señorito.

Repollo volvió al meson y tornó con otro saco más grande que el anterior. Este me lo "sentó" en frente.

—¡Repollo, no tolero más abusos! ¿Qué es esto?

—Este ye un saco de pimientos que me dió la mesonera para que se lo lleve á Grado.

—Eres un bellaco.

—¡Bah! ¿En total, qué?... Por dos bultos más non hay razón pa enfadarse. Bien ancho va.

Vacilé un instante entre callarme ó pegarle

un tiro á aquel pícaro. Al fin opté por lo primero, considerando que quizás al final de la actual revolución aquel insigne Repollo llegaría á ser mi alcalde, mi presidente ó mi juez. Legumbres más ruines he visto llegar á más altas preeminencias.

Confortado por mi cristiana resignación, emprendí la penosa subida de la cuesta de Cabruñana, en la muda compañía del saco de patatas y del de pimientos.—Al menos—me dije para consolarme—otros compañeros de viaje más turbulentos he tenido en otras ocasiones.

Pero me equivoqué. Los instintos de turbulencia se han infiltrado ya hasta en las cosas inanimadas. Al emprender la subida, el saco de patatas se me vino encima y tuve que hacer, para rechazarlo, un esfuerzo supremo. Más arriba, al tropezar el coche en una piedra el saco de pimientos me dió un terrible costalazo. En suma, que como el camino está muy accidentado, me pasé más de media hora sosteniendo á brazo partido, con los pimientos y las patatas, una lucha homérica.

Acabé por reirme de aquella situación terriblemente cómica. Poco después, el Repollo, exhalando el vinoso vapor que rugía dentro de su "marmita," se puso de pie en el pescante y bramó:

—¡Ya estamos en lo alto de Cabruñana! ¡Abajo los curas! ¡Viva la acústica ácrata, me caso en mi alma!

—¿Qué acústica es esa, Repollo? le pregunté.

—¡Qué se yo!... Debe ser gran cosa.

—¿Y donde lo aprendistes?

—Se lo oí á un dotor socialista en el último metin...

—Medrados estamos... ¡Arrea, Repollo!

A la entrada de Grado oí á una mujer que

pasaba con una "ferrada" en la cabeza, decirle á otra que estaba cepillando un refajo en el corredor de una panera:

—¿Non sabes lo que pasa, ne?

—¿Qué pasa muyer?

—Que en Gijón armóse una gran revolisca. ¡Jasus, Jasus! Que hubo descargas de artillería. La fin del mundo, querida. Que hay incendios... Que hay sangre... Que por allí berran los demonios...

Repollo, que también había escuchado la conversación de las comadres, restalló cuatro veces en el aire su látigo y entró por la villa adelante, al galope y gritando:

—¡Arre, Carrilana! ¡Arre Voladora! ¡Ye! ¡Ye! ¡Arriba los riñones! ¡Abajo el oscurantismo! ¡Viva la acústica ácrata, me caso en mi alma!

Un guardia del orden que oyó los gritos del Repollo se vino hacia el coche á la carrera. Yo me escurrí por el otro lado, y gracias á un poco de astucia y otro poco de disimulo, logré ponerme en salvo. Ya desde lejos me volví para ver lo que pasaba... El guardia había apeado al Repollo del pescante y lo tenía sujeto por el cogote...

Hora y media después llegué á la simpática Vetusta, donde me esperaba una profunda, pero grata sorpresa. En vez del humo del incendio y el fragor de los combates, encontré un ambiente diáfano y apacible y que llenaban el espacio los rumores de cien músicas alegres. Al penetrar en sus calles, pude ver que paseaba por ellas una muchedumbre de "mateinos," todos con aire de fiesta...

¿Y en Gijón? En Gijón idem de lienzo. Todo lo hallé tranquilo, aunque no tan alegre. Se conocía que aquí había "pasado algo," y lo que pasó me lo fueron contando por el camino.

—Con que ¿qué fué lo que pasó, Caxinas?—le dije al cochero,—parece que la cosa fué grave ¿eh?

—Na. Cuatro golfos que yos dió la talandoria por gritar ¡abaxo los curas! Otros cuatro que yos dió el aguardiente por lladrar y tirar piedres... En total, cuatro tiros, cuatro soplamocos y... ¡na! Pura comedia.

—Pero tu también te declaraste en huelga.

—Y ¿qué había facer?

—¿Pero tu sabes porqué holgaste?

—Home, ¡qué sé yo!

En la escalera de mi hospedaje me encontré con la Parrocha, mi lavandera.

—Conque han estado ustedes revueltos estos días, ¿eh, Parrocha?

—¡Yo!... ¡Arreniego del diablo!

—Vamos, que también el gremio de lavanderas se declararía en huelga; así es que usté...

—Señorito ¿y qué había de facer?... Como me lo mandaron, también folgué.

—¿Y quién se lo mandó?

—En concencia, non lo sé.

—¿Y por qué folgó?

—¡Mal año pal diaño!... ¡Qué sé yo!

—¿Y sacó algo de la juerga, Parrocha?

—Como sacar, nada. Perdí les madreñes, pero agora voy á casa de la presidenta del gremio á ver si me dá algunas perres pa comprar otres...

El Gabán de Don Lucas

En aquellos últimos dias del mes de diciembre el invierno se presentaba terriblemente cruel. Había obscuridad en el cielo, obscuridad en los montes, obscuridad en los valles y obscuridad perenne en las almas de todos los habitantes de la aldea de Villatriste. Bien es verdad que había que señalar aquel año con piedra negra también. Las cosechas del centeno, del trigo, de las patatas y del maiz fueron destruidas por los tremendos pedriscos que durante el estío enviara el enemigo cielo sobre los campos de toda aquella comarca.

Los meses que faltaban para la llegada de la primavera se presentaban á los enturbiados pensamientos de los vecinos de Villatriste con un inmenso séquito de horribles visiones, y, por más que don Urbano, el cura de la aldea, les prometía un próximo verano lleno de luz, de calor y de cosechas abundantes, ello es que los de Villatriste aparecían cada vez más ceñudos, cada vez más sombríos.

Para todos había su porción de inquietud en aquellos días aciagos. Hasta don Lucas del Castañar, el más rico tratante en jamones y tocinos de toda aquella región, padecía hondas angustias desde que... pues verán ustedes. El diablo que nunca duerme, aunque algunas veces parece que dormita, según lo que tarda en arrancar de este mundo ciertas almas perversas, el diablo, digo, fué sin duda el que puso en el magín de don Lucas la idea funesta de comprarse un magnífico gabán de pieles justamente á la entrada de aquel

invierno. Muy altivo y orondo con su gabán abrochado hasta las cejas se pavoneaba una tarde don Lucas por delante de la taberna del Ronco cuando de la parte interior de esta salió una voz lobuna que decía:

—Ese paletós he de ponérmelo yo.

Don Lucas apretó el paso, se encerró en su casa y desde entonces no se apartaba de su corazón cierta vaga congoja ocasionada por las palabras que le habían lanzado desde el fondo de la caverna del Ronco... ¿Caverna, dije? Pues caverna se queda.

En tal se había convertido unas pocas horas antes de la misa del Gallo de la Noche Buena de aquel año. Era un antro cobijador de infinidad de bestias salvajes. De allí salían, unas veces claros y resonantes y otras veces en confusión oceánica, aullidos de lobo, bufidos de jabalí, rugidos de león, bramidos de bisonte, cantares plañideros de buho y silbidos de serpiente. Por fin, aquella masa de carne comprimida en el interior de la taberna se dilató, de pronto, y la puerta reventó con gran estrépito. A la cabeza de la hambienta y enfurecida turba marchaban armados con gruesas mazas de hierro, Plumín, Pepe Cardoso y el Truco.

Plumín era un exalguacil del ayuntamiento de Pedreguera y los otros dos habían trabajado hasta entonces en la mina de carbón «La Mariposa». Mas aquel año la cólera celeste no había perdonado tampoco el reino mineral, pues una avalancha cegó la «Mariposa» y el Truco y Pepe Cardoso se quedaron sin un cacho de pan que ofrecer á sus hijos.

Plumín se volvió bruscamente hacia la muchedumbre que le seguía y con recias voces y turbulentos ademanes la endilgó esta arenga:

—Vecinos de Villatriste; lo pactado es lo pac-

tado. ¡Que ni Dios ni la ley os amedrente! Dios se ha olvidado de nosotros y la ley nos prohibe robar; pero no se acuerda de proveer á nuestro sustento. Diez y seis personas han muerto ya de hambre en la aldea mientras que los almacenes de don Lucas están repletos de jamones y tocinos hasta los techos. Si hay que matar ¡matemos! Si hay que morir ¡muramos! ¡Adelante!

Mas la turba no se movió contenida por una figura negra é imponente que acababa de surgir en medio del camino. Era la venerable silueta de don Urbano que á la sazón aparecía un si es no es fantástica y aérea por efecto del blancuzco torbellino de nieve que la envolvía.

—¿A donde vais, desventurados?—exclamó. ¿Es ese el caso que haceis de mis predicaciones evangélicas?

—Señor cura—replicó Plumín—si del Evangelio se trata haga usted el favor de repetir ahora el milagro de los panes y de los peces y si no puede repetirlo quítese del medio porque se hace tarde.

—¡Mirad que hay Dios!

—¡No hay Dios!

—¡Mirad que la justicia!...

—¡No hay justicia!

—¡Mirad!...

Nada miró la inquieta muchedumbre. Con ímpetus de cantábrica ola saltó por encima del anciano sacerdote y algunos instantes después azotaba con las espumas de sus iras las puertas de la casa de don Lucas del Castañar. Estaban estas puertas entrecruzadas por gruesos herrajes, mas, á pesar de esto, saltaron hechas trizas bajo los golpes furibundos de las mazas de hierro de los asaltantes. Estos penetraron en confusión horrible por las abiertas brechas dando gritos triunfales y alaridos de júbilo.

El autor no ha llegado á reunir los datos suficientes para poder juzgar de las reservas mentales que pudiera haber abrigado cada uno de los jefes de la expedición al iniciarse el ataque á la casa de don Lucas. Reservará también para su adentros las obscuras sospechas que le asaltan; y, prosiguiendo llanamente en su oficio de relator imparcial de los sucesos de aquella «noche triste», dirá que no habían pasado diez minutos desde el hundimiento de las puertas cuando, por diferentes pasillos y sin prévio acuerdo, llegaron á la alcoba de don Lucas, el Plumín, Pepe Cardoso y el Truco.

Don Lucas, atento sólo á la salvación de su vida y la de los suyos, huyó desolado al pinar vecino, sin acordarse de recojer el famoso gabán que ha de servir de desenlace á esta humana trajedia. Allí estaba, colgado en una percha, luciente y sugestivo como una mala tentación. Los tres compañeros lo vieron y los tres se miraron luego entre sí sin decirse una palabra, pero sus miradas eran tétricas.

Al fin se hablaron.

—No hay más que un solo gabán y ese lo quiero yo para mí—dijo el Plumín.

—¿Eh?... Tendrás que ganarlo—repuso el Truco.

—¡Eso!—añadió Pepe Cardoso.

No se dijeron más. De repente los tres empuñaron sus mazas y los tres se acometieron con furor homérico. No hay para qué referir los incidentes del combate porque solo consistió en dos ó tres golpes de maza. El primero que rodó fué el Truco con un hombro desgajado: el segundo fué Pepe Cardoso que cayó en un rincón de la sala con el cráneo deshecho; quedando, por consiguiente, el Plumín, «el compañero más fuerte», por dueño y señor del gabán codiciado...

Con la cabeza desnuda y el rostro aleonado; con las ropas desgarradas y el belludo pecho al descubierto; se apareció el Plumín pocos instantes después en la puerta de la casa de don Lucas ajitando en alto con la mano izquierda el rico despojo y con la derecha la ensangrentada maza. Su hueste se hallaba á la sazón chapoteando y bailando entre la nieve, en plena y frenética orgia. Plumín les quiso hablar, mas su garganta solo produjo algunos aullidos siniestros. Varios de los del corro le quisieron responder, más tampoco lograron articular más que feroces aullidos.

Y es fama que desde aquella terrible noche los vecinos de Villatriste han perdido la facultad de hablar y para comunicarse entre sí braman y rugen como fieras silvestres.

Providencia Indiana

Frente al vetusto portalón de la casa Ayuntamiento de Pedrera dos comadres le daban á la «parpayuela» de este modo:

—¿Conque, según paez, ye verdá lo del arremate de la quintana del probe Gaspar, el to amo, Narda?

—Non tien remedio. ¡Toy que non me cabe la gafura nel pelleyu! Daquí á media hora non nos queda nin una teya nin un carito que mazcar. ¡Probe vieyu! ¡Probe Rosina!... Estos cagatintas de Pedrera... ¡Mala peste yos coma!

—¡A Virgen, muyer!

—¡Pues ye verdá! Ahí ta la comición del Conceyu, nesa casona que ¡malas centellas!...

—¡A Virgen, Narda!

—El condeao del tío Rabuña. ¡Que estocinau!...

—¡A Virgen, muyer!

—Non quixo dar más esperas. ¡Ya sabe él lo que fay! En total, que por un empréstamo de nueve mil riales quier agora arrabuñar una quintana que val dos ó tres talegas como una perra... ¡Mal yérradu lo mate!

—¡A Virgen, muyer! Pero Antonín, el indiano, el fío del tó amo, ¿non contaben con él pa esta primavera? ¿Non taba pa llegar?

—Taba pa llegar..... ¡pero nunca llega! De salir de la Bana cuando dixo y, chando bien la cuenta, debía tar ya en Pedrera. Estos indianos siempre afalagan con la esperanza, pero nunca se

dan priesa. El casu ye questa tardancia ye nosa perdición.

—¿Y el to amo y la Rosina, onde tan?

—Tan arrecojíos en ca de Carpena... El probín de Gaspar non fay más que esmesase les guedeyes... Rosina ta que ye un dolor vela... ¡Non hay nesti mundo nin plizca de concencia! Ese tío Rabuña ya debe de tener lalma nalando nos infiernos...

—¡A Virgen, muyer! Quiciás Antonín llegue á tiempo.

—Ta pa llegar... ¡pero nunca llega!

En cambio llegaron dos nuevos personajes, cuya presencia hizo á las dos comadres enmudecer.

Erase el uno el tío Rabuña, vejete prestamista de la familia de los chacales, y érase el otro Eugenio López, escribiente del Juzgado de Pedrera, perteneciente á la familia de los halcones.

—De modo—dijo López—que viene usted, tío Rabuña, dispuesto á quedarse con la quintana de Gaspar Campera.

—Ese ye pan comíu. ¿Non vino ya el arrematador?

—Ahora llega.

—¿Ya i pasaste la untura pol focico?

—Ya; pero el hombre es poco de fiar. Quizás no se conforme con el tocino... Tal vez quiera jamón... Sin embargo, el caso no puede estar más claro. El artículo 133 del Código Civil, dice...

—Lo que diz el Código ya se sabe. Agora hay que saber lo que dicen les perres.

—En cosas de perros no hay quien pueda competir con usted en toda la comarca.

—¿Non habrá gallu tapau?

—¡Quiá! Tiene usted ya la quintana tan segura como la muerte.

—¡Qué muerte ni qué puñeflas!

—¡Segurísima! Con todo, si no fuese por las indicaciones que yo le hice al señor Juez acerca de la interpretación del artículo 133 del Código Civil...

—¡Puñeflas con el artículo! Nin que fuera el Padre Eterno.

—¿Por qué?

—Porque tá en todo...

—El caso es que sin la interpretación que yo le dí, este sería un caso jurídico de tres bemoles. Servicios son estos que no pueden ni deben echarse en olvido.

—¡Ta ta! Non me vengas egora con xirigonzas. Ya ta ahí la xente.

En efecto, acababan de llegar al portalón del Ayuntamiento el juez, el escribano, el rematador un alguacil, un alcalde pedáneo, dos procuradores y varios vecinos y vecinas del pueblo. No faltaba más que Poncio Pilatos.

Sin detenernos á relatar ciertos preliminares curialescos, diremos que, subido á una especie de estrado, gritó el rematador:

—Señores: Se va á proceder al remate de la quintana de Gaspar Campera, con todas sus pertenencias, á cuyo efecto se ha estimado previamente su valor en once mil reales de vellón; si hay quien dé más que lo diga.

—¡Doce mil riales!—dijo el tío Rabuña, con voz semejante á un alarido.

—Doce mil reales ofrecen por la casa, panera y huerta de Gaspar Campera. ¿Hay quien dé más?

—¡Trece mil!—bramó uno del pueblo.

—Trece mil, señores—repitió el rematador.

—¡Catorce mil riales!—aulló de nuevo el tío Rabuña.

Ya catorce mil reales, así, de contado, era una señora suma que imponía algún respeto á la concurrencia. Iban y venían rumores. El tio Rabuña

alzaba su rostro felino en ademán de reto. Por fin, el rematador dijo con voz tonante:

—¡Catorce mil reales, señores, ¿no hay quien dé más?... Catorce mil ¡á la una!... Catorce mil ¡á las dos!... Catorce mil ¡á las!...

Iba el tío Rabuña á darse una palmada en el muslo, en señal de triunfo, pero la palma se quedó en el aire. Un individuo, forastero, vestido de blusa y boina, de cuerpo flaco y rostro moreno, acababa de plantarse de un salto en medio del corro.

—¡Alto! ¡alto!—exclamó con voz ronca, dirigiéndose al rematador.—¿Puedo yo tomar parte en la subasta?

—Na hay inconveniente—replicó el escribano—siempre que usted cumpla con los requisitos que marca la ley.

—Con los requisitos—se adelantó á objetar Eugenio López—y con lo que al auto dispone el artículo 133 del Código Civil.

—¿Quién ye ese raposu?—gruñó por lo bajo el tío Rabuña.

—Don Nadie—contestó López—algún famiento que viene á que le tapen la boca con dos pesetas.

Entretanto el «tribunal» dió por buena la intervención en el remate del hombre de la blusa, el cual se apresuró á exclamar:

—¡Mil duros ofrezco por la hacienda de Gaspar Campera!

El tío Rabuña dió un salto, en el colmo de la ira, y con las manos temblorosas y los labios blanquecinos increpó así al intruso.

—¿Y tú quién yes, pelgar?

—Soy quien soy... ¡Mil duros he dicho!

—Señores—aulló el rematador—¡veinte mil reales dan por la quintana de Campera, ¿hay quién dé más?

Entonces Eugenio López se acercó al tío Rabuña y le dijo:

—Puje usted, tío Rabuña. Ese tira con duros.

—¡Veinte y un mil riales!—silbó el viejo avaro con cara lívida.

—¡Mil quinientos duros!—replicó el desconocido.

—Puje, tío Rabuña—volvió á insinuar Eugenio;—ese mozo es de cuidado, y aunque para estos casos el artículo 133 del Código Civil previene...

—¡Treinta mil y cien riales!—gimió nuevamente el tío Rabuña.

Sin dar tiempo á que el rematador repitiese la fórmula «sacramental» el implacable forastero gritó:

—¡Dos mil duros!

—¡Puje, tío Rabuña!—volvió á azuzar Eugenio López;—pero aquél se revolvió todo furioso y dijo:

—¡Que puxe el demonio! ¿Piensas que comí carchuelas, magüeto?

Jurando y perjurando el tío Rabuña se hizo á un lado, dejando el campo libre al arrogante advenedizo. Pero Eugenio López no quiso darse por vencido y encarado con el rematador dijo así:

—Conste que la quintana será para ese vagamundo, pero conste otrosí, que es con violación fragante del artículo 133 del Código Civil.

—¡Oros son triunfos, los demás son espárragos!—contestó el rematador.

Se proclamó vencedor al forastero al mismo tiempo que la comadre Narda se acercaba á él y le miraba con ojos azorados. El desconocido reparó también en ella y la dijo emocionado:

—¿No es usted la señora Bernarda del Gabito, ama de llaves de don Gaspar Campera?

—Soilo... pero ¿usté quién ye?

—Pues corra á decirle á don Gaspar que la quintana del Fontanar ha vuelto á ser suya.

—¡Arreniego de los demonios!... ¿Usté quién yé, hom?

El forastero se quitó entonces la holgada blusa y apareció con un traje «indiano,» elegante y rico.

—Soy—exclamó—Antonio Campera y Bardial, hijo de don Gaspar Campera. Llegué ayer de la Habana. Supe lo que ocurría por mi casa y disimulé hasta ahora para salvar mejor este conflicto.

—¡Ay, Antonín del alma!—sollozó Narda, arrojándose en brazos del indiano.—¡Voy corriendo!... ¡Dame otro abrazo, Antonín! ¡Xasus, Xasus! ¡Toy alloriada!... ¡Non sé lo que me digo!... ¡Antonín del alma!... ¡Yes agora la mesma estampa de Porvidencia! ¡Dios te bendiga!..... ¡Amén! ¡Amén!...

¡Trabaya Anselmin!

(Cuento inverosímil.)

La casa de los Mirallos era un edificio vetusto y señorial situado en la parte más alta de la aldea de Busmenty. La mitad de esta aldea pagaba rentas á la casa de Mirallo. Esta se hallaba á la sazón casi desierta, pues sólo la habitaban doña Remedios, viuda del último Mirallo, Anselmo, hijo único, un viejo mayordomo y cuatro ó seis personas dedicadas á la servidumbre.

Anselmo era un mocetón de unos diez y siete años, de clara inteligencia y de enormes proporciones corporales; pero sus nervios eran flojos y sus carnes eran blandas. No se atrevía á tomar parte en los juegos y ejercicios de los demás chicos de Busmenty por miedo de ser vencido. Ya no sería la primera vez que otros más novatos ó más endebles que él le habían hecho correr ó morder el polvo. Con esto sufría atrozmente el pobre mozo, y la sangre de los Mirallos se le subía al rostro toda alborotada, después de cada vencimiento.

Por supuesto, que de esta flojera y de esta timidez de Anselmo había tenido gran parte de la culpa su santa madre. Por temor de que se le rompiese ó se le marchitase había criado á su hijo con todos los mimos y delicadezas imaginables, y ahora se hallaba el rapaz expuesto á que lo marchitase y lo rompiese cualquier galopín más endurecido ó más valiente.

Hasta los trabajadores de la fundición de aceros de Busmenty se le reían en la cara. Un do-

mingo al pasar Anselmo por delante de la taberna de la Carda, oyó que Tizón, un capataz de los talleres, les decía á los demás:

—Ahí va ese tocinón, ese marica... ¡Y que semejante morral se beba el sudor de medio pueblo!... Pero esto acabará.

Anselmo escuchaba tales insultos y amenazas con la cara lívida; pero se callaba y seguía su camino.

El Director de la fundición de aceros de Busmenty tenía una hija llamada Isabel, en cuyas gracias andaban prendidas todas las potencias del alma de Anselmo; pero la muchacha había dado en la cargante manía de echarse á reir como una tonta cada vez que Anselmo intentaba hablarla de sus amores. Por fin, una tarde Isabel se puso seria y le dijo á Anselmo:

—No me mortifiques más con tus persecuciones amorosas, Anselmo. Tú no eres mi tipo. Yo no puedo quererte mientras tengas esos lomos tan gordos y esa piel tan delicada. Tengo capricho por los hombres fuertes de cuerpo y fuertes de espíritu.

—Vamos, que te casarías con cualquiera de esos salvajes que trabajan en la fundición. Con Tizón, por ejemplo.

—No precisamente con Tizón; pero tal vez con otro que á él se pareciese.

—¿Y qué quieres que yo haga para lograr esa semejanza, Isabel?

—Eso, allá tú.

Vagaba Anselmo una mañana por el camino que pasa por encima de Busmenty, sombreado por encinas seculares. A veces se quedaba ensi-

mismado y á veces cerraba sus puños con ira ó agitaba sus hombros gigantescos. Después, oprimiendo su cabeza entre las manos, se decía:

—Sí, tengo que luchar. ¿Pero qué he de hacer para adquirir fuerza y destreza?

El robledal acababa de ser invadido por la neblina y, de pronto, notó Anselmo que un hombrecito de edad indefinible, de pequeña estatura, pero de constitución recia le estaba contemplando, con una guadaña al hombro y con cara risueña, junto al «portiello» inmediato. Aquel hombrecito era Patricio Negrete, conocido en toda la comarca por *el Nubero*. Patricio tenía más arriba, allá donde terminaba el carbayal y empezaba la sierra, una cabaña. El mismo la había fabricado y cultivaba además, una buena extensión de terreno donde cosechaba casi todos los frutos que se le antojaba. Un rebaño de cabras y otro de ovejas completaban la hacienda de Negrete.

—Anselmo—le dijo Negrete—¿qué melancolía ye esa?

Anselmo, que amaba á Patricio desde la niñez, le contó sus penas y sus sentires entre ellos aquel raro capricho de Isabel por los hombres duros y fuertes.

—Pues si quieres ser fuerte trabaya, Anselmín.

—¿En qué, Patricio? ¿En mis libros? ¿En mi gabinete?

—Non ta mal; pero trabaya, además, con los brazos y con el corazón... Hay que sudar. Hay que sufrir, Anselmín.

—Bueno, me dedicaré á la esgrima con las tizonas de mis abuelos.

—Non basta eso. Esas viejas tizonas son por cierto bien gloriosas y venerables, pero ¡qué quiés, queridín!, ya non sirven pa defender la

casa de los Mirallos. Si se tratase de lidiar con fidalgos y caballeros, non diría que non: pero en la lucha que se avecina tendrás que habételas con xente de mala ralea. Te atacarán con la barra y el picón... La barra, Anselmín, la barra... Sólo con ella podrás salvar la casa de les Mirallos.

—¿Qué he de hacer, entonces, Patricio?

—¿Quiés seguir mi consejo?

—Ciegamente.

—Entos, escucha: Vístete de minero y ves á pedir trabayo en el túnel del *Purgatorio,* que tan abriendo á tres leguas de aquí per debaxo de la sierra de Armayan.

—¿Yo minero? ¿Minero un hijo de los Mirallos?

—¡Non hay tu tía! Si no te haces minero puedes dar por perdidas tus esperanzas. Hay que sudar. Hay que sufrir.

Anselmo quiso replicar, más ya *el Nubero* había desaparecido entre la niebla. Ya lejos volvió á gritar:

—¡Trabaya, Anselmín, trabaya!

Anselmo pidió un día licencia á su señora madre para pasarse una temporada viajando por el extranjero. Doña Remedios que veía á su hijo melancólico y taciturno, le concedió la licencia que pedía.

Mas en vez de irse á París como solían hacer otros señoritos de su clase, á perfeccionarse en lascivias y en perezas, Anselmo se compró un traje de pana, una boina y unas botas de minero, se tiznó las manos y la cara y se presentó á pedir trabajo en el túnel del *Purgatorio.* Al ver su juventud y su corpulencia fué inmediatamente admitido.

Anselmo se internó en las negras simas arma-

do con la barra y el picón. Los primeros días experimentó dolores intensos en los brazos y en los riñones, mas, al fin, pudo trabajar con tal vigor, que á cada uno de sus golpes se extremecían las entrañas de la tierra. Allí observó de cerca las fatigas y dolores de los huérfanos de la fortuna. Sus compañeros de trabajo le admiraban y le querían, siendo para todos un excelente camarada. El corazón de Anselmo era noble y leal, y su mano generosa cuando se trataba de remediar algún infortunio.

Algunas veces solía hacer sus escapatorias hacia Busmenty en pos del inefable consuelo de ver de cuando en cuando á su madre y á Isabel. Se conformaba con verlas desde lejos y siempre lo hacía con grandes precauciones, para no ser descubierto por ellas ni por nadie.

Al volver cierta noche de una de sus excursiones, tuvo que pasar por delante del «chigre» de la Carda. En aquel instante salía del negro tugurio un grupo de obreros, entre los que Anselmo pudo distinguir á Tizón. Hablaban en voz baja, pero Anselmo, oculto tras un bardial, se enteró de lo que decían.

—Mañana será la huelga. Tú ya sabes, Cascote, lo que hay que hacer. En cuanto al Renegao irá con los otros á saquear la casa de los Mirallos. Será cosa de coser y cantar. Yo asaltaré la casa del Director y me apoderaré de Isabel. Al fin será mía.

El que hablaba era Tizón. Anselmo no pudo reprimir un aullido de cólera lo cual notado por los del grupo se lanzaron sobre él cuchillo en mano. Anselmo se defendió con un garrote haciendo rodar por el suelo con sus golpes furibundos á los tres primeros que se le acercaron. Luego desapareció sin ser conocido.

En todas las dependencias de la fundición de Busmenty se declaró á la mañana siguiente una huelga formidable. Por la noche estalló un terrible motín con sus tropeles, sus incendios, sus rugidos y sus estragos. Un grupo capitaneado por Tizón asaltó el aposento de Isabel.

Tizón llegó á posar su mano negra y ruda sobre el hombro desnudo de la doncella, mas en aquel instante las hojas de una ventana estallaron con estrépito y un hombre hercúleo se lanzó dentro de la habitación enarbolando una gruesa maza de hierro. Era Anselmo seguido por diez de sus camaradas del túnel del *Purgatorio*. Trabóse dentro de la estancia una lucha feroz, y un instante después yacía Tizón tendido sobre el pavimento con el cráneo deshecho. Entonces los de su pandilla apelaron á la fuga.

Recobrada de su espanto Isabel le preguntó á su libertador:

—¿Y usted quien es, mi amigo, mi salvador?

—Soy Anselmo Mirallo.

—¡Tú!... ¿Tú?...

Ocho días después, vueltos los trabajos de la fundición de Busmenty á su normalidad y la paz á los espíritus, Anselmo, con la venia de su señora madre solicitó oficialmente la mano de Isabel. La mano y el corazón de la gentil doncella le fueron concedidas. Pocos meses después se casaron, y en uno de sus paseos vespertinos Anselmo é Isabel se internaron por la carbayera y estando sentados sobre el césped se apareció ante ellos Patricio Negrete como llovido del cielo, con una «foz» al hombro.

Anselmo corrió hacia *el Nubero* para estrecharlo entre sus brazos, mas aquel, sin saber

cómo, se disipó en el sitio donde estaba para aparecer unos diez pasos más allá.

—¡Negrete, Patricio, deidad ó lo que seas!—exclamó Anselmo con ojos espantados.—¿Por qué no me dejas mostrarte mi gratitud y mi cariño?

—Non ye menester. Obras son amores. Abondo fixiste con seguir mis consejos.

—Te debo mis triunfos. Mis amores logrados. Mi paz perpetua.

—En cuanto á todo eso hevia mucho que falar. El triunfo se lo debes, primeramente á la ayuda de tus fieles camaradas del *Purgatorio,* y en segundo lugar á los tus puños y á la tu maza. Al respetive de la paz perpetua... ¡Trabaya, Anselmín, trabaya! Non dexes de la mano la barra y el picón. Esas tienen que ser las armas de la casa de los Mirallos.

—Es que...

El *Nubero* no esperó más y se desvaneció rápidamente entre cendales de niebla, dejando tras sí un reguero de luz. Un poco después se oyó una voz ténue y lejana que decía:

—¡Trabaya, Anselmín, trabaya!

Dinero á réditos.

—No saques más cuentas—le decía don Ramón Agüero, viejo picapleitos de Rebollada, á Pedro Zapico, indiano recién llegado de la América,—no saques más cuentas, ni hagas más calendarios, amigo Zapico. Vosotros los indianos sois muy dados á esas fantasías de grandes empresas, de grandes talleres, de grandes molinos, etc., etc. ¡Valiente pelo habéis echado con eso! Aquí el gran negocio está...

—Ya lo sé. En la explotación de las minas—contestó Zapico sonriente.

—¡Dale con las minas! Aquí el gran negocio para el que tiene cuatro cuartos y buen estómago es el dar dinero á réditos... No me hagas aspavientos, Zapico. Hay que vivir, y ya sabes que por estas aldeas el negocio del préstamo no solo dá lo que debe de dar en buena especie contante y sonante, sinó que también presta gran influencia política que con el tiempo trae su porqué...

—Pero la usura...

—¡Porreta con la usura! ¿Quién te manda ser usurero? Puedes prestar al seis ó al ocho por ciento y esto no es usura. Se dá el dinero con hipoteca ó con fiador insólidum, cuidando de que los causahabientes tengan buenas fincas colindantes, si es posible. La cosa sucede así: se presta la suma obligando al que la recibe á pagar los intereses mensualmente. El deudor no te paga los intereses porque estos campesinos nunca pagan nada. Viene la acumulación de intereses,

viene la aplicación de la regla de interés compuesto, reformada por mí, y cátate al cabo de dos años...

—Eso es repugnante, Sr. Agüero.

—¡Porreta, déjate de melindres, Zapico! Si tú no lo haces otro lo hará, quizás con más daño para el prójimo. El mundo está de modo que para vivir hay que contar siempre con este dilema: comer ó ser comido. ¿Te enteras? Si tanta repugnancia sientes, déjame á mí la resolución del tanto ó el cuanto por ciento. ¿Te sonríes? Pues mira, gracias á mí algunos de Rebollada se han enriquecido y por ahí andan luciendo sus panzas y sus gabanes. Ahí está el Llagartón, que vino de Madrid con cuatro pesetas y ahora es suya la mitad del valle de la Felechosa. Ahí está el Bazuncho, que llegó de Gibraltar con bien pocos cuartos, y á la presente es el amo del caserío de La Figal. Eso me lo deben á mí.

—Bueno ¡qué diablo! tanto y tan bien predica usted, que me decido á prestar. Eso sí, por vía de ensayo solamente.

Hecho el convenio, Zapico y Agüero se separaron. Este, al retirarse á su casa, levantaba de cuando en cuando el raposuno hocico como si olfatease ya la carne y la sangre del labriego que le prometía la concertada empresa, pues aquella sangre y aquella carne solía ser el regular alimento de las alimañas curialescas de Rebollada.

A los pocos días comenzaron á llover sobre el prestamista ultramarino peticiones de dinero. El primero que llegó fué el tío Meruco, el cual, casi con lágrimas en los ojos, le habló así á Pedro Zapico:

—Vengo, don Pedrín, á ver si usted me facilita ocho mil reales. El Bazuncho me prestó el año pasado cuatro mil para sacar de quintas á mi Toribio: no pude abonar los réditos y ahora, aquel

bribón, me reclama el doble y me amenaza con embargarme la quintana. Tengo á mis padres ya viejos. Además cinco niñinos...

El segundo que se presentó ante Zapico fué otro labrador llamado Juan del Tapín.

—Ruégole, don Pedro—murmuró Tapín con los ojos bajos—ruégole que me preste seis mil reales para pagar impuestos de consumos y contribuciones atrasadas. Véome en este pilanco, porque hace meses que no puedo ahorrar un maravedí, á causa de unos vómitos de sangre que dió en echar mi neño mayor. Y como el fisco no repara en sangres...

Poco después llegó una pobre viuda, la tía Servanda. Esta para lograr el auxilio del indiano, explicó de este modo su necesidad:

—Morrióseme la vaca Roxa, don Pedrín, la vaca que me mantenía con so lleche; á toda la mió reciella, y, sobre todo, á la mi Rosa que ta tan malina. ¡Que la Vírgen nos valga! ¡Y decir de Dios que con ochocientos ó mil reales podía salir de estas llaceries!... Emprésteme esos cuartos, don Pedrín, que non los perderá.

Tanta verdad halló Zapico en estas súplicas y quejas, que á todos socorrió y despidió contentos, aunque con gran escándalo y disgusto de Agüero, pues el indiano prestaba su dinero con un simple recibo y con intereses ruinosos para él.

Pasó una larga temporada y muchos de los plazos otorgados se fueron venciendo, sin que los deudores acudiesen á cumplir con el indiano las obligaciones que con él habían contraído.

—¿Qué hay de eso, porreta?—le decía Agüero á Zapico.—Esta breva madura siempre y ha llegado la ocasión de recogerla, señor Zapico. Ni uno sólo de sus deudores vendrá á pagar su deuda. Esta es la ocasión de quedarse con medio conce-

jo, apremiando, embargando y ejecutando á rajatabla.

Antes de decidirse á tanto rigor Pedro Zapico quiso visitar las casas y las alquerías de sus deudores. Montó á caballo y se fué por aquellos campos. Era el mes de Agosto y la campiña ofrecía con sus maizales, sus vegas de doradas mieses y sus pomaradas repletas de manzanas de oro y de rubí, un aspecto encantador. Con todo, Zapico cruzaba por aquellas sendas taciturno y melancólico. Se detuvo ante la casa del tío Meruco. Este salió á recibirlo.

—Tío Meruco—le dijo Zapico—ya sabe usted á lo que vengo.

—Demasiado que lo sé, don Pedrín, demasiado que lo sé. No pude, don Pedrín, no pude. Aquí está todo lo que tengo. Los enseres de labranza, los muebles, el ganado, los cuatro trapucos que hay... Lo único que le ruego es que no me embargue la casa. Mi madre está ahí adentro medio baldada. No quisiera que muries bajo techo ajeno... Si es que, fuera de aquí, podemos encontrar otro techo...

El indiano nada replicó y prosiguió su viaje de inspección con el alma afligida. Cuanto le había dicho el tío Meruco y cuanto él había visto era una dolorosa verdad. Después de oir á otros de sus deudores y de experimentar nuevas pesadumbres llegó ante la casa de la tía Servanda. Recostada en el umbral de la puerta se encontró á una mocina como de diez y ocho años, exangüe y pálida como una vírgen de antiguo retablo. Al rumor del caballo de Zapico la rapaza alzó los ojos, en los que se reflejaba una tristeza incurable.

—Rosina—la dijo el indiano—¿y tu madre?

—Ta dientro—contestó la muchacha con voz casi imperceptible.

Entonces la tía Servanda se apareció en la puerta, mas antes de que tomase la palabra, la dijo Zapico:

—Tía Servanda ¿qué médico asiste á esta muchacha?

—Viola don Cosme, pero diz que la probina non tien remedio si non se la manda á tomar las aguas de non sé donde... Allá muy lonxe. Todo esto costaría un sentido y po lo que ye agora... ¡Ay, Vírgen de la Soledá!

—Vamos, mujer, no se aflija,—le contestó el indiano—si en eso consiste la salvación de esta pobre muchacha dela por salvada. Tenga estos veinte duros para que pueda mandarla á tomar esas aguas salvadoras.

Las bendiciones que la tía Servanda derramó sobre aquella Providencia en figura de indiano... Este se volvió á su casa por el sendero del Carbayal. Al llegar junto á la huerta del Vallin, se detuvo debajo de una higuera. Una pareja de malvises saltaba de rama en rama seguida por su numerosa prole. Las brevas, de puro maduras chorreaban mieles, y los malvises padres enseñaban á sus hijuelos á picotear en el sabroso fruto. Todo era entre ellos animación y salud y gritos de alegría.

El indiano bajó la cabeza y prosiguió su camino murmurando:

—¡Qué triste, qué triste es eso de la tía Servanda! ¿Con qué alma podré forzar la mano para obligar á esas pobres gentes? Después de todo... quince... siete... nueve... doce... Total, apenas pasa de mil quinientos duros toda la deuda. Mi capital excede de treinta mil. ¡Pché! ¡Gente infeliz!

Como resultado de esta su disposición de ánimo, Zapico llamó cuatro días después á todos sus deudores, y, una vez que los tuvo presentes, les dijo:

—Tío Meruco, Tapín, Antón, Eugenio, Roque y usted, tía Servanda, nada me deben. Tomen ustedes sus recibos y sus papeles y que Dios les mejore de fortuna para lo porvenir.

—¡Eso no!—interrumpió Tapín.—En lo tocante á la tía Servanda y á algunos otros bien está esa acción, y Dios se la pagará. En cuanto á mí, mientras pueda trabajar y me dure la vida...

Ninguno se acercó á recoger los documentos que Zapico les ofrecía. Este alzó la voz y dijo:

—¡Ya apareció aquello! La fidalguía asturiana. Bueno; no os perdonaré ni un maravedí; pero me reservo el derecho de hacer con estos papeles lo que me acomode.

Y en un instante hizo pedazos los recibos, las escrituras y demás «instrumentos jurídicos», como diría don Román Agüero, y los arrojó por la ventana. Luego Zapico salió á la puerta para despedir á aquella pobre gente, y entonces advirtió que el insigne Agüero estaba recogiendo los fragmentos de papel que él acababa de arrojar. Lo llamó y le preguntó que porqué recogía aquello.

—Estos pedazos de papel—replicó Agüero—ajustados otra vez y puestos en orden aun pueden servir... Algo me darás por ellos el día que la ingratitud de esos payotos te cure esa fiebre caritativa.

Con mano crispada y ademán violento, Pedro Zapico le arrebató al leguleyo los papeles de entre las garras y luego, metiéndole el puñado de los mismos por las narices, exclamó:

—¡Ahora mismo se va usted á tragar estos guiñapos, si nó juro á Dios!...

Temeroso de las iras del indiano, Agüero dió un salto y se alejó rápidamente, mas antes de perderse de vista volvió la cara y lanzó este aullido:

—¡¡Uuuu!!... Ponte en cura... ¡Indiano loco!...

La Voz del Terruño

Te prometí, caro amigo, referirte en mi primera carta lo que «vieron mis ojos» al llegar á la tierra nativa; pero un accidente fatal me obliga á contarte solamente lo que oyeron «mis oidos».

Porque has de saber que al pisar los umbrales de nuestra dulce Patria me ocurrió la desgracia más dolorosa é inaudita que pudiera sobrevenirle á ningún mortal en semejante ocasión.

Pasaba el tren por las cumbres del Pajares y en una estación me lancé á la vía para contemplar mas anchamente mis valles y mis montes asturianos. Absorto y con los ojos muy abiertos me hallaba en esta contemplación cuando acertó á pasar por mi lado una carreta llena de sacos de cal viva. Un saco se cae, se desgarra y un golpe de viento me arroja la cal al rostro dejándome sin luz. Me puse á restregar mis párpados con desesperada furia resultando una terrible inflamación.

¡No puedes imaginarte tormento mayor ni destino más cruel! ¡Quince años de ardientes anhelos por ver á mi patria y, al llegar á sus puertas, me quedo ciego! Así le sucede casi siempre al que corre desolado en pos de la ventura. Tan ciego me quedé que un fiel amigo tuvo que servirme de lazarillo hasta llegar á mi casa.

Vino el médico, me vió los ojos y me dijo palabras consoladoras. Parece que es solo una inflamación intensa, pero pasajera... Parece que dentro de un mes podré admirar todas las glorias

que la primavera está derramando en nuestras campiñas... ¡Quiéralo Dios! Por de pronto ando con una tupida venda sobre los ojos y, gracias á mi hermana Andrea que me sirve de amanuense puedo enviarte esta primera carta. Mi hermana me sirve también de lazarillo y me saca á pasear por el campo á todas horas.

Ya que no puedo describirte lo que se ve te contaré lo que se oye, es decir, en realidad nada te voy á contar... Para informarte de todo cuanto me dice la voz de la tierra nativa, escuchada en medio de mis tinieblas, sería menester una lira celeste y lo que es yo ni poseo semejante lira ni sabría tañerla.

La primera emoción profunda que he sentido fué al oir el canto del gallo en la primera alborada que pasé aquí. Este gallo de mi corral no canta como los demás gallos. Me dice infinitas cosas: me envuelve en infinitos recuerdos. Los días en que mi padre me levantaba al amanecer para ir á la siega; el tráfago de los preparativos, el ambiente húmedo de la mañana, las brumas que cubrían los campos, los destellos de la aurora, los primeros fulgores del día...

Luego llega hasta mi un rumor inarmónico que produce en mi alma una impresión extraña. Es el estrépito que producen las madreñas de los vecinos al chocar contra los guijarros. Después de quince años de ausencia todos los ruidos de la tierra hallan un eco en nuestro corazón.

¡Dios mío, ya ha salido el sol! ¿De qué me sirve su luz? Sé que ha salido porque oigo el chillido penetrante que lanzan los vencejos al pasar en bandadas por encima mi tejado. También oigo las chácharas expresivas y amorosas que acaban de entablar las golondrinas encima de mi balcón: hablarán de sus afanes domésticos, de sus hijuelos, de sus proyectos para el naciente día. ¡Salud

misteriosas y amables precursoras de la Primavera!

De repente un rumor lejano, un cántico de gloria llega hasta mi dominando todo otro rumor. Es el matinal repique de las campanas de nuestra iglesia parroquial. Hoy es Domingo y no es extraño que las campanas se expresen con mayor alegría. ¡Domingo de primavera...! Gracias á vuestro himno de gloria, campanas de mi aldea, se está formando en mi pecho un inefable concierto donde cada recuerdo de mi infancia trae su nota. Aquellos días de gran campaneo me dirigí á la iglesia con el beso de mi madre impreso aún en la frente, los árboles del atrio estaban poblados de pájaros y de flores, el sol derramaba su clara lumbre, los trigales ondeaban allá abajo, los campesinos y campesinas llegaban vestidos de fiesta... ¿Porqué Dios de justicia, me privas ahora de este espectáculo de vida? ¿Qué horrendo pecado cometí para merecer tal suplicio?...

¡Ay! ¿Qué es esto?... ¡La gaita! Un rápido escalofrío recorre mis nervios y las raíces de mi cabello se estremecen. ¡Qué lejos suena todavía! Ahora la brisa acalla su melodía. Ahora la acrecienta. Ahora llega; ahora pasa por debajo de mi balcón cantando una alborada que hace desbordarse mi corazón en sentimientos inefables. Ahora se aleja exhalando suspiros que se desvanecen en el ambiente. Tal vez sea el gaitero del Tomillar, aquel que adornaba su gaita con flecos de oro y cintas azules, aquel gaitero Sol que también derramaba por montes y valles su luz y su alegría... Era más que el sol. Este gaitero penetraba en las cavernas de las almas donde jamás llegara con sus rayos la luz del día.

De repente me siento cohibido por un rumor grave y profundo semejante al que la mar pro-

duce en los arenales. Ya sé lo que es: son los rugidos del viento en la arboleda del Campón. Estos zumbidos despiertan también un mundo de recuerdos en mi mente. ¡Los terrores que yo sentí cuando al anochecer tenía que atravesar la robleda al volver de la sierra con el ganado en noches tormentosas! ¡Cómo aullaba, cómo gemía, como bramaba entre los carbayos y los pinos el viento loco! ¡No era el viento: eran duendes y «pantasmas» del otro mundo que pasaban arrastrados por el huracán.

Parece que el viento ha cesado y que empieza á llover. Lo conozco por el cristalino tin tin que las gotas producen en los vidrios de mi ventana y en el seco trepidar en las hojas de la higuera que aún parece que se conserva en mi huerto. Se conoce que es lluvia de Mayo. Cae mansamente y su monótono rumor me deja deliciosamente adormecido.

Mi hermana Andrea viene á decirme que ya no llueve, que la tarde se presenta apacible y que viene á buscarme para dar una vuelta por el campo.

Apenas damos los primeros pasos, fuera de la aldea, oigo las modulaciones de una flauta mágica. No es flauta: es algo mejor: es la voz del mirlo. Este canto despliega en mi imaginación el bardial florido donde celestes músicos establecen su cátedra de melodías á principios del verano. ¡Los calzones que yo rompí persiguiendo sus nidos! ¡Las ansias jamás satisfechas de capturar un mirlo «que comiera solo»! ¡Perdóneme Dios aquellos bárbaros instintos!

¡Anda! ¿Qué es lo que oigo ahora?... ¡Es el cuco! ¿Y ese guirigay de riñas cotorreras? Son los glayos. ¿Y ese bronco graznar? Son los cuervos. Ahora llega á mis oidos un cantar divino procedente de lo alto. Es el cantar de la calan-

dria... ¡Salve musa agreste, musa de las sierras! Una mañana, mientras oíamos los gorgeos de una calandria, que se remontaba á las nubes, la dije á una rapacina, compañera mía de pastoreo, las primeras palabricas de amor que pronuncié en mi vida.

Mas adelante me siento sobrecogido por un estruendo apocalíptico. Es la catarata del río Figal. Sus bajos profundos de órgano inmenso parece que llegan del fondo del abismo. Entre tanto de las praderas que me rodean surge un himno perenne que el grillo y la cigarra y otros diminutos seres entonan en loor de la Primavera. Es que la voz de la catarata y la voz del insecto se conciertan para cantar las glorias del Creador.

La tarde se avecina. Me lo advierte mi hermana Andrea y, además lo conozco por los rumores de la campiña. Oigo el mugir de los ganados. Los carros del país han comenzado á poblar la campiña con sus cantares célticos, cantares que anuncian el término de las faenas del día. De no sé donde llegan hasta mis oidos las rústicas modulaciones de una flauta pastoril. No sé si en lo hondo de la cañada ó en lo alto de un risco ó en la orilla de la fuente, una voz femenina, voz de doncella, entona una praviana... Suenan voces lejanas, rumores de esquilas, el clan clan de las «lluecas», balidos de ovejas, ladridos de perros, el clamor plañidero de las campanas que entonan el «angelus»... En la charca vecina cantan las ranas.

Una voz de hombre, irritada, lanza un terrible juramento. Es la única voz que maldice en este sublime concertante que la tierra entona á la hora del crepúsculo vespertino. Mas adelante percibo otra voz humana que canta una especie de salmodia absurda. Me parece recordarla.

—Andrea, le digo á mi hermana ¿Qué voz es esa?

—Es la del loco Antón de Caxinas. Hace más de veinte años que se pasea cantando misa por estos caminos.

Ya lo ves, amigo, la única voz que perturba la santa armonía de la naturaleza es la voz de la ira y de la locura humana.

Voy á terminar esta nota deplorando la mezquindad de mi pluma y la esterilidad de mi númen para poder concertar en himnos sublimes las armonías que he ido recogiendo en el poblado y en la campiña. La materia existe, mas ¿dónde está el artista que pueda llevar á cabo esta obra inmortal?

Adios, querido... Empiezo á advertir en este instante una plegaria que contiene en sí todas las armonías del universo. Es el suave murmullo de una oración que mi familia entona á la vera del llar, en la que se ruega por los míseros, por los navegantes, por los huérfanos, por los tristes, por todos los pecadores...

La llueca.

En el rincón más obscuro del figón de la Cañona, cuyo enturbiado ambiente olía á aceite frito, á tabaco y á cabra montés, estaban arrimados á una mesa, ante una jarra enorme y un vaso ciclópeo el Trucho de Tabongo y Palín de Ansarás arreglando, mano á mano, el casamiento de Ramona, la hija de Palín, con Gaspar, el mayorazgo del Trucho.

—Pos si sigues ponderando la riqueza de tu casa—decía Palín—y las cercunstancias del tu mozo vas á encoyeme tanto, que me voy á creer que la mi Ramonina ye la fia de un méndigo.

—Non ye pa tanto.

—Entós non hay pa que char tantas roncas. Después de todo, entre la quintana de Palín de Ansarás y quintana del Trucho de Tebongo apenas habrá cuatro panoyas de diferencia. Y aunque hubiera más: la mi rapaza tien en su persona todes les gracies y les riqueces del mundo.

—Non lo niego. Como guapa si lo ye.

—¡Y aquel aire pa manejar la foucina y la fesoría! ¿Onde hay moza que en la estaya ye ponga el pie delantre? Llueu, el pan que ella amasa paez pan bendito, y de la su colada sal la ropa más blanca que la nieve de los Urrieles. Además, ella tien gran querencia pol tu rapaz.

—¡Llástima non la tuviera! El mío Gaspar merez una reina con un reino.

—Pos con permiso de su alteza...

—Apara, lín; anque lo digas en groma, Gas-

par bien puede ser alteza... Según al llau de quien se ponga.

—Bueno. Creo que el tu rey y la mi reina han facer una pareja con mucha majestá. Tendremos unos retueyos como las flores y á docenes, porque en lo tocante á la mió fía... La su madre tuvo catorce y... ¡todavía!...

—Non, pues el mío fío... Y á propósito: non basta pensar en que habrá nietos. Hay que pensar también en cómo los han de mantener.

—Home, ta claro.

—Por eso los deciseis mil riales que te pedí de dote pa la tu fía nunca tarán de más.

—Bueno. Tan mandaos los deciseis mil riales, la mitá pal día de la Ascensión y la otra mitá pal día de todos los Santos.

—¡Abasta!

—Fago este esfuerzo, Trucho, por tratase de la tu casa. En rialidad, yo non tenía por qué facer este sacrificio, porque has de saber que un indiano de Pravia quería á la mi Ramona, y la quería ¿entiendes? la quería sin pedir de dote el valor de una alpargata.

—¡Indianos!... ¡Bah! Una cosa son talegas que naide ve y otra cosa los tapines que rellucen al sol. Con todo, yo voy á ser moderao en el pedir. Quisiera que la tu rapaza llevase, además, cuarenta y ocho celemines de trigo. Pensaba pedite cincuenta, pero...

—¡Puño! gracias po la rebaja. Llevará ese trigo, pero non te olvides del indiano de Pravia. Este prendóse de la mi neña en la romería de San Vicente, y sé que dixo de ella que merez ser una princesa pol ángel que tien en toda su presona.

—Sí: ye un ánxel que non dexará de mazcar boroña con su compango de torreznos si se tercia. Por eso pensaba decite que Ramonina lleve también dos tocinos del último Samartín.

—El indiano de Pravia non pedía ningún tocín...

—Pos dos tocines...

—Bueno, ¡puño! ¿Qué más?

—Esto ye cosa de la mió costiella. Dos colchones, dos almogadas y cuatro cobertores nuevos de Palencia.

—Oye, Trucho. ¿Pero mialma que el tu príncipe taba sin cobertores?

—Lo que sobren son cobertores en la mió panera.

—Pues non lo paez.

—Ya te dixe que esas son pitulancias de la mió costiella. Al auto de medias, refaxos, camisas y faldones nada te digo, porque eso ya lo arreglarán las muyeres.

—¿Qué más?

—Po lo presente, nada más.

—Conformes. Venga esa mano Trucho. Onde hay hombría de bien todo sal nidio. Según eso peme que la boda podrá celebrarse pa la sementera de las patacas.

—Bueno. Todo ye semar.

—A ver, ¿onde ta la Cañona? Que venga esa candonga y que traiga otra xarrada de vino. Trucho de Tebongo, hay que remoyar el pauto. ¡Qué puño! Un día ye un día. Peme que acabamos de entamar la felicidad de los dos rapaces más buenos y más parciales del conceyo. Empica, Trucho.

—A la salú de los foturos... Quiera Dios... Aspera, Palín. ¡Ay qué degorrio! Se me había olvidau lo meyor. Tengo que pedite además en dote para la rapaza la vaca Gallarda.

—¡La Gallarda!

—Sí, la Gallarda. En total ye cuestión de ocho ó nuevecientos riales más, que ye lo más que puede valer esa vaca.

—Non ye cuestión de riales; ye cuestión de querencia. En mió casa ta la Gallarda como si fuese persona de la familia.

—Home, yendo como va con la tu fía, va con los suyos.

—¡La Gallarda!

—Ye empeño del mío fío y como él ye tan testarudo.

—Vamos claros. El tu príncipe ¿quier la vaca ó quier la rapaza?

—Ca cosa nesti mundo ye pa lo que ye.

—Si ye tanto el empeño... Bien sabe Dios lo que me cuesta el desprendeme de esa vaca... Bueno... ¡Sea! Siempre ye servirá á Ramonina de compaña pe los praos y pe las mieses.

—¡Ah! Encargome, además, el mío Gaspar, que non dexe de llevar la Gallarda el collarón y la llueca.

—¿También la llueca? Eso sí que non. Ye herencia de familia desde mió bisabuelo y tengo por sabido que mientras ellos usaron esa llueca non houbo disgracia mayor ni en el ganao ni en la familia.

—Pues tien que ser con la llueca.

—¿Ye cuestión de honra? Bien pensau non ta bien un príncipe sin una llueca. ¡Al demonio del antoxo! Te digo, Trucho, que non hay llueca.

—Reflisiona, Palín. Una llueca non val más de cinco ó seis riales en el mercau.

—Toma los seis riales y anda á comprala.

—Non. Ha de ser la misma de la Gallarda.

—¡Xuro á Dios! ¡Tanto apertar!... Eso ye una gochada, Trucho.

—¿Gocho yo? ¿Gocho el home más parcial del conceyo? Cuando tas asina non se puede tratar contigo, Palín. Enseguida largas la cornada.

—Nin yo estoy «asina», nin yo soy ningún buey. Buey lo serás tú, con toda tu alma.

—¿A que te mayo los cascos col cibiello?

—¡Puño! ¿Tú á mí?

—¿Quies velu?

La Cañona interviniendo:

—¡Arreniego de los demonios! Tades tochos de remate. ¡Por una llueca! Habrá que vos colgar un cencerro al pescuezu á cada uno... ¡Nunca tal ví!

—Ta en razón lo que diz la Cañona; pero lo que ye la llueca...

—Pues sin llueca non hay boda, ¡recongrio!

—Pues non hay llueca, ¡repuño!

¡Tal para cual!

Segunda parte de «La llueca»

¡Ni boda ni llueca!... En opinión de la Cañona y de los parroquianos que habían estado atentos á la disputa entre Palín y el Trucho, allí mismo quedaban interumpidas y acabadas para siempre las negociaciones para la boda de Ramona con Gaspar.

En efecto, el Trucho y Palín salieron del figón sin mirarse á la cara, y, así anduvieron carretera adelante por largo trecho, á poca distancia el uno del otro. Si Palín gruñía, el Trucho bufaba; si éste carraspeaba, Palín escupía. Y, así, dando tremendas «orzadas», de cuneta á cuneta y saturando toda la carretera con sus regüeldos vinosos, llegaron á la venta del Parranco.

Juntáronse otra vez el Trucho y Palín en la puerta de la venta. La frescura del ambiente les había despejado las molleras y ambos habían caído en la cuenta de que aquella ruptura no les convenía. Palín necesitaba «colocar á la su rapaza», como era natural, y el Trucho necesitaba manejar los diez y seis mil reales de la dote de su futura nuera... ¡Todo era natural!...

Y... naturalmente, ya arrimados al mostrador de la venta, Palín le pidió un «misto» al Trucho, para encender el cigarro: el Trucho le pidió un cigarro á Palín después de darle el «misto»; el uno pidió un cuartillo para convidar al otro, y el otro pidió otro cuartillo para convidar al uno... Como el vino del Parranco era más ligero que el

de la Cañona, los dos compadres se pusieron de humor alegre y salieron de la venta del Parranco tratando nuevamente el asunto de la boda.

—¡Recongrio, mira que tú!...

—¡Repuño, cuidau que tú!...

Así empezaron, resultando que cuando llegaron al parador del Taruco, ya Palín había cedido en lo de la *llueca*, pues siempre en estos tratos el padre de la novia es la parte más débil, por razones que no sería pertinente dilucidar aquí. Y, como casualmente se hallaban delante de la taberna del Taruco, á los dos amigos les pareció de razón entrar en ella para confirmar y solemnizar el «pauto» ante la divina puchera ó la «zapica» sagrada.

Ocho semanas después, la casa de Palín de Ansarás hervía en bullicio y animación. Era el día de la boda de Gaspar, el hijo del Trucho, con Ramona la hija de Palín. Los convidados, casi todos labradores de la comarca, iban llegando por docenas, todos vestidos de gala. Palín, acompañado de su mujer Pepa la Chosca y de Antona la Muca, madrina de Ramona, los recibían á la puerta con su rústico alborozo y les hacían pasar hasta la cocina y á algunos hasta el corral.

La llegada de Gaspar, el novio, acompañado de lucido séquito y derramando fachenda y gallardía á todos los vientos, puso colmo á la animación. Todos venían á caballo. Algunas de las cabalgaduras traían dos jinetes, macho y hembra, la moza delante y el mozo detrás, rodeando con sus brazos el talle de la moza lo que daba lugar á que muchos rostros llegasen sudorosos y encendidos.

Fué el primer cuidado de Gaspar, después de los cumplidos de rúbrica, el dirigirse á la estancia donde Ramonina acompañada de su madre y de la madrina y de dos costureras y de varias

amigas, daba los últimos golpes á su tocado. Se estaba lavando la cara con vino blanco para quitarse cierta palidez inoportuna, debida al pertinaz insomnio de la noche pasada, cuando sonaron dos recios golpes á la puerta al mismo tiempo que la voz de Gaspar gritaba:

—¡Eh, Ramona! ¿se puede pasar?

—¿Pasar agora?—le contestó Antona la Muca. ¡Vaya una ocurrencia! ¡Cálmate, Gaspar!

—¡Pa calmas ta el forno!... A un home non se ye cierra asina el cuarto de su muyer.

—¡Todavía Gaspar!—le contestó la Muca con una carcajada.

No le sentó á Gaspar muy bien la negativa y fué á incorporarse entre hosco y mohino, á un grupo de convidados en medio de los cuales se hallaban el Trucho y Bartolo Canguinas, padrino de boda de Gaspar. En la caleya comenzó una gaita á modular sus delicados gorjeos; varios cohetes retumbaron en el aire y todos los alrededores de la casa de Palín se poblaron de alegres rumores. Todo el pueblo de Ansarás se había congregado allí, unos atraídos por el cantar de la gaita, otros por curiosidad y la mayor parte por el fuerte y grato olor á «moscancio», que la cocina de Palín derramaba por todo el pueblo.

Por fin llegó el momento de salir para la iglesia. Las puertas del rústico camarín de Ramona se abrieron de par en par y apareció ésta, hermosa en verdad, como una primavera, rodeada por el personal femenino que antes he mencionado. Gaspar con el gesto un poco duro se adelantó hasta Ramona y la ofreció el brazo. Entonces Ramona, mejor enterada, como lo están todas las mujeres, de las formalidades y costumbres de una boda, le dijo á Gaspar:

—¡No, home, no!, yo tengo que ir del brazo

del padrino y tú de la madrina. A la vuelta será al revés.

—Pues ya es la segunda negativa, Ramona—gruñó Gaspar con cara torva.

Antona la Muca presintió algo grave y se acercó á Gaspar para decirle:

—¡Anda, que después no te negarán nada! Agora nos corresponde ir como dijo Ramonina.

Gaspar, como buen hijo del Trucho, era tozudo y suspicaz en todo extremo. Era, además, presumido y orgulloso como todo mayorazgo rico; así es que no vió en todo lo que le venía sucediendo más que un palpable desdén y el gusto de humillarlo, tanto por parte de la madrina como por parte de su futura esposa.

Con esta disposición de ánimo salió para la iglesia llevando del brazo á la madrina. Detrás iba la novia del brazo de Bartolo Canguinas y á continuación los padres, los tíos y los hermanos de los novios y otras personas graves de la familia, entre los cuales se destacaba *Xiblata*, el gaitero de Revesosa, «repinicando» una marcha de esponsales que era una pura gloria. No hay para qué añadir que la imponente comitiva marchaba rodeada por una numerosa patulea de chiquillos y de curiosos... mejor dicho, de curiosas. He reparado entonces y después muchas veces que una boda tiene siempre para el sexo femenino un atractivo deslumbrador.

Ya hacía rato que don Lázaro Pérez, venerable párroco de Ansarás, se hallaba en la sacristía esperando á los novios. La tardanza de la boda lo tenía un tanto desazonado. La *cosa* había de ser á las nueve y eran ya las nueve y cuarto y don Lázaro era incapaz de tolerar la más leve falta de puntualidad. Don Lázaro era un bendito á lo cristiano; pero era terco á lo moro; sobre todo en lo de imponer precisión matemática tanto

á sus acciones como á las de los demás. En esto, realmente, no parecía español.

Por fin, se apareció la comitiva y, después de las ceremonias de ritual, llegó el instante sublime y don Lázaro le preguntó á Gaspar:

—Gaspar, ¿quiéres á Ramona por esposa?

Al oir la pregunta Gaspar bajó la greñuda frente, le echó á Ramona, de través, una mirada porcuna y contestó con voz recia:

—¡No!

Don Lázaro se quedó como quien vé fantasmas. La novia se puso blanca como la cera y los demás circunstantes aparecían con todos los colores del arco iris. Don Lázaro, sin aguardar á más explicaciones, dió media vuelta y se internó en la sacristía rosmando algo que no era precisamente una oración. Los hombres rodearon á Gaspar: las mujeres á Ramona. Sonaron protestas allí: aquí sollozos. Por fin vinieron las aclaraciones. Gaspar dijo que había pronunciado el ¡no! resentido por los desprecios de Ramona y que «el hijo de su padre» no estaba hecho á tales desdenes; pero que, aparte de esto, él estimaba á Ramona en lo que valía.

Bueno: que las comadres y los compadres hicieron valer sus buenos oficios y lograron persuadir á Gaspar de que en todo lo ocurrido no había habido el menor intento de rebajar en lo más mínimo su importante personalidad. Ramona entre tanto permanecía callada como una muerta. Por fin, en la cara de Gaspar se dibujó una sonrisa y, una vez conjurado el conflicto, el padrino fué á buscar otra vez al señor Cura.

Compareció éste y volvió á preguntar á Gaspar:

—Gaspar, ¿quiéres á Ramona por esposa?

—¡Sí!--contestó el mozo con voz alta y sonora.

Los pechos de todos los presentes experimen-

taron un gran alivio. El sacerdote se volvió luego hacia la novia y la preguntó:

—Ramona, ¿quieres á Gaspar por esposo?

—¡No!—contestó la muchacha alzando la frente con altivez.

—¡Repuño!—bramó don Lázaro sin poderse contener. ¿Qué es esto? ¿Estáis locos? ¿Estáis borrachos? ¿No sabéis, desgraciados, que es un pecado mortal de los más feos el burlarse así de las cosas santas?...

Ahogado por la ira el buen Párroco no pudo decir más y se volvió nuevamente á la sacristía.

La confusión y el aturdimiento que reinaba entre los presentes era indescriptible. En el átrio de la iglesia se formaron tres ó cuatro grupos que cuchicheaban sordamente. Todos eran asombros: todos eran misterios. Por fin, Ramona pudo hablar, y, venciendo sus hondas emociones, explicó su conducta diciendo:

—La patada de Gaspar no pedía otra cosa que una patada mía. Pero, aparte de esto, yo quiero á Gaspar y estoy dispuesta á que la boda se lleve á cabo.

Apenas dijo esto, la madre, la madrina y cuatro mujeres más, se acercaron al grupo de los hombres y les contaron que todo estaba arreglado y que Ramona consentía en el casamiento, con sumo gusto, y después las mismas mujeres corrieron á la sacristía y rogaron al señor Cura con tiernas súplicas y abundantes lágrimas que saliese otra vez á casar á los novios.

Negábase don Lázaro; mas, de repente, se levantó con ademán resuelto, llamó al sacristán y un momento después apareció en la puerta del templo. Allí estaban los novios cabizbajos y humildes dispuestos esta vez á consumar enteramente el sacrificio. Don Lázaro volvió á repetir:

—Gaspar, ¿quieres á Ramona por esposa?

—¡Sí!—contestó Gaspar.

—Ramona, ¿quieres á Gaspar por esposo?

—¡Sí!—contestó Ramona.

—¡Bueno!—exclamó don Lázaro cerrando el libro de golpe. Pues ahora digo yo que ¡no!... Andad y que os case San Pedro, porque matrimonio que así empieza al fin y al cabo se lo ha de llevar el diablo.

Dicho lo cual se tornó á la sacristía, todo nervioso y descompuesto, mandando al sacristán que cerrase la puerta con trancas y cerrojos.

De nada sirvieron los nuevos conciliábulos y cabildeos que se celebraron entre los parientes y los amigos para arreglar la cosa. La boda entre Ramona y Gaspar quedó definitivamente deshecha, de lo cual se felicita el autor porque así quedó frustrada una nueva generación de tercos, gentes muy extendidas ya por el mundo y que sólo sirven de rémora y fastidio para el resto de la humanidad.

Notas de un emigrante

«La pobrecita de mi madre allí se quedó sentadina, en el poyo de la puerta con la cara entre las manos y sumida en un mar de lágrimas. Al llegar á la era sentí que me gritaban entre sollozos:—¡Adiós queridín! Pero ¡qué legorrio! hay que ser hombres. La cosa ya no tiene remedio. Pensemos más bien en la inmensa alegría que habrá de recibir la pobre de mi madre el día que yo regrese á mi aldea con la misma pompa y fachenda que trajo don Martín Pérez, el «indiano.» Porque este fué el caso. Aquellas cadenas de oro de ley y aquellas levitas de paño fino y aquél *chalete* espléndido que fabricó don Martín, fueron los que despertaron en mi alma estas ansias de marchar á la América. No fué el hambre, no, como dicen por ahí, lo que me sacó de mi casa para buscar la fartura en otros países. En mi casa se cosechaban seis carros de patacas, ocho de maíz, trigo y centeno á montones, manzanas, nueces y castañas á trompa talega, sin contar las catorce cabezas de ganado, entre las cuales había cinco vacas de leche que nos daban una bendición de Dios en manteca, queso, natas y ¡un sin fin!... ¡Qué fame ni qué puñeflas! La culpa de mi marcha, si culpa hay en esto, la tuvieron las mencionadas levitas de don Martín. Además, Pachón de Rendueles, el agente de embarques—que dicho sea de paso, se gana tres ó cuatro duros por cada emigrante que caza—este Pachón, digo, me puso la cabeza mismamente como una linter-

na mágica con los esplendores y las maravillas que me contó de la tierra americana. Bueno, ya estamos en el puerto de embarque. Ahora ¡Dios delante!»

*
* *

«Salí de mi aldea con el afán de convertirme en hombre de pro á semejanza de don Martín Pérez, y, sin embargo, estos primeros pasos que he dado por el mundo no me anuncian nada bueno. Por de pronto, los altos y bajos funcionarios del gobierno de mi propio país parece que han formado de mi sér ideas bien extrañas. Si no soy para ellos una res lanar ó vacuna no me faltará mucho. Ayer me han tenido cinco horas formando récua con otros muchos á la puerta de una oficina que se llamaba Oficina de Emigrantes. ¡Cinco horas de pie!... Cinco horas á la intemperie aguantando los latigazos de un viento cargado de llovizna helada. En cambio, desde mi puesto se veían los encargados del despacho cómodamente arrellanados en blandos butacones forrados de badana y terciopelo rojo. No se tratan con tan inhumano desdén los ganados en mi aldea. Allí, cuando soplan estos vientos otoñales, los labradores tenemos el cuidado de colocar los armentios al amparo del bardial más espeso. Bueno, Dios proveerá. Por fin, un señor muy engalonado y muy barbudo me entregó listos mis papeles de embarque, sin dignarse siquiera mirarme á la cara... ¡Santa Tecla me valga! ¿Será un pecado mortal el abandonar á su país, pecado que estos señores castigan de antemano con sus desdenes amargos? No, pues, si ahondáramos un poco en estas cosas, quizás ellos resultaran los verdaderos culpables de que se vayan despoblan-

do fatalmente las fértiles y risueñas campiñas de mi Patria. ¡Ay!, para tratar de esta materia no basta la pluma... Sería necesario empuñar un látigo de fuego.»

*
* *

«Al señor cura de mi aldea le oí muchas veces decir que entre una res y una persona solía haber alguna diferencia, por aquello del corazón y del espíritu y no sé qué más. Esto creo que es una verdad incontrovertible, y, sin embargo, parece que en este mundo de embarques y desembarques se tienen ideas muy distintas de las del señor cura de mi aldea. Nos trajeron hasta la escala del vapor, á más de doscientos emigrantes, estibados en una barcaza donde apenas cabrían cincuenta personas malamente. Noté en el fondo de la embarcación restos de estiércol, lo cual demuestra que antes había servido para embarcar cabras ú ovejas. Venteaba con furia, por lo cual, la mar se había vuelto loca y á cada instante nos envolvía con grandes lampazos de espuma que nos dejaban ciegos... Ya sobre cubierta nos hicieron pasar en ringlera por un pasadizo obscuro, resbaloso y mal oliente, al fin del cual se abría una escotilla por la que descendimos á la cámara de tercera. Me señalaron como mía una camilla colgante y en ella me arrojé recordando con envidia la holgura con que duermen los ganados en mi casa. ¡Ay la mi quintana!»

*
* *

«A la hora del rancho algunos compañeros vuelven de la cocina trayendo en las manos unos calderos de hojalata llenos de bazofia. Quizás

no sea tal bazofia pero á mí así me lo parece, porque el mareo y el hedor nauseabundo del lugar donde dormí me han revuelto las entrañas. Le ruego á un camarero que me traiga una taza de caldo caliente, que Dios se lo pagará. Este camarero, que tiene cara de turco, parece que no se fía de Dios y me vuelve la espalda para no volver. Otro camarero muy sobredorado, pasa por mi vera y se le cae un cartoncito impreso con letras de oro. Lo recojo y veo que dice: «Menú.»—«Faisán del Tibet».—«Salmón en Bellevue».—«Costillas de corzo.»—«Pollo trufado»... En seguida caigo en la cuenta de que aquello es la lista de los platos que se ponen en la mesa de primera. Cuento los platos que siguen y llegan hasta veintidos. Bien mirado, si en este mundo imperase la justicia á mi debieran corresponderme cuando menos cinco platos de esos si la cuenta no marra. Yo pago por mi pasaje cuarenta y cinco duros, sin contar los imprevistos, y muchos de esos grandes señores de primera pagan ciento cincuenta. Es decir, que pago casi la tercera parte que esos señores, luego debiera de gozar yo de la tercera parte en cantidad y calidad de los servicios que ellos reciben. Pero ¡ay Dios! la equidad y la justicia son querubines que rara vez descienden á contemplar las miserias humanas.»

«¡Y qué servicios gozan los pasajeros de primera comparados con los que á mí me prestan! Al través de una ventanilla redonda con marco de bronce acabo de ver unas estancias y salones admirables. Son los salones y los comedores de primera, deslumbrantes de luz y de riqueza. Se ven algunos pasajeros tumbados en los divanes y dominados por el hastío. Ahora llegan varios camareros con grandes bandejas de plata atestadas de tazones chinescos donde humean ricos y aromá-

ticos caldos que los dichos camareros ofrecen á los mencionados príncipes con señales de gran reverencia. De cuando en cuando se oyen suaves rumores de músicas y cantos; mas apenas puedo hacerme cargo de estas harmonías, porque me lo impiden los bufidos del viento que me azota por la espalda. Entregado á estas cavilaciones me hallaba tan distraído, que no advertí la aproximación de un camarero vestido de frac que llegó hasta la ventanilla. Al verme cerró la portezuela de cristal con tanta furia que si no llego á esquivar el golpe me hubiera deshecho el cráneo. Por fortuna logré salvarlo para seguir meditando y laborando en estas «notas» y en otras «filosofías» que acaso den con el tiempo ópimos frutos.

*
* *

«¡Qué razón tenía aquel Pachón de Rendueles el agente de embarques, cuando me contaba tantos prodigios de estos países de la América! Al descubrir esta mañana la tierra de Cuba me pareció un encantado paraíso, y al entrar poco después por la boca del Morro me pareció esta gran ciudad de la Habana bien digna de su inmenso renombre de hermosa y opulenta. Pero ¡ay!, ya en la bahía, he vuelto á caer en mi anterior excepticismo acerca de la dignidad humana. Aquí nos formaron sobre cubierta, y una comisión de personajes graves é imponentes nos fué pasando revista casi, casi en la misma forma con que los tratantes en ganado examinan su mercancía. ¡Cómo mintió Pachón de Rendueles al decirme que aquí nos recibirían con amores y delicadezas fraternales!... Uno de aquellos personajes se acercó á mí y me agarró por el bofe de abajo. Yo pensé que trataba de verme las palas

para enterarse de mi edad, y con la mansedumbre de un choto abrí la boca. Pero no se trataba precisamente de la boca, sino de los ojos, y el tal sujeto me los estuvo revolviendo y estrujando con sus recios pulgares por largo rato. Al fin el hombre me dió una palmadita en el lomo y me hizo pasar á donde estaba el ganado útil y sano. Aquellos manoseos indignos encendieron algunos rayos de cólera en mi corazón, pero un compañero emigrante ya pasado por fuego y agua me explicó la cosa diciendo que aquellos registros y manoseos eran cosas de la Sanidad, y que lo mismo la Sanidad de la Habana que las de otros países no solían reparar en pudores del cuerpo ni en delicadezas del espíritu.»

*
* *

«Por fin, ya me han encerrado en esta Penitenciaría de Triscornia, donde casi por único alimento me dan á unas horas, arroz con fabes, y á otras fabes con arroz, para variar. No son estos por cierto manjares de casa rica, pero en fin, esto ni daña ni ofende. Lo que aún tiene soliviantada mi altivez montañesa fué aquél manoseo de cara y aquél tentarme el morrillo como si yo fuese un sujeto destinado al matadero y no á formar parte de esta sociedad. ¿Qué malicia ó que postema pensarían hallar aquellos tíos en este mi cuerpo criado entre los riscos virginales de las sierras asturianas? Quise protestar, pero al fin me tragué la protesta, porque adonde quiera que volvía los ojos no encontraba más que gestos adustos y sombíos. En vista de esto les he de escribir, apenas salga de este encierro, á aquellos mis hermanos que quedaron en el solar ibérico, quizás envidiando ¡los probinos! mi presente fortuna:

«Hermanos queridos; trabajad, trabajad con fiero ahinco por restaurar el antiguo poder de nuestra Patria augusta. Este vuestro hermano «el indiano» os ayudará con todo su cuerpo y toda su alma á fin de que podamos algún día pisar el suelo americano sin que venga nadie á sobarnos las barbas, lo cual es para nosotros, los descendientes de los conquistadores de la América, una ofensa mortal»... «¡¡Ay la mi quintana!!»

Cantarinos

Largo rato hacía que Juan del Tapín estaba sentado en un cepo de roble á la puerta de su casa con los ojos pasmados y fijos en el suelo, pensando en sus cosas, bien graves y bien tristes, por cierto, cuando se le vino á plantar delante Pepe Fonso, tabernero de Porcello y activo agente de la compañía de vapores trasatlánticos «La Estrella Negra.»

—¡Despierta, Tapín!—gritó el agente,—si das en cavilar tanto sobre eso te chiflas el mejor día. Juan del Tapín alzó la cabeza y le contestó á Fonso con gesto avinagrado:

—¡Me caso en mi alma!... ¿Qué quieres que haga?... Tengo enzarzado en «eso,» en el terruño, toda mi alma, todo mi ser.

—Pues rompe esas zarzas y acaba de vender la quintana. Ramón Argado está, como ya te he dicho, dispuesto á comprártela por lo que sea de razón. Con lo que saques te puedes curar esa lepra de deudas que te está devorando y aún te ha de sobrar dinero en abundancia para atender á los gastos del viaje á la América... Mira, casualmente saldrá dentro de ocho días el vapor «Edén,» de «La Estrella Negra,» donde irás como un príncipe, porque dan excelente comida y hasta colchoneta para dormir, agua para lavarse y otras delicadezas.

—Eso me va á costar la vida.

—¡Bah, bah!... ¡Romances!... Tu allégate á la realidad y mira las cosas como las miran los hombres. ¡Si con esas fantasías se pudiera vi-

vir!... Pero tú aquí, en Porcello, no puedes esperar más que la ruina y la desesperación. Mas que trabajaras mil años no podrías pagar las viejas deudas que pesan sobre la quintana de los Tapines. En cambio, mira el indiano de la Pontiga; mira el del Fondigón. Más comprometidas estaban sus casas y ahí las tienes hoy desempeñadas y florecientes.

—Eso sí es verdad.

—¿Pues entonces?...

—Bueno: Ahora mismo voy á ver á Ramón Argado.

Con la chaqueta al hombro y el «bárgano» en la diestra, se dirigió Tapín á casa del señor Argado resuelto del todo á venderle su hacienda.

Era en tiempo de Primavera y la Campiña de Porceyo desplegaba con lujo escandaloso todas sus galas primaverales. Absorto en la contemplación de tanta belleza, Tapín fué acortando el paso y acabó por sentarse á la orilla del camino, dominado por una pesadumbre infinita. Mas en aquél instante una voz tierna y melodiosa se puso á cantar entre los pinos del cerro de Argancina esta canción:

Una paloma blanca
como la nieve
me ha picado en el alma,
¡cómo me duele!
¡Ay, amor;
si la nieve resbala
qué haré yó!

*
* *

Muy hondos fueron los sentimientos que aquella canción vino á despertar en el alma del atribulado mozo. Muchas otras veces la había oído;

pero... ¡qué! Ahora le parecía un milagro del cielo. En Porceyo se contaba que en cierta gruta del cerro de Argancina había vivido encantada, durante muchos siglos, una princesa mora. ¿Sería la mora la que cantaba?... ¡Animas benditas!...

Tapín renunció allí mismo á la venta de la quintana y se volvió á ella canturreando entre dientes aquello de «una paloma blanca»...

Mas de quince días vagaron por el alma de Tapín los ecos de aquel cantar y con ello se aquietaron las angustias del infeliz labriego, dando lugar á que se abriese otra vez en su pecho la flor de la esperanza.

Pero un día, al salir de la quintana con el gadaño al hombro, le salió al encuentro don Blas Rapiego, un santo varón que se pasaba la vida entre el juzgado y la iglesia de Porcello. Tapín al verlo hizo una mueca feroz.

—¿No me aguardabas, eh?—dijo Rapiego.

—Pues sí, señor, lo aguardaba. Anoche soñé con cuervos, con lobos, con gatos negros .. Ya usted ve...

—Ya sé que sueñas mucho, por eso vengo á despertarte. Hoy se vence la obligación de aquellos cinco mil reales que le presté á tu padre hace dos años, y como ni él ni tú os habéis acordado más de aquél préstamo, los réditos se fueron acumulando y hoy asciende el total á ocho mil trescientos noventa reales con cuarenta y dos céntimos.

—¡Sandiez! ¿Cómo es eso?

—Pues verás: Acumulados sobre los cinco mil reales los intereses del primer mes, resultan cinco mil y setenta y cinco reales. Sobre este resultante vinieron á acumularse los intereses del segundo mes, con lo cual ascendió la deuda á cinco mil ciento y un reales con doce céntimos. Sobre el tercer mes se acumularon...

—Es usted un fiscal acumulando.

—Se acumularon, como te digo...

—¡Por Cristo bendito, no acumule más!

—Es que te conviene enterarte. No te alborotes. Sobre el tercer mes hay que sumar... Déjame sacar la pluma, porque la cuenta se complica.

—Tome usted esta.

—¿El gadaño?

—Sí. Esta también sirve para «acumular» en el infierno usureros sin entrañas.

Al tiempo que esto decía Tapín con los nervios vibrantes y el rostro descolorido hizo con el gadaño un ademán violento que puso á su interlocutor en precipitada fuga. Ya puesto en salvo el Rapiego se volvió para gritar:

—¡Ah, ah! ¿Así galleas? Ya te chafarán la cresta el juez, los escribanos, los procuradores, los alguaciles y los escribientes de Porceyo.

Bien conoció Tapín que ya no habría para él misericordia, y, allí mismo, tomó otra vez la resolución de correr á casa de Ramón Argado para venderle la quintana. Caminaba, pues, á grandes pasos sin levantar la cabeza por temor á las seducciones de la tierrina; de aquella encantadora naturaleza. Pero al llegar á la reguera del Cascayal se paró en seco, los cabellos se le «arripilaron» y un intenso escalofrío le recorrió todo el espinazo... ¡Dios Santo!... ¡La voz!... Otra vez acababa de oir entre los «salgueiros» de la fuente de la Reguera la misma voz del Pinar de Argancina que ahora cantaba con inefable dulzura:

Con ese mandilín niña
vas predicando la guerra,
y yo como buen soldado
siento plaza en tu bandera...

*
* *

Tapín se quedó embelesado y aturdido porque le pareció que aquella canción llenaba el cielo y la tierra. Para un «diletanti» refinado que la oyera aquella sería una música bárbara... Para Tapín era un mundo. Con un grandísimo esfuerzo Tapín logró dominar el encanto que paralizaba todo su ser y corrió hacia la fuente de la Reguera en pos de la misteriosa cantora; mas ya esta y su canción se habían desvanecido y ya no se oia en aquél paraje otro rumor que el murmullo de la fuente.

Juan del Tapín se olvidó otra vez de Ramón Argado y se olvidó del mundo todo, atento solo á refocilar su espíritu con la música tierna y amorosa que había escuchado en el cerro de Argancina y entre los salgueiros de la fuente. Por un milagro de Dios, las amenazas del Rapiego no se cumplieron tan pronto y fueron pasando días y más días hasta que llegaron los primeros del mes de Octubre.

Por fin, sobrevino la catástrofe. Todas las diabólicas alimañas de la curia porceyera cayeron un día sobre la quintana de Tapín y no dejaron más que huesos roídos é insepultos.

Llegó Noviembre... Los árboles habían perdido su pompa veraniega, los campos su verdor y frescura y las cumbres lejanas aparecían con sus tocados invernales y sus copetes de niebla. Y al atardecer de uno de aquellos días salió Tapín, de Porcello, con una maletita de lona gris debajo del brazo en compañía de Pepe Fonso.

—Todo me lo embargaron, amigo Fonso—decía Tapín con los ojos relucientes de ira y de lágrimas.—¡Hasta la cama donde murieron mis padres y mis abuelos!

—Pues mira: menos mal que te dejaron la pelleja.

Ya era de noche cuando los dos viajeros entra-

ron por el castañar de Valdecida. Y allí también se volvió á quedar de repente, Juan del Tapín, blanco y rígido como un muerto. Acababa de oir aquella voz conocida que ahora sonaba en medio de las tinieblas y acompañada por los clamores que el ventarrón producía en el castañar, He aquí lo que cantaba:

¡La flor del romero
ya la van llevando!
¡La flor del romero
se va deshojando!...

—¡Fonso!—murmuró Tapín con voz temblorosa—¿No oyes esa voz!

—¿Qué voz?

—Esa que canta.

—Aquí no se oye otra voz que la del viento.

—Pepe Fonso, yo no sigo... ¡Ahí me queda la vida!

—¡Anda, Dios! Ya decía yo que era de cañón el aguardiente que nos dió la tía Cacica. Anda palante, morral, que el barco no espera.

A fuerza de empellones consiguió Pepe Fonso despertar á Juan del Tapín de su embeleso y una hora después ambos penetraron en la ciudad costanera y se perdían entre el bullicio y la confusión que constituyen la vida del mundo civilizado.

Correspondencia del "Indiano"

¡Había que ver el ansia con que Pachín esperaba el vapor correo durante los dos ó tres primeros años de su residencia en Cuba! ¡Carta de España, carta de la gloria! La tomaba con mano temblorosa y antes de abrirla le palpitaba el corazón. Pero, gracias á Dios, las noticias casi siempre eran buenas. Si se había perdido la cosecha de maíz, en cambio la del centeno había sido abundante; si á Pepa se le había muerto un neño, en cambio á Juana le habían nacido dos ó tres de una sentada; si había sobrevenido una tormenta, después llegaban tres días de sol... En fin, hasta le hablaban á veces de bodas, de meriendas, de romerías, de la muerte del recaudador y de otros acontecimientos felices.

El corresponsal de Pachín era Bastián, su hermano mayor, el cual se había «casado en casa», en su calidad de mayorazgo; así es que las cartas que nuestro «indiano» recibía no podían tener orígen más fidedigno.

Al cuarto año de estar trabajando en Cuba, Pachín contestó á una de las cartas diciendo que ya ganaba cuarenta duros de sueldo al mes... ¡Noticia fatal! Aquella carta debió de haber producido una profunda revolución en los espíritus, en las cosechas, en las costumbres y hasta en el clima de su amada aldea. Desde entonces todas las cartas que recibía Pachín no le contaban más que

miserias. Días antes, días después, siempre le mandaba Bastián esta carta, mixta de bable y castellano, á principios de la Primavera:

«Pues sabrás que las xeladas mataron toda la flor de los frutales y que este año no cogeremos una goxa de manzana: pues ya encomenzó la mancha de las patacas y tal vez no quede una para un remedio: pues la seca acabó con la pación y el ganao está en peligro de morrer de hambre: pues para aliviarnos de la carestía que se avecina nos aumentaron el impuesto de consumos, ¡que de veneno les sirva!; pues nuestro tío Colás se cayó del tejado que estaba reteyando y se rompió un cadril: así es que la pobre tía Micaela está ¡Dios sabe cómo! pues...»

—¡Pues, me caso en las noticias!—exclamaba Pachín sin poder acabar la lectura de la carta. Luego se ponía á hablar con Pepuco, un convecino y compañero de mostrador, que aún no ganaba cuarenta duros. Este también había recibido carta del pueblo. Le hablaban de buenas cosechas, de la floración primaveral, de días de sol, de bautizos, de bodas, de los amores de Ramón el Coxo con Rita la Tuerta...

—Por lo visto—le decía Pachín á su compañero—solamente para mi casa se nublan los cielos y se manchan las patatas.

Cuando las heridas abiertas por la carta de la Primavera comenzaban á cerrarse en el corazón de Pachín, recibía éste la carta de Verano que invariablemente decía:

«Sabrás que las cosechas del centeno y del maíz y de las fabes perdiéronse del todo: sabrás que cuando estábamos mayando el poco trigo que nos quedó, vino un pedrazo y nos arrasó la era: sabrás que la vaca Roxa perdió una nación: sabrás que la raposa acabónos este año con las pitas: sabrás que se nos quemó un balagar: sabrás que

nombraron alcalde á Rabuña y que, además, hubo otras muchas calamidades: sabrás que no sé cómo vamos á salir de tantos pilancos...»

—¡Me caso en mi gente!—murmuraba Pachín suspendiendo la lectura.—¡Corcho! ¿Todas serán desgracias?... ¿Ya no hay romerías? ¿Ya no hay ferias? ¿Ya no hay días de sol en mi aldea? Pues, hombre, el 24 fué el día de San Juan; el 16 la romería del Carmen, y, sin embargo, nada me dicen. ¡Es ganas de fastidiar!

Luego Pachín iba á comunicarle á Pepuco sus noticias y sus penas.

—Pues, chico,—le decía el compañero,—yo recibí carta de mi padre donde me dice que en la fiesta del Carmen bebió una puchera en buen amor y compaña con tu viejo.

—Pues ya ves: en mi casa no se ocupan de darme siquiera noticia de esa puchera... Parece que se han concertado para no trasmitirme una sola alegría.

Aún se rascaba Pachín de los escozores que le había producido la carta del Verano cuando llegaba «oportunamente á su poder» la carta del Otoño, la cual, por lo regular, hablaba de esta manera:

«Pues han caído las primeras nieves, y, como se perdieron las cosechas, no sé qué va á ser de nosotros: pues no sabemos á donde volver los güeyos ni acertamos á descubrir quién pueda socorrernos: pues como hace tanto frío el Ayuntamiento está trazando un nuevo impuesto sobre la leña; pues este año se perdieron casi todas las castañas; pues á tu hermana María le dieron las viruelas; pues esta enfermedad de la rapaza nos costó lo poco que teníamos ahorrao...»

—¡Me caso en Santoña!—gemía Pachín plegando la carta.—El año pasado cogieron las castañas á carretadas y nada me dijeron, sin duda

para no darme ese contento. Cuando María estaba saludable y hermosa nada me indicaban tampoco esperando, de seguro, á que la muchacha cayese con viruelas para hablarme de María. ¡Corcho con mi gente!

—¿Qué te pasa?—decía Pepuco acercándose á Pachín.

—¡Mira!—contestaba éste enseñándole, la carta.

—Pues, francamente, yo no entiendo eso. Yo tengo aquí otra carta de nuestro pueblo donde me dicen que todo marcha bien, á Dios gracias, y, con respecto á la cosecha de las castañas, me dicen que en tu casa hubo amagüesto.

—¿Y de mi hermana María te dicen algo?

—Sí; que tuvo unas pocas de viruelas locas, pero que ya está bien.

No acertaba á comprender Pachín aquel afán que tenía su familia de darle sólo noticias funestas. Se puso á discurrir para ver si conseguía esclarecer el enigma; mas aún estaba cavilando, sin fruto, cuando llegó á sus manos la carta del Invierno. Esta le decía:

«Sabrás que son tan grandes las nevadas que no podemos salir de casa; sabrás que con el peso de la nieve se nos hundió el teyau de la tenada y á la panera se le torcieron los pegollos; sabrás que en la llosa del Argomal se cayó una fana: sabrás que nuestro tío Ugenio se volvió loco y que como no tiene posibles tratan de llevarlo á un hospital; sabrás que quince días antes del San Martín morriósenos el mejor gocho...»

—Pero... ¡Me caso en mi alma!—exclamó Pachín medio atolondrado. ¡Nevadas, pegollos, fanas, locuras, muerte de un gocho!... ¡El diluvio! Sin embargo... En mi casa había tres gochos; luego se salvaron dos: luego habrá habido longanizas, adobo, jamones y morciellas. ¿Por qué

rayos no me dicen, siquiera, que han comido morciella? Prosigamos:

«Sabrás que de todas estas desgracias no te daríamos cuenta, Pachín, como no te la dimos de las desgracias que nos ocurrieron en años anteriores: pero como ahora puedes ayudarnos, ya que ganas cuarenta duros de sueldo al mes, sabrás...»

Al llegar á este último «sabrás» Pachín suspendió la lectura, se quedó un breve rato con los ojos muy abiertos, mas de repente exclamó, arrugando la carta entre sus manos:

—¡Me caso en mi casta! ¡Ya lo creo que «sabré»! Luego se fué corriendo á ver á su compañero Pepuco y le dijo:

—Oye, chacho. ¿Qué noticias tienes de la aldea?

—Buenas.

—¿Te hablan del San Martín? ¿Qué te dicen?

—Que hubo morciellas á mamplen.

—Pues mira: cuando llegues á ganar cuarenta duros de sueldo no se lo digas, ¡ni pa Dios!, á tu familia.

—Hombre, ¿y por qué?

—Por que entonces se acabaron las morciellas.

—No te entiendo.

—Ya me entenderás algún día.

Después de este breve diálogo Pachín se sentó á una mesa y escribió á su hermano Bastián las siguientes líneas:

«Sabrás que, por si son ciertas ó no, ahí te mando una letra de cuarenta duros para remediar las desgracias que me cuentas; sabrás que te mandaré de cuando en cuando algún otro piquillo con la única condición de que no me ximielgues más con tantas noticias amargas: sabrás que sé que también pasan por ahí días de

sol y días de morciella y sabrás, en fin, que si me importa mucho conocer vuestras penas, no me importa menos conocer vuestras alegrías y que si persistes en la manía de no darme más que noticias negras, acabaré por romper tus cartas sin leerlas.»

Pachín no cumplirá esta amenaza, pero, ¡me caso en....! digo yo como él diría, es mucho cuento, en verdad, la eterna manía que tienen muchas gentes de por allá de no contarle al pobre «indiano» más que calamidades y «llaceries.» Cuéntennoslo todo, lo bueno y lo malo, porque si hemos de sufrir con sus dolores, también es justo que nos dejen gozar con sus alegrías. De este modo, la «carta de España» será recibida por el «indiano» con rostro alegre y no con mano crispada y ojos de espanto como ahora nos sucede á la mayor parte de los Pachines que andamos por estas tierras de Dios.

Los convites del tio Caloyo

Discreto y amable lector: El humilde autor de estas lineas desea hacerle una prevención antes de entrar en materia á fin de evitarle quizás alguna sorpresa. Los personajes de este cuentecillo resultan, algunos de ellos, de condición inmunda. Figúrese usted que se trata de un alcalde de monterilla y de una piara de cerdos.., ¡Oh, perdón! Ya sé que todo eso huele á corral. ¿Qué por qué me atrevo á salir á la vergüenza pública con tan hediondo bagaje? ¡Ay!... La emulación y el ansia de gloria. ¿Gloria en un corral?... Sí, lector del alma: hoy se encuentra gloria hasta en los corrales. Por ahí andan cien novelistas y cien poetas que no hacen más que revolver inmundicias «naturalistas,» lo cual les ha valido y les vale los honores y los aplausos del mundo. Yo vengo, pues, aquí, con los elementos indicados á fin de ver si conquisto también fama de escritor insigne, historiando puercos.

Libre y sosegada mi conciencia con el aviso que antecede, os diré que el tío Caloyo era el más diligente y entendido criador de puercos del concejo de Ordura. En la época de mi cuento, tenía un rebaño de catorce, cuya manutención le costaba un sentido. Al llegar el mes de Octubre, ó sea el tiempo de las bellotas, el tío Caloyo quiso echar sus gorrinos por las carbayeras públicas, con lo cual se ahorraría mucho maíz y salvado, y de esto justamente estaban tratando, á la vera del llar, el tío Caloyo y su buena mujer la tía Venancia.

—Pos sí, muyer—decía Caloyo—ye un dolor que se pierdan tantas bellotas como hay regadas por esos caminos. Mañana mismo suelto los gochos por ahí pa que aprovechen esa gracia de Dios.

—Non taría mal: pero non se te escaezca que hay un bando de la Alcaldía onde se prohibe que los gochos de los vecinos anden sueltos pe los terrenos del común.

—Pe lo regular esos bandos non rezan con todos los puercos. Además, que eso puede tener varios remedios... Siempre habrá tiempo pa chai algo de comer al Alcalde...

—Pisa con tiento non vayas á meter el cadril. Marcones ye un llambión de los que comen el pan y dexan la goxa perdida.

—Ta segura, Venancia, de que á mí non me la pega ningún Marcones. Calzo yo más puntos deplomáticos de lo que tú piensas. Además, que todavía non he conocido alcalde viviente que se encabrite contra el olor de una buena morciella.

Poco después se fué el tío Caloyo hacia la casa Ayuntamiento, en cuyos portales vino á tropezar, «casualmente» con Marcones, el honorable y popular alcalde de Ordura.

—¡Amigo Caloyo!

—¡Querido Marcones!

—¿Qué te trae por aquí?

—Como traer, nada. Iba á casa del Tuco á decii que lo espero mañana pa que me vaya á matar un gochin.

—¿Estás de matanza?

—Non hay remedio. Ya encomenzaron las xeladas y cada día se dificulta más la mantención de los gochos... A propósito: el sábado tarán de prueba las primeras morciellas y quedas convidau pa probalas.

—¿Quieres untarme, Caloyo?

—Poco á poco, Marcones. Esta ye franqueza de pura estimación.

—Hombre, ya lo sé. Yo no puedo dudar nunca de la rectitud y la hombría de bien del tío Caloyo.

Marcones aceptó el convite y se entró en el Ayuntamiento murmurando:

—¿Banquete de Caloyo? Este huevo sal quiere.

Cuando el sábado siguiente llegó Marcones, á la hora convenida, toda la casa del tío Caloyo «arreciendía» á morciella. La tía Venancia acababa de volcar en una gran fuente vidriada, que estaba sobre la limpia mesa, el enorme pote donde habían sido cocinadas las morciellas con su correspondiente aglomeración de berzas y de patatas. Después de las morciellas vino el adobo, y después del adobo vinieron las «papas de arroz» en una ancha y honda palangana de loza blanca, y, en fin, sobre todos aquellos ricos manjares cayó un verdadero diluvio de cierto vinillo cosechado en las riberas del Narcea que refrescaba el gaznate y calentaba el corazón.

—¡Caloyo!—exclamaba Marcones en el colmo del entusiasmo—la tu Venancia tiene la mejor mano para sazonar morciellas de veinte leguas á la redonda.

A esta agregó el Alcalde otras mil alabanzas y promesas de gratitud y de amistad eternas, y la comilona terminó de la manera más feliz del mundo. Fué, sin embargo, una lástima que no hubiese asistido al festín algún cronista de la prensa, por cuyo motivo no ha podido el orbe enterarse de la generosidad principesca y desinteresada del tío Caloyo ni del incomparable apetito del ilustre Marcones.

Tres días guardó el tío Caloyo de «entente» diplomática con objeto de que el Alcalde no cayese en sospecha de la verdadera intención del

convite; mas al cuarto día, por la mañana, el astuto porquero echó sus catorce gorrinos á la vía pública. Al tener Marcones noticia de este suceso dijo para sí:

—¡Ahí está el quid de la morciellada!

Y como aquella respetable autoridad aún no había digerido del todo las cuatro morcillas que había devorado en el banquete, hizo, por de pronto, la vista gorda; pero al cabo de una semana le envió al tío Caloyo un oficio donde le ordenaba que recogiese los gorrinos inmediatamente, «por ser el traerlos sueltos un abuso atentatorio á la higiene y al ornato de la villa de Ordura.»

Mucho le sorprendió al tío Caloyo aquella orden, pero al fin se dispuso á acatarla, no sin antes murmurar bastante confuso:

—Ta visto, Marcones non comprendió las morciellas.

Luego sacó otra vez sus cuentas y deliberó largamente con su mujer, y aunque ésta le hizo muy discretas y atinadas reflexiones, al fin y al cabo el tío Caloyo procuró hacerse otra vez el encontradizo con el Alcalde, y, después de gastar en su presencia todo el disimulo y la diplomacia sutil que el caso requería, acabó por brindarle con una nueva francachela. Ahora se trataba de despachar una gran cesta de percebes que el tío Caloyo acababa de recibir de Cudillero.

—Ya que non comprendió las morciellas—se decía Caloyo—veremos si entiende mejor los percebes. A lo menos estos siempre ye durarán más en la tripa.

Marcones, en efecto, comprendió los percebes á las mil maravillas; tanto, que hasta tuvo la franqueza de llevar consigo á Ruperto López, alias Cañavera, celoso Secretario del Ayuntamiento de Ordura, y entre los dos tragaron per-

cebes y sorbieron vino del Páramo por valor de ochenta y dos reales, según buena cuenta que sacó después el tío Caloyo. ¡Pero qué!... tanto Cañavera como Marcones se cansaron de brindar por la salud de Caloyo; por la amante esposa de Caloyo; por los hermosos neños de Caloyo, y hasta por los orondos puercos de Caloyo; los cuales brindis bien podían valer lo que costaban.

La despedida fué esta vez mucho más ardiente y efusiva que la anterior. El cronista atribuye el calor excepcional de este acto á que el vino del Páramo es mucho más caliente que el de Cangas de Tineo, y aún sospecha que el tío Caloyo usó en aquella ocasión del vino Castellano con sus profundas miras diplomáticas. Mas no nos dejemos arrastrar por suspicacias malignas...

—¿Somos amigos?—le dijo Caloyo á Marcones en el último apretón de manos.

—¡Grandes y buenos amigos!—replicó el Alcalde—y en prueba de ello oye este aviso: Tenemos un año de bellotas que es un verdadero regalo de la Providencia. En la robleda del Cueto andan á carradas por los surcos y es gran lástima que se pierdan, porque como tú sabes muy bien, los marranos criados con bellotas valen su peso en oro, como que dan las magras que se ponen en las mesas de los duques ¿Entiendes, Caloyo?

—Entiendo, entiendo... Gracias pel aviso y cuenta con que dalguna de esas magras se quedará per aquí pa osequiar á los amigos...

Más confiado que nunca tornó el tío Caloyo á soltar su ganado porcuno por las caleyas de Ordura; pero ¡ay! al oscurecer de aquel mismo día se vió de nuevo atropellado por un papelote de la Alcaldía donde se le citaba á pagar, en el preciso término de veinticuatro horas, una multa de treinta y cinco pesetas «por su reincidencia en

el delito de abandonar cerdos en las calles de Ordura.»

Incontables y muy hondos fueron los bufidos que el tío Caloyo exhaló al verse así burlado por la felonía del Alcalde; mas no quiso, sin embargo, dar su brazo á torcer solicitando gracia. Aflojó las treinta y cinco del ala y se volvió á su casa hecho un jabalí; pero la tía Venancia, mujer de alma serena, lo aplacó diciéndole:

—¡Anda y dalo todo por bien empleau!... Con esta lición quedarás convenciu, pa toda la vida, de que val mucho más criar una docena de gochos que mantener á un Alcalde.

La Fontina

Este furibundo sol tropical y las cosas que suelen acontecer bajo este sol furibundo habían ido requemando mi sangre de tal manera que todo mi organismo se descompuso, y, sobre todo, el estómago se me vino á convertir en una castaña pilonga.

Pero no es de justicia achacar solamente mi mal á la acción devoradora de este clima ardiente. Con tan prolongado alejamiento de la tierrina se me había ido formando entre pecho y espalda una cierta «bruma» que los gallegos llaman «morriña», los castellanos nostalgia, los asturianos «señaldá»... Vamos, «eso» que los hijos del norte padecemos más que ningún otro en nuestras ausencias del amado terruño.

Tan apurado me vi que una mañana tomé la determinación de visitar al doctor Purguete, famoso especialista en las enfermedades del estómago. El ilustre galeno me puso los ojos, luego los oídos, luego las manos, luego las narices en la región abdominal, y, por fin, con gran revolvimiento de ojos y con voz cavernosa me dijo:

—Tiene usted una hematemesis tremenda.

—Y ¿qué es una hemetemesis, doctor?

—Una... geringa, chico, y tus días están contados si no se va usted á tomar las aguas ó los vientos de su tierra.

El buen doctor Purguete no se acordó de darme la receta más necesaria ó sea el modo de adquirir el dinero que me hacía falta para seguir su prescripción; pero esto no es de extrañar por-

que esa receta aún no la han descubierto los doctores más eminentes... Bueno, que no me faltó Dios y pude embarcarme en el mes de las flores para mi adorada Asturias.

Llegué á principios de Junio, á Leicures, mi pueblo nativo. Mis buenos padres habían fallecido hacía algunos años... Mi hermano Cleto se había «casado en casa» en su calidad de «mayorazgo», es decir, de burro de carga de toda la familia ascendiente, descendiente, colateral, oblícua y atravesada. A la sazón se hallaba ausente y la encargada de recibirme fué mi cuñada Irene, la cual me salió al paso en la corrada con uno de sus nenes en brazos y otros tres colgados de la saya. Me dió cordialmente la bienvenida, aunque no la mano, ni tampoco consintió que yo besara á los chicos porque «los éticos no debían tocar á las criaturas.»

—Es que no estoy ético, Irene.

—¡Ay, probe, ojalá! Pero esos hombros tan alzados... Y eses oreyes...

—Pues no estoy tísico, ¡carape!... Es el estómago que...

—Con todo, agora que tamos nel verano podías ir á pasate un par de meses á la braña de los Corros. La buena lleche, el buen sol, los aires de la sierra...

Aun dijo otras muchas cosas que bien á las claras revelaban sus deseos de que me fuese á desahogar mis «postemas» por aquellos andurriales; mas, por de pronto, me instalé en el aposento que mi casa tiene al mediodía en comunicación por un lado con la solana y por el otro con balcón sobre los castañares y los prados de Baldecida... Me asomé y apenas tendí la vista por aquellos campos la «bruma» que me afligía comenzó á descorrerse y á permitir la entrada de la luz en mi corazón.

Aquella tarde me faltó tiempo para salir á recorrer las caleyas y los alrededores de Leicures. Tomé el sendero que atraviesa los huertos del Brixel entre chupinos, hortelanas y amapolas, y, apenas había dado veinte pasos, cuando me encontré de manos á boca con una viejecita vestida de negro que venía toda encorvaduca, pero con pié seguro, trayendo un «zarciello» sobre el hombro izquierdo y en la cabeza una cesta bien «empicada» de patatas.

La conocí en seguida. Era doña Vicenta, la médica, es decir, la viuda de don Gaspar el labrador más entendido y el curandero más sabio y más santo que se había conocido en veinte leguas á la redonda. La saludé con palabras de cariño, y entonces ella, poniendo la cesta sobre la pared, me miró atentamente con sus húmedos y cansados «güeyos» y al fin exclamó:

—¡Ay, carayna, carayna! ¿Conque eres tú queridín?

—Sí, señora, y no sabe usted cuanto me alegro de verla tan veterana. Por usted no pasan días, doña Vicenta. Quien á su edad carga aún con esa «goxa» de patatas bien puede echar cuatro roncas ante las mozas de más rumbo. Y apropósito, parece que las patatas de este año no valen gran cosa á juzgar por las que usted trae.

—Calla, bobo; como malas no lo son. Es que las buenas y las gordas vienen en el fondo de la cesta y puse las ruines encima y á la vista para que al verlas así no caigan los pillos de Leicures en la tentación de venir á la huerta á robármelas. Y atento á otra cosa y ahora que reparo, ¿cómo vienes tan flaco y tan descolorido, queridín?

—Vengo algo malo del estómago, doña Vicenta.

—Ya, ya... Pocos vienen sanos. El estómago, el pecho, los riñones, la anemia... ¡Valga el dia-

blo á aquella Habana que así vos monda los huesos! Pero estos aires, estas aguas... Las aguas de la Fontina de San Juan. ¿No te acuerdas de la Fontina?

—¿No he de acordarme, señora? Pero es el caso que no solamente padezco del estómago sinó también del hígado.

—La Fontina de San Juan te curará el hígado...

—Y también el cerebro.

—La Fontina te curará el cerebro.

—Y el pulmón izquierdo...

—La Fontina te curará el pulmón izquierdo.

—Tuve, además, unas fiebres.

—Con el solo frescor de la Fontina se te quitarán.

—Pero señora...

—Ya lo verás, queridín. No conozco ningún indiano que haya bebido en esa fuente que no recuperase casi al momento la salud y el vigor y la alegría. No parece agua sino leche materna, porque llega por venas y canales subterráneos de las mismas entrañas de la tierrina madre. Yo tengo ochenta y dos años y nunca bebí otra y... ya ves, queridín. Anda á beber mañana mismo las aguas de la Fontina y ya verás, queridín, ya verás.

A la mañana siguiente me sorprendieron los primeros rayos del sol al pie de la Fontina de San Juan. La encontré entregada al mismo abandono que en los años de mi niñez, lo cual, bien mirado, no dejaba de ser una fortuna, pues ni el Municipio ni la Comisión de Sanidad del Municipio habían intentado todavía profanar con recipientes de mármol ó de bronce su cauce virginal. Su delgado chorrito de hielo seguía como antaño manando de una grieta de la verdosa peña y encauzado por una hoja de berza que dejó colocada

algún transeunte. Un espeso bardial, todo cubierto de flores, ondulaba sobre el remanso de la fuente á modo de magnífico palio hecho de tapices orientales. Dos hayas venerables, nacidas á tres pasos de la peña, cruzaban á gran altura sus pomposas ramas como para proteger aquel divino santuario de la Naturaleza... Entre estas ramas vino á posarse un mirlo y comenzó á preludiar una sonata... Entonces me senté al pie de una de las hayas, apoyé los codos en las rodillas y la barba en las palmas de las manos y así me estuve... ¡una eternidad!...

—¡Eh, doña Vicenta, querida doña Vicenta!—exclamé ocho días después al tropezar otra vez con mi viejecita en el camino del Brixel.—¡Ya bebí, ya bebí en la sagrada Fontina de San Juan! Ya bebí del aire, ya bebí de la luz, ya bebí del aroma, ya bebí de las harmonías, ya bebí de todos los efluvios de vida que constituyen el deleitoso ambiente de la Fontina de San Juan; ya siento en todo mi ser una quietud y un bienestar inefables... ¡Ya puedo vivir!

¡Cosa más rara! Doña Vicenta me miró entonces con honda melancolía y me contestó:

—Pues vuelve á beber, queridín, sáciate ahora, más adelante, cuando vuelvas otra vez sediento de la América, acaso no encuentres esa Fontina para humedecer tus labios.

—¡Carape, doña Vicenta! ¿Qué va á suceder?

—¡Ay carayna, carayna, queridín! Has de saber que nos amenaza un cataclismo. La Fontina de San Juan está á pique de desaparecer como han desaparecido otras muchas fontinas en la comarca. Por ahí andan unos ingenieros rubios acompañados de unos obreros negros, abriendo pozos y horadando peñas, y el mejor día rompen la vena por donde nos llega el agua de la Fontina.

—Eso sería una barbaridad, doña Vicenta. Esos hombres también necesitan beber...

—Esos hombres, queridín, parece que no tienen sed más que de hierro, de carbón y de aguardiente... Por eso tienen tan duras y tan ardidas las entrañas.

Tal impresión causaron en mi ánimo las últimas palabras de doña Vicenta que aquella noche me atormentaron pesadillas mortales. Unos desaforados y altísimos gigantes, armados de tremendas barras de hierro venían derrumbando sobre cañadas y llanuras, sobre vegas y poblados, las riscosas cumbres de los montes asturianos. La superficie del mundo quedaba toda á nivel...

¡Era el nivel de los desiertos!...

El maestro de Cibuyo

Para atender á ciertas urgentes reparaciones que demandaba la casa escuela, reparaciones que había de costear un «indiano,» hubo que suspender por algunos días las tareas escolares. No fué don Alvaro Cardoso, insigne maestro de Cibuyo, el que menos se alegró por aquella tregua, harto ya de bregar día tras día y año tras año, para convertir en animal bípedo al glorioso hijo de Adán, cada vez más inclinado á caer en cuatro pies.

Al comunicarles á sus amados discípulos la encantadora noticia les dijo:

—¡Silencio, barájoles!... Desde hoy quedan suspendidas las clases, para arreglar la escuela. Tres ó cuatro semanas han de durar las vacaciones... ¿Qué barájoles de chillería es esa?... Tres semanas, y espero que en todo ese tiempo sabréis observar las máximas de paz y de amor que os tengo recomendadas... A ver, ¿quién es ese que rebuzna? El orden y la moral ante todo... ¿Lo habéis oído?... Nada de pedreas, nada de moros y cristianos, nada de andar á las «patadas» ni á la «caballina». Ya sabéis que os tengo dicho: «bienaventurados los mansos,» «bienaventurados los pacíficos»...

Don Alvaro tuvo que suspender en aquél instante su discurso para ir á meter paz entre dos de sus oyentes que acababan de agarrarse de los pelos. Por fin, la turba estudiantil se desbandó, poniendo en conmoción á todo el pueblo con sus carreras y sus gritos.

Don Alvaro Cardoso había venido al mundo con un alma pacífica y tierna, lo cual no dejaba de ser un gran infortunio en esta edad de la codicia y del odio. Durante su juventud, ya más que lejana, había tratado siempre de llevar una vida evangélica; mas en los últimos años había progresado mucho con la lectura de alguno de esos periódicos modernos que se imprimen expresamente para corregir y mejorar la obra de Jesucristo. Con tal literatura llegó el maestro de Cibuyo á convencerse de que la idea de patria y el amor al terruño nativo eran simples reminiscencias de los tiempos bárbaros; porque esos afectos eran sin duda los causantes de casi todas las guerras que afligen á la humanidad. Más de una vez le había escrito el señor Cardoso al Jefe del Gobierno de la Nación, para convencerle de que aquellos presupuestos de guerra y marina, aquellos acorazados de veinte mil toneladas, aquellos cañones de cien toneladas y aquellos proyectiles de tonelada y media, eran la más grande aberración que podía caber en el cerebro del hombre. Todo esto fué en vano. Aquel primer ministro era una roca.

Al verse ahora libre de la diabólica turbulencia de sus discípulos, don Alvaro se salió á dar una vuelta por el campo, á fin de gozar á sus anchas de la paz y el amor que la naturaleza ofrece á los espíritus mansos y justos. Mas estaba de Dios que aquél había de ser un día de prueba para su fe y sus esperanzas en un mundo mejor.

Durante su paseo vió que en el corral de una quinta peleaban dos gallos, ciegos de furor, con las crestas y los buches ensangrentados; más abajo halló dos perros enzarzados en lucha fiera, disputándose el hígado de un buey, el cual contenía carnada suficiente para hartar diez perros más; observó luego cómo un milano rondaba á

una gallina y cómo ésta se aprestaba á la defensa de sus polluelos; se detuvo más allá ante una charca para contemplar un combate monstruso sostenido por una rana y una víbora; poco después se agachó en medio del camino para examinar de cerca la lucha que un saltamontes inválido, sostenía, á zancadas, contra un ejército de hormigas que intentaba realizar contra el infortunado insecto sus derechos de conquista. Aquí no pudo contenerse don Alvaro, y, saltando en medio de las canallescas legiones, con el tacón y la punta de sus botas aplastó, trituró y despachurró la mayor parte de aquella tropa perversa. En seguida cogió el saltamontes por un ala y lo posó delicadamente sobre una hoja de berza, á la orilla del camino.

De esta ocupación le distrajeron unas voces como de riña que acababa de oir en la era de Juan de Couto. Debajo de un cerezal, todo derrengado por el peso de su propio fruto, se encontró el maestro á dos muchachos dándose de puñadas y de coces por apoderarse de una gorra llena de cerezas.

—¡Eh, barájoles!—les gritó don Alvaro—á ver: ¿por qué es la pelea?

—Porque el mío hermano—replicó el más chico—quier quitarme les cereces después del trabayo que me costó el apañalas una á una.

—Oye tú, manguan: ¿por qué no subes tú á coger las cerezas en vez de quitárselas á tu hermano?

—Porque esas de la gorra ya estaban xuntas...

Con la cabeza cargada y el corazón oprimido prosiguió don Alvaro su paseo, viniendo á dar al poco rato en la bolera del Acebal donde encontró reunidos á más de una docena de mozos de Cibuyo. Aquella tarde no se jugaba, pero los ra-

paces discutían acaloradamente sobre ciertos graves sucesos que habían de ocurrir en la próxima romería de San Pascual Bailón. Se hablaba de los de la Cornal, aldea situada en el otro declive de la sierra. Se hablaba de la soberbia, de la felonía, de la traición, de la fachenda, de la arrogancia insufrible de los de la Cornal; y aquí no podría continuar mi narración sin explicar antes la causa de la feroz antipatía con que se miraban los vecinos de la Cornal y los de Cibuyo.

La cosa tuvo su origen nada menos que en la época en que se inventaron las monteras. Los de Cibuyo y los de la Cornal habían adoptado sin reparo alguno el uso de la montera; pero á los de Cibuyo les dió por usarla con el pico gacho y á los de la Cornal por llevarla con el pico levantado y tieso. De aquí sobrevinieron las burlas y las chacotas y hasta las agresiones recíprocas, dando lugar á la terrible inquina que aún hoy existe entre los dos pueblos. Es de advertir, que ya hace más de medio siglo que las monteras han desaparecibo completamente de la comarca; pero los odios siguen en pie.

Apenas se percató don Alvaro de los aires guerreros que corrían, se acercó á los del grupo y les dijo:

—Pero ¡rebarájoles! ¿será posible que todavía andéis en eso con los de la Cornal? ¿Puede darse mayor sandez ni más enorme desatino que el de sostener una eterna guerra entre dos pueblos honrados por una causa tan ridícula? Sabéis cuál es el origen de vuestras querellas con los de la Cornal?

—Non lo sabemos nin hay pa qué—se adelantó á contestar Lucio Copín.

Entonces don Alvaro les refirió la historia de la montera, según se halla contenida en las vie-

jas crónicas de uno de los reyes más peludos de la monarquía goda, y terminó diciendo:

—Y pasando por alto la mayor ó menor influencia que pueda tener en la vida de los pueblos el pico de una montera, no debemos de perder jamás de vista que Dios nos otorgó la luz de la razón para conocer la justicia que les debemos á nuestros semejantes, y nos otorgó la palabra para convencer á nuestros semejantes de las injusticias que intentan cometer con nosotros...

—Con perdón del señor maestro—volvió á objetar Lucio—Los de la Cornal non son semejantes á naide, y la mejor cabeza de entre ellos tien menos descurso que un nabo seco. Son muy rocines y muy provocadores, don Alvaro... Ya usté lo verá.

—Vea lo que vea, ó poco he de poder ¡barájoles!, ó he de evitar que se renueven esas luchas fratricidas de individuo á individuo y de pueblo á pueblo, que son la vergüenza y el oprobio de la humanidad.

Tres días después se celebraba la romería de San Pascual en una espaciosa campera situada más arriba de Cibuyo, donde se levantaba la ermita del santo entre cuatro abedules seculares. Hallábase la fiesta en todo su apogeo cuando de pronto, cesaron todos sus alegres rumores. Era que los campeones de la Cornal acababan de aparecer en bandada por el camino de las Pozas. Se detuvieron cerca de la ermita, torvos, altivos, crudos, insolentes... Pancho Rencoyo, el jefe de la banda, se adelantó algunos pasos y gritó con acento becerril:

—A ver... ¡Que salgan esos mariqueiros de Cibuyo!

Los de Cibuyo se hallaban tan enfurecidos, que don Alvaro Cardoso, al ver inminente una

ruptura de hostilidades, se adelantó hasta donde estaban los de la Cornal, y con aquella su palabra untosa y evangélica, les largó una de sus arengas pacifistas más patéticas y convincentes.

—¡A que nos va á enternecer esti vieyu!—aulló otra vez el Rencoyo. ¿Acaso yo usté padrín de los de Cibuyo, señor maestro?

Al volverse don Alvaro para contestar al atrevido gañán, un pedazo de «tapin», lanzado por una pezuña serrana, le dió en mitad de la nuca, cubriéndole de tierra la espalda y la cabeza. El venerable rostro del maestro se inundó de palidez mortal... Al ver tan ruin afrenta, los de Cibuyo no pudieron contenerse más y se lanzaron contra sus enemigos con el fragor y el ímpetu de avalancha alpina.

El choque fué tremendo; pero los de Cibuyo comenzaron á retroceder y algunos á huir. Don Alvaro, ya repuesto del aturdimiento del campazo, sintió que todos sus nervios vibraban y que un océano de vergüenza pasaba por sus mejillas. Uno de los suyos vino á caer á sus pies derribado por un leñazo. Don Alvaro se apoderó de la «piértiga» del caído, y, plantándose de un salto delante de los vencedores, gritó:

—¡Arriba Cibuyo!

Aquél grito reanimó á su hueste la cual, recobrando nuevos bríos, se revolvió contra los de la Cornal con tan fiera saña, que acabó por dejar la campera de San Pascual libre de enemigos, los cuales, dejaron el sitio cubierto de astillas, navajas, madreñas y salpicaduras de sangre. Pero... ¡oh dioses inmortales! Al volver los Cibuyanos á recoger gozosos sus laureles, vieron su triunfo terriblemente amargado por una «baja» irreparable. Don Alvaro yacía tendido sobre el campo con los cascos deshechos por un estacazo que recibiera en el combate...

Ya á sus años, era de presumir que el tremendo porrazo tuviese consecuencias fatales. Se le trasladó á su lecho, donde recobró el sentido solo para oir estas palabras que le dijo su amante y atribulada esposa doña Pacita:

—¡Pero Alvarín del alma! Tú tan manso, tan pacífico, tan... ¡Dios mío! ¿Cómo te metiste en eso?

—Es que nunca sospeché que estas cosas de la tierra y de la patria pudieran dar tanto de sí...

Creció la fiebre de don Alvaro y con ella una avasalladora melancolía. Por fin una noche, á eso de las tres de la madrugada, se incorporó de súbito en la cama, y con los brazos tremantes, los puños cerrados y los ojos hechos carbunclos, clamó con voz agonizante:

—¡¡Arriba Cibuyo!!

Después cayó de espaldas para no volver á levantarse más.

Un indiano reformador

—¡Dios delantre!—exclamó un paisanuco viajero al salir la diligencia de la capital de la provincia.

Otro pasajero que iba sentado enfrente agregó:

—Dios ó el diablo, paisano, ¿qué más dá?

El campesino miró de reojo á su interlocutor y, después de dar una chupada profunda al resobado pitillo que iba fumando, contestó:

—Por lo presente á mí me importa mucho que Dios vaya delantre. Después que yo y estos compañeros dexemos el coche, puede usted ir, si gusta, en compañía de todos los demoños.

El viajero que tal indiferencia mostraba por ir en compañía de Dios ó del diablo, era nuestro antiguo conocido, Pepe Gómez, el cual regresaba de la Habana y se dirigía á su aldea.

Pepe Gómez tenía, ó había tenido en la capital de Cuba un tren de lavado; pero además de lavandero era librepensador. Hoy la libertad del pensamiento es perfectamente compatible con la plancha y la batea. Por eso nuestro Gómez en sus horas de ocio, se había consagrado á la lectura de «El Motín» y de algunos libros de la propia madera, de los cuales sacó la convicción plena de que la «bestia negra del clericalismo» era la causa fatal de todas las miserias del mundo.

Por fortuna, la humanidad comenzaba á abrir los ojos, gracias á las predicaciones de los apóstoles del progreso. En cuanto á él, Pepe Gómez, armado con toda la sabiduría que le proporcio-

nara «El Motín», pensaba librar en Carpena, su aldea nativa, descomunal batalla contra la mencionada «bestia»... Por de pronto, ya le había descargado el primer golpe en la persona de aquel sandio aldeanuco del «Dios delante».

Y en verdad que nuestro indiano no podía llegar en mejor ocasión para dar la batalla que anhelaba. El Domingo de Ramos por la noche llegó á su casa de Carpena. Se le venía, pues, encima, la «semana negra,» la semana en que el fanatismo pone en práctica sus más negras locuras. ¡Ya verían, ya verían los fanáticos de Carpena quién era él, quién era Pepe Gómez!

Como se tenían noticias de que el capital de Gómez no bajaría de veinte mil duros, fué recibido en su casa con el entusiasmo y la alegría que era de esperar. Solo la tía Venancia, su buena madre, sintió alguna pesadumbre al ver á su hijo tan prieto y tan desmedrado de carnes. Pero con la ayuda de Dios ya ella conseguiría que su hijo recobrase la fuerza y la vida que toda madre anhela para su prole.

Molidísimo llegó Pepe Gómez á su casa, así es que lo primero que pidió fué una cama para descansar. La tía Venancia tomó un candil y condujo al recien llegado á un cuarto alto muy blanco y muy limpio donde se veía una cama empinadísima y pulcra, cubierta con una colcha roja. Toda la habitación olía á romero. Algunas estampas de Vírgenes y Bienaventurados decoraban las paredes de la estancia.

—Aquí está tu cuarto y aquí está tu cama, Pepín,—dijo la buena mujer.—Non me canso de dar gracias á Dios por haberte traído con bien. Muchas misas mandé á decir por tí, pero la Virgen Santísima...

—Gracias, mi madre; pero ha de saber usted que no fué la Virgen Santísima ni Dios los que

me han sacado del mar, sano y salvo. Fué la ciencia del hombre que ha creado esas máquinas poderosas que desafían las tormentas... Dios... la Virgen... las misas... ¡Lástima de dinero!

Pasmada y afligida se quedó la tía Venancia al escuchar á su hijo; mas nada replicó. Y después de arropar bien los hombros del recien llegado y de envolverle los pies cuidadosamente entre las mantas se volvió á la cocina murmurando:

—Como todos, como todos los indianos. ¡Virgen Santísima!... Pero él ye bueno.

Para castigar la impiedad de Pepe Gómez, Dios le envió al día siguiente, bien temprano, un sol espléndido de Primavera. Al salir de su casa para visitar el pueblo, el indiano se encontró á su abuelita, la tía Ulaya, filando junto á la puerta, sentada en un poyo de piedra. En aquél instante se acercó á ellos un mendigo pidiendo limosna. El rumboso ultramarino sacó medio duro del bolsillo y se lo entregó al mendigo. Este asombrado ante aquella estupenda generosidad, exclamó con voz plañidera:

—¡Vaya por Dios! ¡Vaya pe las ánimas benditas! ¡Qué la Virgen ye florezca todo cuanto tien!

—¡Qué ánimas, ni qué Virgen, ni qué Dios! No me jorobe más... ¡Lárguese de aquí, paisano!

—Dexai que te bendiga, Pepín—murmuró la abuelita. Fixiste con él una gran obra de caridá. ¡Dios te lo pague!.

—¿Pero usted cree, abuela, que ese Dios, ó lo que sea, se va ocupar de pagar eso?

—Paga, paga. Non lo dudes, querido.

—¡Bah! esas son creencias infiltradas en las rudas molleras campesinas por la bestia negra del clericalismo; pero yo le haré ver á usted...

—Yo non veré más que la bondá de Dios.

—Yo le haré ver á usted cuando le explique el origen del Cosmos...

—¡Dios nos asista!—exclamó la atribulada anciana tirando melancólicamente del «cerro» que estaba filando.

Después de haber vagado un buen rato por la aldea, Pepe Gómez vino á parar al atrio de la iglesia, donde tropezó de manos á boca con el viejo don Blás, antiguo escribano de Carpena. Después de los saludos de rúbrica don Blas preguntó á Gómez:

—Y vamos á ver, indianete, ¿qué tal encuentras á Carpena?

—Si he de ser franco, encuentro esto muy atrasado, y, lo que más me disgusta, es que no veo el remedio mientras no aplastemos la bestia negra del clericalismo.

—¡Me asombras Pepín!

—Si, señor, ahí está el mal. Todo se resiente aquí de la influencia mefítica de esa bestia. Hasta el ornato público. Por aquí las gallinas, por allí los cerdos. Vea usted en la misma puerta de la escuela un montón de cucho.

—Oye, ¿qué tiene que ver el cucho municipal con el clero?

—¿No ha de tener? El clero nos hace apáticos, sucios, fatalistas...

—Para, para, Pepe. Desde San Agustín y Santo Tomás, hasta el más humilde sacerdote de nuestros tiempos han practicado y predicado la limpieza del alma y del cuerpo.

—Podrá ser, pero á mí me consta que desde Nakens hasta Max Nordau, desde Kant hasta Javier de Montepín, todos han negado la eficacia de esas predicaciones. Por eso la bestia negra...

—Déjate de exageraciones, Pepe Gómez. Lee á San Benito...

—Lea usted á Voltaire...

—Lee tú á San Juan Crisóstomo...

—Lea usted á Ibarreta...

—Ibarreta y otros tales no eran más que unos necios y más lo son los que creen en sus paparruchas.

—Pues mire usted, que los que siguen á Agustín y á Tomás!...

—¿Qué tienes tú que decir de ellos?

—Que son unos zoquetes.

—El zoquete lo serás tú.

—Poco á poco, tío Blas. A mi no me insulta ningún ostión clerical.

Dicho esto, al indiano se le engrifaron los bigotes y la nariz se le puso ligeramente pálida. Don Blas agarró la cayada por el medio con mano convulsiva. Iban á pegarse, cuando surgió entre ellos el angel de la paz ó sea la encantadora Lucía, hija del escribano. Esta dijo á su padre que lo esperaban en casa, y, después de saludar al indiano con muchísima gracia, se alejó acompañando al autor de sus días. Este se iba murmurando:

—¡Yo ostión; ostión yo! ¡Qué badulaque!

Pepe Gómez siguió á Lucía con ojos ansiosos, y, sin darse cuenta de ello, comenzaba á creer en la existencia de Dios, admirando en la muchacha una de sus más bellas obras. Hasta notó que se parecía á una estampa de la Virgen del Carmen que él había visto en su cuarto. Por cierto que pensaba sustituirla con el retrato de Garibaldi en la primera ocasión.

Muchos disgustos le ocasionó por aquellos días á Pepe Gómez su entereza librepensadora. Por haber pedido jamón en Viernes Santo tuvo una fuerte pelotera con su santa madre... Por haberse mofado una noche de la oración que se rezaba á la vera del *llar*, tuvo con su padre unas palabras acerbas.

Al salir de casa al día siguiente, Domingo de Pascua de Resurrección, Pepe Gómez se encontró á su hermano Pedro y al niño mayor de éste. Pedro llevaba un barreño en la mano y el rapaz un manojo de ramos de laurel.

—¿A dónde vas, Pedro? preguntó el indiano.

—Voy á dar una vuelta pe la llosa.

—¿Y ese barreño? ¿Y esos ramos?

—Aquí llevo agua bendita y estos ramos son para plantarlos en las tierras.

—¡Vaya una estupidez! ¿Tú también vas á plantar ramos, Claudín? añadió el indiano dirigiéndose á su sobrino.

—Si, señor, para que Dios nos guarde las cosechas.

—Ven acá pollinín. No vayas á plantar nada ni creas en esas chifladuras de tu padre.

—Oye Pepe,—saltó Pedro con cara iracunda—el chiflado y el mentecato y el magüeto yes tú. Non fales más al niñín de esa manera porque vamos á tener un disgusto... Un gran disgusto.

—¡Ah, bestia negra!—rugió Gómez volviendo la espalda á su hermano.

Al pasar luego por delante de la iglesia vió que Lucía penetraba en ella y aquí toda la fortaleza librepensadora de Pepe Gómez se vino á tierra. Entró en el templo, detrás de la hija del escribano y procuró sentarse en lugar donde podía ver á la joven y ser visto por ella. Lucía lo miró una ó dos veces con ojos dulces y piadosos. Tal efecto hicieron aquellas miradas en el ánimo del mozo que este llegó á encontrar hasta simpática la cara de un San Francisco que tenía en frente.

Al salir Lucía de la iglesia, Gómez se acercó á ella con ánimo de presentarla sus excusas por el altercado ocurrido entre él y su señor Padre. Lucía, muchacha honesta, pero lista y jovial, soltó una carcajada y le contestó:

—¡Aparte de aquí, judión!

—Usted me califica así porque también está inficionada por el hálito pestífero de la bestia negra del clericalismo, pero...

Lucía hizo de pronto un ademán de cómico espanto y se alejó sofocando con las «conchas» de la mantilla un golpe de risa.

Pero aquel talle esbelto, aquella cara virginal... Cuando Pepe se dirigió poco después á su casa iba ya con el firme propósito de conservar la estampa de la Virgen del Carmen, colgada á la cabecera de su cama, perpetuamente.

Por el sesgo que va tomando esta historia ya el discreto lector habrá adivinado su fin. Pepe Gómez acabó por enamorarse como un chaval de la hermosa Lucía. Esta le correspondió y el ínclito don Blas vió con buenos ojos aquellos amores, pues ya había caído en la cuenta de que el indiano era un bendito que usaba capa de diablo «por el bien parecer.»

Sin embargo, Gómez aún no se daba por vencido del todo. Aún sus espíritus librepensadores bufaban y gruñían de cuando en cuando. Aún no habían hecho las amistades con Dios y con la bestia negra... Pero una noche, estando de palique con Lucía á la puerta de su casa, vieron aparecer por el extremo de la calleja una larga procesión de luces.

—¡El Viático, Pepín, el Viático!—exclamó Lucía.

—¿Y adónde va todo ese tren?—repuso Gómez, con cierto tono sarcástico.

—¿Qué tren, mentecato? Es el Señor que va á visitar á la pobre Peleya que está en la agonía.

—Pues esas luces y esa campanilla y todo ese aparato funerario acabarán de matar á la pobre Peleya. La bestia negra siempre ha tenido predi-

lección por los moribundos... No dejará de tener esa vieja la hucha bien repleta...

—¡Arrodíllate, Pepe!

—¿Yo?

—¡Arrodíllate, ó vete en hora mala!

Pepe Gómez acabó por arrodillarse humildemente.

Dos meses después, una mañana muy tempranito, la mañana del día de su boda con Lucía, nuestro terrible indiano, olvidado por completo de su misión librepensadora, se dirigía al rincón más obscuro de la iglesia parroquial de Carpena y, puesto de hinojos ante un confesonario, murmuraba:

—«Yo pecador me confieso á Dios Todopoderoso»...

El orfeón de Turuleque

—Señores,—exclamó, por fin, el maestro don Patricio dirigiéndose á los muchachos congregados en el salón—os doy las gracias con toda mi alma por haber acudido á mi llamamiento. Se trata, como sabéis, de constituir un Orfeón en esta villa de Turuleque, villa gloriosa por su amor á las artes, su amor á las ciencias y su amor á la Patria.

—¡Viva Turuleque!

—No me interrumpáis. Turuleque, digo, posee los elementos necesarios para fundar una institución musical capaz de vencer en lid brillante á los más famosos orfeones extranjeros. Turuleque cuenta con grandes entusiasmos. Turuleque cuenta con hondos sentimientos artísticos. La juventud de Turuleque posee, además, voces admirables que una vez armonizadas, semejarán coros celestes. Turuleque, en fin...

—¡Viva Turuleque!

—Pues bien, para concertar esas voces solo se necesita paciencia, voluntad, amor al trabajo y amor á la disciplina. Sin estas cualidades nada adelantaremos. Pero yo confío en vuestro patriotismo; porque, señores, se trata de una obra eminentemente patriótica. No solamente se sirve á la patria en los campos de batalla, si que también, y quizás mejor, en las esferas del arte. El arte sublime de la música ha sido el arte predi-

lecto de los pueblos más cultos de la Tierra. La música, señores, posee el divino don de amansar á las fieras. Por eso os he convocado...

—Gracias, señor Patricio.

—En fin, señores, ya conocéis mi pensamiento. Mas como el tiempo apremia y como es mi mayor afán que tomemos parte cuanto antes en el «concierto de las naciones» he determinado proceder desde ahora á la selección de las voces. Si conseguimos terminar hoy este trabajo dentro de quince días podremos empezar con los ensayos parciales del «Himno á la Libertad».

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Viva don Patricio! ¡Viva Turuleque!

Como se ve, el entusiasmo era indescriptible.

En aquella selección de voces ya experimentó, sin embargo, don Patricio, sus primeras amarguras. Su fama de hombre imparcial y competente no le libró de ciertas acusaciones bajas y pueriles. El Orfeón había de constar de cuarenta indíviduos y se presentaron más de ciento cincuenta. Comenzada la prueba el maestro procedió á rechazar á éste porque tenía voz becerril, á aquel por su voz carraspeña, al otro por su voz de grillo y al de más allá por su voz de ganso. Pero como todos los turulequenses llegaban convencidos de que su voz era un encanto, aquí empezaron las murmuraciones y aquí se formó ya el primer núcleo de oposición al maestro Patricio.

—¿Qué sabrá él, decían, de voces ni de conciertos si está más calvo que un huevo?

—¡Decirme á mí que tengo voz de berraco! ¿Qué sabrá él?

—En cambio escogió á Fernández para tenor siendo un ternero.

—¡Claro! como es de la familia...

Algunas de estas murmuraciones llegaron á oídos del maestro, pero como no era aquella la

primera vez que se metía á clasificar las facultades del prójimo, ya estaba avezado á las protestas de la vanidad y de la miseria.

Dos días después procedió don Patricio á la distribución ó agrupación de las voces de los cuarenta orfeonistas elegidos. Estos habían de ser tenores, aquellos barítonos, los otros bajos. Aquí le esperaba al maestro un nuevo conflicto, pues casi ninguno estuvo de conformidad con su dictamen y cada uno murmuraba por su lado:

—Yo soy primer tenor y me ha puesto de segundo.

—Yo soy primer barítono y me ha puesto de tercero.

—Yo soy tenor y me ha puesto entre los bajos. ¿Qué hago yo aquí?

A pesar de estos gérmenes disolventes don Patricio citó, poco después, á los orfeonistas para inaugurar los ensayos preliminares, y, una vez reunidos, les volvió á dirigir la palabra en estos términos:

—Señores, el trabajo y la constancia lo vencen todo. ¡Oh jóvenes amables! os declaro, para vuestra satisfacción, que poseeis condiciones artísticas insuperables, mas sin la constancia y el trabajo se os malograrán. Os encargo, pues, sacrificio y perseverancia y, sobre todo, formalidad. Por falta de formalidad hemos fracasado los turulequenses en muchas de nuestras empresas más meritorias. Atendedme, pues, hijos míos, y adelante. De vosotros espera Turuleque un porvenir lleno de honor y de gloria.

Al decir «gloria» don Patricio enmudeció de repente. Acababa de estallar en el salón una trompetilla rastreada al mismo tiempo que rebotaban dos pelotillas de papel sobre su calva venerable.

Es de advertir que, además de los muchachos

del coro, habían entrado en el local algunos de los que habían sido rechazados en la primera reunión. ¡Trompetillas!... Es la única nota posible para ciertos desventurados. Luego sonaron algunas carcajadas comprimidas que estuvieron á punto de estropear el primer ensayo; mas, al fin, la formalidad se impuso.

Y resultaron aquellos primeros ejercicios henchidos de agradables augurios. Los jóvenes orfeonistas comenzaban á experimentar positivo deleite al descubrir en sí mismos facultades armónicas que ignoraban y aquellos primeros acordes del gran «Himno á la Libertad» despertaban en sus corazones sentimientos sublimes. El maestro don Patricio, entusiasmado también, no se cansaba de repetirles:

—Constancia, disciplina y formalidad, hijos míos.

Tres semanas llevaban ya de ensayos cuando ¡ay! el insigne maestro comenzó á notar la ausencia de algunos orfeonistas. Un día, día de baile en Turuleque, no asistieron más que veinte. Otro día, día de corrida de toros, no acudieron más que diez. Tres días después se celebraba en la villa de Turuleque un gran partido de pelota. Este día no asistió ningún orfeonista al ensayo.

Mas la tenacidad y la fé del maestro Patricio eran de cal y canto. A pesar de tantas fatigas y de tantas decepciones al fin creyó llegada la ocasión de recoger algunas hojillas del laurel apetecido y se dispuso á hacer un ensayo general del «Himno á la Libertad». Señaló el día é invitó para aquella gran solemnidad á las principales familias de Turuleque. Como era de esperar se llenó la sala de personas distinguidas y los alrededores del local, que era de planta baja, fueron ocupados por una verdadera muchedumbre.

Los primeros acordes del grandioso himno fueron escuchados con religioso silencio y compostura. En la faz del maestro y en las de los discípulos brillaban inspiraciones sublimes. Todo anunciaba un final espléndido, cuando en la parte más delicada y solemne del coro uno de los que oían desde afuera lanzó estas notas horribles:

—¡Ca... cara... caaaaa!

Al oir esto don Patricio sintió en su pecho la sensación de una puñalada mortal. Los concurrentes, mudos de estupor, no acertaban á pronunciar el grito de protesta contra aquel cacareo intempestivo. Algunos se tapaban la cara con el pañuelo como si quisieran ocultar su llanto ó su vergüenza. En tan embarazosa situación un alarido salvaje estremeció el edificio hasta en sus cimientos:

—¡¡Richichuuu!!... ¡¡Richichooo!!

Parecía la voz estridente y poderosa de un asno padre... De un asno era.

Ya el discreto lector habrá caído en la cuenta de quienes eran los que venían á perturbar la obra grande y patriótica del maestro Patricio. Eran los rechazados por inútiles... Eran los grillos, los cerdos, los asnos.

Don Patricio realizó aún inauditos esfuerzos para salvar el «Himno», mas los concurrentes, no pudiendo contenerse ya ante la «gracia» del último relincho, prorrumpieron en estruendosas carcajadas. Los mismos orfeonistas se dejaron dominar por la tentación de la risa y siguieron el ejemplo de los demás. El «Himno á la Libertad» quedó, por lo tanto, convertido en alegre jolgorio. Para fin de fiesta uno de los concurrentes se sentó al piano y empezó á tocar una danza cadenciosa y lasciva... Y dos minutos después la augusta mansión de la

divina Euterpe se hallaba toda ocupada por espléndida juerga.

Entre tanto el ilustre maestro Patricio, pálido y convulso, se retiraba del salón, rompía la batuta en mil pedazos y se alejaba murmurando, no sabemos si en son de piedad ó en son de anatema, estas sencillas palabras:

—¡Infeliz generación!

El nuevo Conquistador

(A mi querido amigo D. Juan G. Pumariega)

Y decía la prensa al día siguiente:

«Cuando el señor Juan Fernández terminó su discurso en el banquete de anoche, el primer magistrado de nuestra nación le dió un abrazo estrecho y cariñoso.»

¿Qué nación era esa? Una de las más simpáticas y florecientes de la América española. ¿Quién era el señor Juan Fernández? Pues era un compañero mío de la infancia: ¡era *El Retueyo!*

Sí: ese hombre que ha sabido conquistar honradamente una fortuna, que fomentó la de muchos de sus semejantes y que anoche movió todas las almas con su peroración espléndida, era el *Retueyo*, el compañero mío de colegio.

Voy á ver si logro contaros en cuatro palabras la historia del *Retueyo*, porque el *Retueyo* es el prototipo de los modernos conquistadores españoles.

Era hijo de unos labradores bien probinos, pues no poseían más que cuatro terrones y un par de vacas. Al principio los terrones estaban libres de gabelas, pero una vez se desgració una vaca y para comprar otra hubo que hipotecar un terrón. Otra vez se enfermó la tía Colasa, madre del *Retueyo*, y para pagar la cura hubo que empeñar el otro terrón. «En total», con estas nuevas cargas la vida en la casa del *Retueyo* era una pura congoja. Luego el año que alcanzaba el

maíz no alcanzaban las patacas y el año que alcanzaban las patacas no alcanzaba el maíz.

El *Retueyo* iba conmigo á la escuela todos los días. Esto antes de cumplir los doce años. Después ya no iba tan á menudo, porque el padre lo necesitaba unas veces para ir á las «cádabas», otras para ir á la «roza». Pero la tía Colasa, aunque no sabía leer ni escribir, sostenía algunas veces con el «su home» altercados como este:

—Antón, manda á Xuanín á la escuela.

—Hoy tien que venir conmigo á semar los nabos.

—Mándalo á la escuela que allí tamien seman y aquella simiente ha dar mayores frutos.

Gracias al tesón de la tía Colasa el *Retueyo* iba á la escuela con alguna regularidad. El pobrecito no llevaba en el verano más indumentaria que unos calzones viejos de su padre, sujetos al hombro por un tirante de badana. Zapatos ¡Dios los dé! completando el equipo una chaqueta con más remiendos que una «señorina muy aseñoroda» y un sombrero viejo. En invierno las mismas galas con el solo aumento de unos escarpines de estameña burda y unas madreñucas acolchadas con yerba seca.

Cuando nos veía partir juntos para la escuela, la pobre tía Colasa se quedaba contemplando desde la puerta la miseria de su hijo y el buen porte mío. Luego suspiraba y se volvía á sus quehaceres enjugando una lágrima.

Pero aquella buena mujer no era toda blanda y femenina para sus hijos. Por eso supo hacerlos fuertes y varoniles. La tía Colasa era también un legítimo «retueyo» de aquellas madres que criaron los vencedores de Covadonga y de Llamas del Mouro. Me acuerdo que una vez nos «remontamos», es decir, no fuimos á la escuela por mor de unos nidos de pega. Súpolo la tía Colasa y al

volver agarró á su hijo por una oreja y con una alpargata le aplanó los pliegues de los fondillos para todo el año.

—Non i pegues tanto al probín muyer—la decían algunas vecinas compasivas.

—Más val que lo zurre su madre que non lo zurre más alantre la disgracia.

Otra vez caímos en la tentación de probar las ciruelas de la huerta de don Blas. Entramos en la huerta y salimos con las mangas de las chaquetas llenas de ciruelas. Súpolo don Blas y le vino á la tía Colasa con el cuento. Esta agarró á su hijo y aquella vez no lo castigó con alpargata sino con una «cibiella». Las vecinas volvieron á increparla:

—Muyer, non seas lloba. Vas á rompei los güesos al probín de Dios.

—Más val que i ablande su madre los güesos que non el verdugo.

Entre aquellas saludables asperezas y rigores el *Retueyo* se iba haciendo un hombrín despejado, duro y valiente. ¿Y en la escuela? Era el ídolo de don Javier, pues el chico no hallaba resistencias graves ni en la lectura del «proceso» medioeval ni en las marañas cabalísticas de la «regla de tres». Entre la regla de tres, el llindiau de las vacas y la persecución de los nidos, es decir, entre lecciones de número, lecciones de monte y lecciones de destreza nos hicimos hombres. Yo tenía quince años y el *Retueyo* catorce. Aquel verano llegaron á la aldea varios «indianos». Yo me quedé pasmado ante las cadenas de oro que lucían, pero el *Retueyo* les tributaba otro género de admiración. Me acuerdo que una vez le dije, señalando á un «indiano» de los más rumbosos:

—¡Coime, chacho, qué bien viste!

Y el *Retueyo* agregó:

—¡Coime, chacho, qué bien fala!

Con estos asombros nació en nuestras almas la ilusión de hacernos también «indianos» ricos, y tanto pudo esta dulce ilusión, que ocho meses después nos encontrábamos el *Retueyo* y yo en el muelle de la Machina de la Habana. Y cuando estábamos á pique de separarnos, quizás para siempre, la fortuna vino á decretar otra vez nuestra perpetua unión, pues tuvimos el consuelo de encontrar empleo en la misma «cuadra»: él en un almacén de tasajo y yo en un almacén de ropa.

Y empezó la segunda etapa de nuestra vida, de cuya relación minuciosa considero al lector casi tan enterado como yo. Sin embargo, la carrera del *Retueyo* fué más accidentada, como lo es la vida de todos los grandes espíritus. Primero sus invencibles aficiones á la lectura le valieron serios disgustos y amenazas por parte de don Gabino, uno de los socios del almacén, el cual creía á puño cerrado que para estar rico y gordo no hace la cultura literaria maldita la falta y... quizás tuviera razón.

Varias veces estuvo el *Retueyo* á punto de salir de la colocación, pero un día se suscitó en la mesa una disputa sobre si la ciudad de Montevideo, patria del tasajo, pertenecía al Congo ó á la república chilena. El *Retueyo* pidió la palabra para una aclaración, concedida la cual el muchacho puso la capital del Uruguay en su verdadero sitio. Con esto se convenció don Gabino de que las *leturas* servían para algo más que para engordar y hacerse rico.

Y el *Retueyo* prosiguió su batalla por la vida, ruda á veces; pero el alma y el cuerpo de nuestro rapaz, lejos de doblegarse ante los contratiempos y los peligros, más se erguían y más se reforzaban. Los fríos y las hambres y las guantadas de su buena madre habían preparado su espíritu para las grandes luchas y las grandes victorias.

La sombra de la tía Colasa le alentaba en todas sus empresas.

Seis años después el *Retueyo* fué socio de la casa. Diez años más tarde fué el único dueño de ella. Entonces sobrevino la guerra que asoló durante algunos años este país divino, y, como es natural, el *Retueyo* puso al servicio de su patria su persona y su fortuna. Combatió en buena lid á los enemigos de España y al mismo tiempo que con la diestra mano blandía el honroso acero, con la siniestra llevaba los consuelos de la caridad al abandonado hogar de sus propios enemigos.

El *Retueyo* se casó luego con una cubana buena y cariñosa, la cual le ha dado ya una porción de vástagos. Es presidente ó director de varios centros industriales donde libran su subsistencia muchedumbres de obreros indígenas, y sus mismos enemigos de ayer, conocedores de su conducta levantada y generosa en los días de universal rencor, hoy le buscan y le aclaman para tributarle su afecto.

Y así, aquel rapacín humilde y roto, reconquistó para su patria el amor de los hijos de esta tierra al exclamar anoche en una fiesta de la raza: «Amad al hijo de Iberia como el hijo de Iberia os ama á vosotros y de este modo la gloria de nuestra raza brillará sobre nuestro planeta mientras no se extinga en los cielos la luz del sol.»

¡Y que esto dijera y que esto moviera aquel rapacín agreste! ¡Honremos al nuevo conquistador!

Notas campesinas

El que tuviere un concepto sano y discreto de la vida no cambiaría en la mayor parte del año esta vida campestre por la vida ciudadana. Aquí se encuentra en su sencillez sublime todo cuanto convida al hombre al estudio y á la admiración. Si de ciencias se trata, en estos montes y en estos cielos han puesto la botánica, la geología, la astronomía, la meteorología, etc., etc., sus cátedras luminosas y eternas: si de bellas artes, ahí están las aves canoras dando por todas partes sus lecciones de música nunca suparada por la inspiración del hombre: la flor, la mariposa, el nido, la fuente, nos muestran su poesía inefable y, en cuanto á la pintura, aquí están perennemente desplegados todos los matices y esplendores de la Naturaleza: si de idiomas, las voces del campo nos hablan con variedad y elocuencia infinita: si de religión, aquí se aprende á adorar á la Providencia: si de política, ahí están las colmenas y los hormigueros dictando eternas máximas de disciplina, de previsión y de sabiduría: si de legislación, en fin, aquí están todos los seres vivientes ajustando sus costumbres á sus necesidades verdaderas, sin buscar jamás modelos en otras repúblicas ni en otros climas, como hacen ciertos individuos de la especie humana, de esos que ostentan el pomposo título de legisladores.

*
* *

Empieza á amanecer. Los gallos de la vecindad se ponen á lanzar á los vientos sus gritos de guerra ó sus trovas de amor; las palomas se arrullan tierna y dulcemente sobre el muro del jardín; el sinsonte, perdido en la espesura, ensaya las modulaciones de su flauta mágica: la codorniz en el barbecho, el grillo en el prado, la chicharra en la huerta también proclaman á gritos su alegría; hasta el buey y la oveja saludan con regocijo la aparición de la aurora... Poco después sale el gañán de la alquería, quiso sujetar al manso buey al recio yugo, mas la bestia se resistía y entonces el gañán lanzó una horrible blasfemia. Era la voz humana la única voz discordante en medio de las armonías del universo. El bruto gime ó canta: el hombre, el rey de la creación, es el único que maldice.

*
* *

He visto á la industriosa araña tejiendo su tela con atención profunda, medir, tantear, calcular y precaver, y al fin dar por terminada su obra después de mil afanes: he visto á la hormiga marchar por intrincada senda, jadeante, sofocada y oprimida bajo el peso de una zanca de abejorro que llevaba para aumentar la riqueza de los almacenes de la comunidad: he visto á la abeja padecer mil angustias y trabajos por conquistar el átomo de miel que había de servir de alimento á los moradores de su colmena: he visto, en fin, al encorvado labriego ablandar con sus sudores el áspero seno de la madre tierra para depositar en ella la semilla que ha de dar el futuro sustento de su prole... ¡Cuántos dolores les cuesta la vida á los seres más inteligentes de la Creación! Es

verdad que los Homeros han cantado las glorías del hombre y los Virgilios las glorias del insecto; mas al comparar la vida de la abeja con la del mirlo, aquella con sus afanes y este con sus abandonos, parece que el mirlo, con su ignorancia es el ser bendecido, y la abeja con su sabiduría, es el ser destinado á perpétua condenación.

*
* *

De pie sobre la colina me puse á contemplar la salida del sol. Al ver los policromos celajes de la mañana no pude por menos que elevar á Dios un himno de gratitud por haber creado para mí solo, para los ojos del hombre, estas sublimes bellezas. Me interné luego en la floresta por lugares jamás hollados por la planta del hombre y aquí veo alzarse una mariposa teñida de colores divinos... Más allá me encuentro una flor decorada con matices primorosos. Luego, meditando, me digo:—Mariposa nacida y flor criada en lugar tan remoto no es posible que hayan sido formadas para embeleso exclusivo de los ojos del ser humano. ¿Para quien entonces se colora la flor y la mariposa se engalana?

*
* *

Ayer salí de caza y disparé sobre dos tórtolas que acababan de posarse sobre una rama, dulcemente entregadas á sus arrullos. Cayó una de ellas. Corro á recogerla y ví que era la hembra, la cual murió entre mis manos exhalando un gemido. Mis dedos se habían enrojecido en sangre. Luego, palpando á mi víctima, advertí que tenía el buche lleno de grano... Lo llevaba para sus

hijuelos. Y el caso es que yo no había salido á cazar en busca de mi sustento... Maté por matar. Desde aquella mañana ya no me atrevo á llamar á la pantera sanguinaria y cruel.

*
* *

Hoy también por detrás de aquellas lomas se anuncia la tormenta. Las palmas azotadas por el viento, se cimbrean y, ante las amenazas del rayo, se eriza de terror su cabellera hirsuta. Nubes pardas y cobrizas van convirtiendo el cielo en la inmensa techumbre de una caverna lóbrega. El trueno extremece los aires y extremece la tierra. Ya llegan las primeras ráfagas cargadas de granizo... Ya no se oyen más que los ronquidos del huracán con todos sus terribles furores... Entre tanto, en la habitación de al lado, un poeta modernista «cincela» unas estrofas al «buduar» de Dorila; «teje» un madrigal al camarín de Flora y «rima» un soneto á los perfumados senos de Ninón. Lo llamo para que contemple la grandiosa majestad de la tormenta, pero no se atreve á salir porque teme que estos vientos locos despeinen su cabellera.

*
* *

Me encuentro más seguro y más tranquilo en medio de estas soledades campestres que en medio de la ciudad opulenta. Es verdad que por aquí suelen cruzar el toro enfurecido, el perro hidrófobo y la serpiente venenosa. Pero, en cambio, no existe el calumniador

---

La Jira.

Esta vez fueron los «boroñones», es decir, los rapaces del «Club de Boroñaza», los que me convidaron á su fiesta.

La víspera del gran día llegó á mi casa, que lo es de ustedes, mi antiguo y excelente amigo Servando Pandiello, el cual vive en una finca de su propiedad, allá por Artemisa. Es un asturiano tan aplatanado que ya se olvidó de lo que significan, *cibiello*, *tarabica*, *goxa*, *parpayuela* y otras palabras no menos gloriosas. Un día hasta llegó á cometer en mi presencia la avilantez de decir que el ajiaco era mejor que la fabada...

Sin embargo, yo siempre he mirado con magnánima indulgencia estas y otras flaquezas de Pandiello, considerando que lleva el hombre treinta y seis años de residencia en Cuba sin haber vuelto á su patria. En este ambiente tropical se desvanecen, sin darse uno cuenta de ello, muchos recuerdos del pasado. Luego Servando Pandiello se casó con una vueltabajera ante la cual no es posible acordarse más que de lo presente...

Con todo, aquel «sacrilegio» de la fabada me había escocido mucho; así es que al ver á Pandiello ante mi puerta aproveché la ocasión para vengarme y le dije á boca de jarro:

—Pandiello, estás convidado para ir mañana á la jira de los «boroñones».

—Compadre, mira que yo... Mañana tengo que ver á un comprador de terneros.

—¡Murió el ternero!

—Tengo que ver, además, al castrador de berracos.

—¡Murió el berraco!

—Tengo que ver...

—Tú lo que tienes que ver es la apocalípsis asturiana mañana en «La Tropical», y no me vengas con «moxigangas».

—El caso es que padezco una gastrorrea crónica...

—Para las gastrorreas no hay nada mejor que la sidra bebida sin tasa. La poca hace daño.

—Tengo unos dolores reumáticos en las piernas...

—¡Te salvaste, Pandiello! Los doctores en medicina más eminentes recomiendan contra toda clase de afecciones reumáticas el *xirigüelo*.

—¿Y qué es el xirigüelo?

—¡Ay, Sandios! No te mato porque eres un padre de familia... ¿Será posible, Pandiello?

—Bueno, hombre, no alborotes más... Iré. ¿Qué hay que llevar? ¿Qué ropa? ¿Qué víveres?... No me estará demás una botella de agua digestiva.

—Si te ven allí con esa botella te la estampan en los cascos. ¡Qué disparate! Allí lo que hay que llevar es el estómago y el corazón en franquía. En cuanto á la ropa ya te daré un traje de color que disimule las manchas de las salsas y también las del polvo, porque tal vez se te ofrezca «ganar la cebada» por aquellos terrenos.

Y dicho y hecho. A la mañana siguiente entramos á pie por una de las hermosas sendas del encantado jardín de «La Tropical». Bajamos hasta el borde del río y al ver sus cascadas y sus remansos y sus peñas y la frondosidad umbría de sus orillas, Pandiello lanzó un suspiro y exclamó:

—Pues sí que es bonito esto. Se parece algo á

las orillas del Narcea, allá por Casares y la Florida.

—¡Cómo! ¿Pero todavía te acuerdas?...

—Ahora sí... Con este rumor de las aguas...

El rumor de las aguas fué dominado de repente por el estruendo de varios palenques de «bomba real». Una gaita esparció por la floresta sus dulces gemidos. Siguieron muchos ¡ixuxús! y cantos asturianos, y, en fin, todos los divinos rumores de una gran fiesta campesina celebrada entre los castañares de mi tierra. Servando Pandiello se había puesto descolorido y se quedó sin dar pie ni mano y sin resollar, con toda el alma atenta á recoger los ecos de la fiesta. Por fin murmuró:

—¡Qué lástima!

—¿Lástima de qué, Servando?

—¡Falta el repique de campanas!

—¡Dáme un abrazo, Pandiello! Te veo en camino de redención.

El núcleo de la romería de los de Boroñaza se hallaba bajo la protección del célebre mamoncillo. Hay quien dice que este magnífico árbol se pone más verde y más lozano en los días de fiesta que en los demás días. Será por el calor que le presta la juventud española que aquí se siente feliz al amparo de sus ramas. Este mamoncillo es el verdadero árbol de la «unión y concordia»... Si fuese un alcornoque estaría á estas horas seco y pálido de envidia.

¡Válganos Dios y cómo estaba aquello! Más de cien parejas bailaban al estilo clásico al son de la gaita y del tambor. Allí estaba Pepa la Maca bailando con un garrido mozo del ramo de sedería, llamado Polidoro Menéndez. Ella hace unos cinco meses que llegó con el pañuelo «atao arriba», y ahora luce una *castaña* y unas *cocas* imponentes. De todos modos, está muy guapa con

su blusa de *nansú* muy historiada, su falda de piqué blanco y sus zapatos á lo Luis XV, de color de avellana... ¡Que Dios la proteja y la guíe por buen camino! En cuanto á Polidoro ¡había que *lo* ver! Estrenaba un flus de color castaño á rayas y un sombrero de paño de color verde seco. Un pañuelo de seda rojo atado al cuello y otro de seda azul con las puntas asomadas en el bolsillo alto de la americana. A cada salto que daba se le veían los zapatos de charol de corte bajo primorosamente trenzados y unos calcetines de color «verde Nilo» que quitaban el hipo. En una de las vueltas Polidoro se echó el sombrero hacia atrás dejando al descubierto un rizo ensortijado y asesino que le caía sobre la frente. ¿Y aquél bigote crespo y enroscado?... ¡Fascinador!

Cesó el baile por un momento y algunos simpáticos señores de la Directiva del «Club de Boroñaza» llegaron á ofrecernos sendos vasos de sidra dorada y luminosa. Servando Pandiello se había olvidado de su gastrorrea crónica y bebió. Pocos instantes después lo vi con el *jipi* ladeado y los ojos bailadores. ¡Bueno!

Como el calor era sofocante nos fuimos á dar una vuelta por los alrededores. Apenas habíamos dado diez pasos cuando tropezamos con un grupo de rapaces que se miraban con cara torva. Allí se estaba incubando sin duda la «bronca» sacramental. Uno decía:

—¿Pero quien í dixo á esti morral que los de Cabrales cantaben mejor que los boroñones?

—Pues así ye, ¡me caso en mi alma! Non hay más que tener oreyes. Tú, según paéz, lo que andes buscando ye que yo te convenza con este cibiello.

La camorra era inminente, por lo cual me acerqué á los mozos y les dije.

—¡Chachos, callaivos! Si bien canten los bo-

roñones bien canten los de Cabrales; y, sobre todo, non vos olvidéis de que aquí, en Cuba, los asturianos debemos de cantar todos á una. ¡Ea, se acabó!

Y allí se acabó, en efecto, la incipiente tronada. Entonces me volví para hablar con Servando Pandiello, mas éste había desaparecido. Me puse á buscarlo, y en una de las vueltas me encontré frente á una glorieta rústica donde alguna gente del señorío se solazaba y reía á sus anchas. Uno del grupo, joven, elegante, pulcro y perfumado vino á saludarme.

—¡Cómo!—le dije—¿Tú por aquí, Caxines? ¿Por qué no vas á juntarte con los de Boroñaza? Está aquello que escentella.

—¡Qué quiere decir *escentella!*

—¡Anda, Dios! Es verdad que tú eres un asturiano de los superfinos. Sin embargo, esa palabra es bien corriente allá en tu pueblo... En el Rañadoiro.

—¿Quién se acuerda de eso? Además, si no voy á mezclarme con mis paisanos no es por desdén ni por orgullo. Es que me parece que estamos haciendo un papel deplorable con estas fiestas de los tiempos bárbaros...

—¡Oye tú!...

—Este es un país civilizado, y entiendo yo que á lo que debemos propender los asturianos es á ponernos á la altura de la civilización que nos rodea. No es que me parezcan del todo mal estas fiestas campestres, pero sí suprimiría, por ejemplo, la gaita, y la sustituiría por el violín.

—¿El vigüelín, me dijiste?

—Sí, señor. En Alemania, en Suiza, en Bélgica los campesinos interpretan á Wagner en sus fiestas.

—Pues mira, los asturianos interpretan algo más grande... Interpretan su corazón. Vaya,

abur, Caxines. Haces bien en no ir por el mamoncillo. Se te iban á arrugar los títulos.

Por fin me vine á encontrar á Servando Pandiello debajo del mamoncillo: pero de pronto me costó gran trabajo el creer en lo que veían mis ojos. Estaba bailando por todo lo alto en medio de un gran corro de jaleadores ó de burlones que celebraban el garbo de Pandiello con gran algazara. Tenía el cuello y los puños de la camisa hechos guiñapos y la espalda de la chaqueta toda chorreada en sudor. La compañera de baile de Pandiello era una cocinera llamada Bernarda Ronzales, natural de Villayón, de rostro amondongado, pero muy limpia, de gran *solana* y de gran *forno*.

—¡Arriba, Pandiello!—grité con sincero júbilo.

—Aquí me tienes—me dijo á su vez, plantándose ante mí con los pies muy abiertos, porque había indicios de terremoto.—Aquí me tienes en medio de mis glorias.

—¿Y el reuma?

—¡Murió el reuma!... ¡Eh, tú!... A ver, mozo. Venga esa botella de sidra para convidar á mi compañera... Para convidar á todo Dios.

El mozo abrió la botella con tan mala suerte que el corcho le dió á Pandiello en mitad de las narices, y un escandaloso surtidor de sidra chispeante y espumosa le inundó la cara y la pechera de la camisa. Lejos de enfadarse, Pandiello celebró el paso con un *¡¡ixuxú!!* frenético. Luego se puso á cantar «el cantar de la panoya». Después hizo tales extremos de alegría que llegué á temer seriamente por su salud.

Los rumores de la fiesta habían disminuido con la caída de la tarde. Los romeros se aprestaban para el regreso á la ciudad. Entonces fué cuando se le ocurrió á Servando sentarse en una

piedra á la vera del río. Luego apoyó los codos en las rodillas, sumió la cara entre las manos y se echó á llorar con la amargura más risueña del mundo.

—¡Adiós!—exclamé.—¡merluza romántica! ¿Por qué lloras, Pandiello?

—Qué sé yo... ¿No oyes esa gaita que se va?... Atiende... Está tocando: «A coger el trébole»... Lo que yo bailé en mi pueblo la tarde antes de embarcarme para la América... ¡Dame más sidra!

—Arriba que ya es hora de marchar. Todos se van.

—Mejor... Vete tú también... Yo quiero dormir aquí... Yo quiero morir aquí... Aquí, entre los castañares de la Riera... A ver: que venga más sidra: que venga un gaitero... ¡Cantad, rapaces, cantad!...

A duras penas conseguí meter á Pandiello en un carruaje.

A la mañana siguiente me fuí á su cuarto y me lo encontré con un pañuelo amarillo atado á la cabeza y dándose fricciones en las piernas con alcohol alcanforado.

—¡Ey, camará! ¿Qué tal has dormido?

—¡Mucho dormí!... ¡Mucho soñé!... ¿Sabes lo que te digo?

—¿...?

—Que me embarco para Asturias en esta Primavera.

Por la «Covadonga»

En realidad yo no debiera de escribir este artículo «Burla Burlando» porque el tema no es de los que despiertan la risa sino la meditación y el sentimiento... Además se va á tratar de un dolor de tripas y de otros dolores, los cuales suelen ser, para el que lo sufre, una cosa bastante más seria que una bronca política ó una nota diplomática más ó menos perentoria.

Con uno de esos dolores acerbos me fuí hace pocos días á la «Covadonga,» casa de salud del Centro Asturiano y lugar de refugio y de consuelo para los que llaman á sus puertas en horas de dolor y de angustia.

Un señor de mediana edad y de estatura mediana, envuelto en una túnica blanca, rubio, más calvo que yo, lo cual siempre es un consuelo, de nariz gruesa, de tez sana y de ojos alegres me llevó á una estancia espaciosa, limpia y blanca. Todo aquello me inspiró confianza y hasta sentí que cierta quietud bienhechora inundaba la parte dolorida de mi cuerpo... ¡Lo que pueden la luz y la alegría!

—Pues yo, doctor—murmuré... ¿Cuál es su gracia?

—Doctor Albertini.

—Por muchos años.

—Gracias y usted que los vea.

—Mil gracias. Pues yo, doctor, siento aquí por delante ciertas acometidas, aquí por detrás ciertas escaramuzas, aquí más abajo ciertos estruendos, aquí más arriba ciertos ataques...

—Ya ya... Una batalla campal... ¿A ver la lengua?... ¿A ver el pulso?... Muy bien. Está usted más sano que una paloma silvestre. Todas esas agitaciones no son más que majaderías de la dispepsia. ¿Usted pertenece ó ha pertenecido á la cofradía de los «fartones»?

—No señor; nunca tuve esa honra.

—Pues con un sencillo medicamento que le voy á dar podrá usted ser, dentro de dos ó tres semanas, un «fartón» más, impunemente.

Y el simpático doctor Albertini me remitió, acto contínuo, al pabellón «Maximino Fernández», ya casi curado de mi malestar, porque estos médicos amables y sonrientes curan tanto ó acaso más con su gracia que con su ciencia... Lo digo porque yo me fuí á consultar una vez un resfriado simple con un doctor eminente, el cual, después de hacerme guardar dos horas de antesala, me recibió con duro gesto en un gabinete sombrío, todo poblado de esqueletos y de calaveras y de instrumentos de tortura... Cuando me ví otra vez en la calle me creí que había resucitado.

Me llevaron, como digo, al pabellón «Maximino Fernández» y me instalaron en una habitación magnífica, semejante por su limpieza y blancura al camarín de una virgen. Tres camas tenía de hierro esmaltado de blanco con la «Cruz de la Victoria» en relieve dorado sobre la cabecera. Las cubrían y protegían mosquiteros blancos y coquetones adornados con encajes. Las mesitas de noche, blancas; el lavabo, blanco... Tanta albura más parecía dispuesta para curar las lacerías del espíritu que las del cuerpo... Todo haría falta. Una brisa deliciosa cargada de olores campesinos ondulaba entre los mosquiteros. Desde allí se descubría la verde pompa de la floresta tropical y se percibían gorgeos de pájaros y arrullos de palomas.

No tienen residencia más hermosa gran parte de los ricos y dichosos de la tierra y esta se halla aquí dispuesta para albergar á los pobres y á los desdichados. Uno de mis compañeros de cuarto es un «probín,» aprendiz de maquinista, que vino con los «costazos frayaus.» Trabajaba en un ingenio, con un sueldo bien escaso, pero siempre consideró el «peso y medio de la quinta» como dinero sagrado y aquí está satisfecho, bien atendido, cuidado con amor y libre de los pensamientos iracundos de que son víctimas aquellos que se gastaron el santo «peso y medio» en el café ó en el lupanar.

Sin embargo, no todos los edificios del sanatorio «Covadonga» ostentan la misma comodidad y belleza que el «Maximino Fernández.» Hay algunos como el «Manuel Valle,» de construcción antigua y defectuosa donde los enfermos carecen del espacio suficiente para su esparcimiento y solaz; mas ya el espíritu providente de nuestro Gobierno social se apresta á remediar estos males y los remediará con creces puesto que se halla hoy simbolizado ese espíritu en un gran asturiano, don Manuel Antonio García, hombre de clara inteligencia y de grandes arrestos.

Además, el meritísimo socio y notable orador del Centro Asturiano, don Eduardo Gonzalez Bobes, ha presentado una moción en este sentido en la última junta general siendo acogida con generales aplausos. Algunas veces he tenido también ocasión de hablar de magníficas reformas y de monumentales proyectos con Amalio Machín, el popular y queridísimo Secretario general del Centro Asturiano y con el celoso y competente administrador actual de la «Covadonga» Maximino Fernández y González. Machín contestaba siempre á mis indicaciones:

—¡Todo se hará!

Y Maximino Fernández:

—¡Todo se andará!

Cuando asturianos del temple y la enjundia de estos se expresan así, no hay más remedio que creer en la posibilidad de ver realizados, en tiempos no muy lejanos, los más brillantes ensueños. El Sanatorio del Centro Asturiano no es ni acaso lo será jamás superado por ninguno otro y la obra ya realizada es prenda que así lo augura. Hoy cuenta ya con seis ú ocho edificios modernísimos dotados con todos los adelantos que la ciencia médica exige siendo de admirar por su disposición y riqueza el pabellón dedicado á la hidroterapia... Desde que he refocilado mi cuerpo en uno de aquellos baños ya no les tengo envidia á las piscinas de los sultanes.

El buen doctor Albertini me dió licencia una tarde para salir á dar una vuelta por los jardines y paseos de la quinta y un amable y antiguo empleado de la casa se brindó á acompañarme.

Por aquellas hermosas avenidas llenas de sombra vegetal, de silencio y de calma, andaban los enfermos paseando sus dolores y sus tristezas. Se veían bastantes ancianos de rostro flaco y macilento marchando con paso fatigoso. Algunos hablaban de Pravia, de Villaviciosa, de Tineo, de Cangas de Onís... Otros hablaban de los campos asturianos, de sus otoños y de sus primaveras. Por lo que se ve todos estaban más ó menos afligidos por la «nostalgia,» enfermedad incurable fuera del valle nativo... Más allá tuvimos un encuentro poco grato. Dos mozos llevaban una camilla de lona blanca de la que sobresalían unos pies calzados con pantuflas viejas y raídas.

—¿A dónde llevan á ese enfermo?—le pregunté á mi acompañante?

—No es un enfermo... Es un muerto.

—¡Pobrecito! ¿Quién era?

—Era un viejo asturiano que estuvo muy rico. Se casó allá por el Camagüey. Tuvo muchos hijos, muchos nietos, muchos sobrinos, muchos cuñados, muchos primos y multitud de amigos mientras fué opulento... Después se arruinó, envejeció, se enfermó y se murió ahí sin tener una mano cariñosa que cerrara sus ojos.

—¡Qué soledad!

—No tanta, porque al menos puede decirse que aquí murió entre los suyos, los asturianos, en su casa y en su lecho.

—¡Obra santa y bendita!

Seguimos nuestro paseo y al llegar cerca del pabellón «Benito Celorio» reparé en un grupo de enfermos de aspecto extraño que se hallaban en un parquecito sombreado por árboles frondosos y cercado por una empalizada.

—¿Y esos qué enfermedad padecen?

—Esos son los infelices que han perdido la razón ó que están á punto de perderla.

—¿Aquél que pasea tan grave y solemne?

—Ese tiene la manía de las grandezas. Es emperador.

—¿Y aquél que traza signos con el dedo en el tronco de la ceiba?

—Ese tiene la manía del vuelo. Ha inventado una máquina voladora con la que espera llegar á Júpiter.

—¿Y el de más allá que nos mira con ojos feroces?

—Ese padece la manía de la destrucción. Dice que es Morral.

—¿Y el de más abajo que está escarbando en el suelo?

—Ese infeliz sufre de una manía rara. Ha descubierto el modo de inventar hombres artificiales, para lo cual dice que no se necesita más que tierra y saliva.

—¿Y aquéllos otros?

—Uno tiene la manía del saber; otro la manía de las riquezas; otro la manía de la inmortalidad. Dice que es Moisés...

—Entonces no falta aquí más que una Eva.

—¿Para qué?

—Para tener una representación completa de la humanidad.

Me retiré á mi hospedaje á la hora de la comida, por cuyo motivo me fué dable recoger algunas notas alhagüeñas.

La comida regular en la «Covadonga» está compuesta de cuatro ó cinco platos abundantes, sanos y gustosos á elección del huésped, siendo servida á los que pueden levantarse en unas mesitas de mármol en la ámplia y fresca galería interior del pabellón. En cubiertos, platos y servilletas brilla la mayor pulcritud y en los criados y enfermeros afabilidad y diligencia. Dominado por el grato aroma de los manjares, llamé á un lado á José Campa, primer enfermero del pabellón, y le dije:

—Hombre: ¿no me podrías conseguir una cazuela de ese caldo gallego?

—¿Pero usted no tiene una hipercloridia aguda?

—Creo que sí; pero tal vez la hipercloridia no esté reñida con el caldo gallego.

Campa me miró de tal manera que me ví precisado á renunciar al pote por entonces.

¿Os he de cantar ahora las glorias alcanzadas por los fundadores y mantenedores de esta magna institución llamada Centro Asturiano? No hay para qué, puesto que esa tarea ya ha sido brillantemente realizada por plumas ilustres. Además estos mantequeros, estos tenderos, estos tabaqueros y estos obreros que sostienen y gobiernan y dirigen tan sublime empresa no nece-

sitan de los bullangueros estímulos de la trompeta de la fama para cumplir con su deber sagrado. No son sabios; pero son buenos... Tan buenos, que hasta perdonan las injurias de los que están obligados á bendecirlos por varias razones. No brillan, en fin, en academias, ni en ateneos, ni en casinos, ni en cafés, pero tampoco brillan las raices de las plantas, y, no obstante, de ellas procede la flor que alegra la vida y el fruto que la sustenta.

El ilustre Albertini me cumplió su palabra de meter paz y sosiego entre los elementos levantiscos de mis entrañas y á los pocos días me retiré á mi casa contento y agradecido. Por cierto que al llegar á la puerta de la «Covadonda» me volví para gozar otra vez de su encantadora perspectiva y para murmurar hondamente conmovido:

—¡Bien hayan los fundadores y mantenedores de este amable asilo! ¡Qué Dios tenga en su santa gloria á los que murieron y les preste á los que viven el acierto necesario para cumplir con su misión sublime y la fortaleza indispensable para luchar contra las míseras pasiones que se arrastran por ahí!...

El cantar de la gaita

PRÓLOGO

Aunque el cartel del Certamen Literario del Centro Asturiano me pide «un cuento de asunto exclusivamente asturiano» yo vengo á contaros una historia que acaso logre interesar á los graves y discretos señores del Jurado algo más que todos los cuentos que haya podido inventar la «gayaspera» musa asturiana. Mi historia se titula «El Cantar de la Gaita» y el asunto está oliendo á pomarada. Con esto y con que Dios me ilumine, mías han de ser la gloria y... las pesetas que promete al vencedor en este torneo del *gay saber* esa Institución generosa y magnánima.

I

Aquella gaita la ví por vez primera siendo yo muy niño, en una gran función religiosa de la ciudad. Salía por la puerta de la Catedral, detrás del palio, entre reverendos sacerdotes cubiertos con sus relucientes capas pluviales, cerca del señor Corregidor y del Capitán General. Nubes de incienso le envolvían y caía sobre ella una lluvia de flores. Aquellos en que entonaba sus cantares al Supremo Ser fueron los tiempos de su mayor gloria. No había gaita más armoniosa ni más lucida en toda la comarca. Su fuelle era de ter-

ciopelo rojo, su puntero de boj estaba adornado con cintas de seda amarillas y verdes; ancho fleco de oro con borlas de seda azul colgaba del bordón y en el extremo de este se veía un manojo de flores de madreselva. El gaitero se llamaba Juan Andulina, que en mi tierra quiere decir «golondrina». Era un mozo apuesto y gallardo cuyo rostro andaba impreso en muchos corazones femeninos. *¡Tiruliiii!* cantaba la gaita y las entrañas de la muchedumbre se extremecían. Los santos y las vírgenes que iban en la procesión sonreían, sonreían de amor al sentirse acariciados por aquella música inefable. Andulina soplaba y soplaba dando salida con su aliento al poético ambiente que llenaba su corazón. Andulina dictaba y la gaita se apresuraba á interpretar sus dictados henchida de esperanza y de gloria.

Liru, liru, liiii,
liru, liru, laaaa.

Pasaron los tiempos, y hoy aquel pueblo amante de sus tradiciones y de su Dios, ha perdido la fe y la esperanza, y en medio de sus dudas punzadoras sólo viene de cuando en cuando á prestarle consuelo una celestial armonía, que vierte sobre su alma agostada estas gotas de rocío:

Liruliiii,
lirulaaa.

II

Poco tiempo después, encontré la gaita de Andulina en el cuartel de la Ciudad. El extranjero amenazaba invadir nuestra Patria. En el

patio del cuartel estaban reunidos todos los mozos de la Provincia que habían de entrar en campaña. Sus cuerpos eran recios y sus almas varoniles; pero la idea de un porvenir incierto los traía mustios y pensativos. De repente aparece Andulina en la puerta del cuartel con su gaita al hombro. Su pecho guardaba entonces alientos de huracán. Se puso á tocar una balada montañesa, grande y heróica. *¡Larulee, larulaa!*, clamaba la gaita, y al instante la cercaron, ardiendo en patrio amor, los guerreros campesinos, *¡Ixuxú!* ¡Viva España! *¡Ixuxú!* gritaban los rapaces con voces roncas y enardecidas. De pronto llegó una banda de trompetas lanzando al espacio sus notas vibrantes. Aquellas notas atronaban la cabeza, pero enfriaban el corazón. La gaita se retiró, y al retirarse el roncón protestaba con sus más hondos zumbidos y el puntero con sus trinos más agudos. ¡Qué cornetas ni qué rayos! ¡La suya era la verdadera voz de la Patria!... Más tarde, cuando el batallón de reclutas pasaba por el camino, en dirección á la guerra, Andulina, desde la quintana de enfrente, exhalaba por lo bajo estos sollozos: ¡Cuitadinos, cuantos volverán!; mas la gaita, cobrando después entonaciones épicas, decía:

Liru, liru, liiii,
liru, liru, laaaa.

¡Ay! pocos meses después caía mortalmente herido sobre el campo de batalla el infeliz recluta y expiró sin dolores ni congojas, porque su alma estaba embebecida escuchando una música encantada que blanda y amorosa le decía:

Liruliiii,
lirulaaa.

III

Habían pasado algunos años cuando vine á encontrarme otra vez á Andulina con su gaita en el muelle de Gijón. Estaba rodeado de emigrantes que, por aplacar sus penas, habían suplicado á Andulina que viniese á despedirlos. *¡Liruliiii, lirulaaaa!* Así parlaba la gaita, empezando por un cantar alegre y acabando con un gemido. Los «probinos» emigrantes cantaban y bailaban y reían echando ojeadas de cuando en cuando á las cumbres lejanas... Por allí quedaba el valle nativo. Andulina y su gaita les hacían disfrutar de algunos momentos de dolorosa ventura. De repente, la voz tonante del pito del vapor arrolló brutalmente los delicados gorjeos de la gaita. Era la ronca y áspera voz del progreso, ante la cual la gaita enmudeció. Pero una hora más tarde, Andulina se apareció, con su gaita al hombro, en la punta del muelle. ¡Adiós, queridinos!—les gritó Andulina con la voz empañada.—¡Adiós, adiós! —contestaban desde la cubierta los pobres emigrantes. Luego siguieron diciendo ¡adiós! con los pañuelos, porque sus gargantas ya no podían gritar. Y como último ¡adiós! la gaita entonces comenzó á gemir:

Liru, liru, liiii,
liru, liru, laaa.

¿Qué sucedió después? Abandonado y enfermo en las remotas playas el mísero emigrante, solo encuentra aliviados sus dolores cuando se imagina escuchar, en medio de sus delirios, el eco suave de una canción que le dice entre suspiro y suspiro:

Liruliiii,
lirulaaa.

IV

Aún acariciaban mis oídos estas últimas ondulaciones de la gaita de Andulina, cuando me la volví á encontrar en la verbena de San Juan de Carrizosa. El corro del baile se había formado en la plaza de la aldea, iluminada por farolillos de papel que pendían de cordeles tendidos de laurel á laurel y de ventana á ventana. Todos los rapaces bailaban, menos Pepe y Margarita, embelesados, en el corredor de la panera, en sus pláticas de amor.—Antes—decía Pepe con la palabra ardiente—antes me falte Dios que yo á mis promesas, reitana mía. Margarita lo escuchaba ruborosa y muda. Entre tanto Andulina no apartaba sus ojos rabuñadores de la amartelada pareja y la gaita parecía comentar con voz gangosa y marrullera aquel juramento de amor. Por fin, Pepe y Margarita bajaron á tomar parte en el baile: él henchido de gozo y de orgullo: ella recogida y honesta y muertecita de amor... Muy tarde se retiraron de la fiesta Margarita y Pepe. Este se empeñó en acompañar á Margarita. Para llegar á la casa de la doncella era necesario atravesar unos prados que embriagaban con sus aromas nocturnos. En esos prados fué donde Margarita oyó los últimos y lánguidos ecos de la gaita que llegaban á sus oidos tiernos y amorosos murmurando:

Liru, liru, liiii,
liru, liru, laaa.

¡Ay! aquel pirata, aquel fementido, no cumplió sus sagradas promesas. Margarita desde

entonces se fué convirtiendo en lirio, y hoy, cuando va por esos caminos, interrumpe de cuando en cuando sus sollozos porque cree escuchar las vagas notas de una música plañidera que la dice:

Liruliiii,
lirulaaa.

V

Habían transcurrido dos lustros cuando vine á encontrar otra vez á Audulina con su gaita. Fué en la pintoresca villa de la Felguera. Salía de la iglesia parroquial acompañando á una boda. El novio era Anselmo, mocín como un pino de oro. La novia era Laura, digna rival de las rosas mañaneras por la frescura de su tez y la delicadeza de su talle. Los recien casados iban del brazo y detrás les seguían los padrinos, labradores ricos, rodeados de los padres, de los abuelos y de muchos parientes y amigos de los novios, todos vestidos de fiesta. La comitiva se dirigía á la casa de la novia por el camino del Regueiral. Era una mañana de sol del mes de Mayo. Los árboles inclinaban sobre la venturosa comitiva sus doseles floridos y la perfumada zarzamora tendía á lo largo del camino sus tapices sembrados de mariposas y de flores. *¡Glay, glay!* arrullaba la gaita, marchando detrás de los novios. Luego entonaba otros himnos sonoros y dulces al Amor. Laura va palidina, palidina, con los ojos bajos. Anselmo á cada paso la mira de lado reprimiendo á duras penas un suspiro. La gaita los acecha y les dice con sus arpegios llenos de dulzura:

Liru, liru, liiii,
liru, liru, laaa.

Llegaron luego para Laura y Anselmo días de duelo, días de augustias supremas, mas á veces tienen inundado su corazón por una sonata sin voces ni palabras, pero que dice con inefable ternura:

Liruliiii,
lirulaaa.

VI

Otros diez años habían transcurrido. Yo estaba pasando una temporada en la deliciosa aldea del Tomillar. Una mañana oí las lejanas melodías de una gaita. Es la de Andulina, sin duda, porque solo ella sabe penetrar tan adentro en mi corazón. Llego á su encuentro y la digo: ¡Salve, oh gaita divina! Ahora venía acompañando á un bautizo. El niñín iba en brazos de la nodriza, una labriega hermosa como un sol, envuelto en blanquísimo y holgado faldellín bordado; y su carita, sumergida en una nube de encajes, semejaba un capullo de rosa. Detrás venían los padrinos del niño. Como eran novios, él la decía por lo bajo palabritas á ella, señalando al nuevo cristiano. La madrina se cubría de rubor. Seguían algunos rapaces y rapazas hablando de sus cosas y rodeados de un tropel de niños y niñas, todos tan guapos, que aquello parecía la comparsa de la primavera. Entre todos marchaba Andulina semejante á una divinidad campestre. Mas ¡ay!, el asturiano Orfeo ya ostentaba en su frente alguna arruga y en sus patillas alguna cana. *¡Gliruglii, gliruglaaa!* preludiaba la gaita, pero en los labios del gaitero asomaba una contracción de amargura. El niño comenzó á llorar con gañidos

penetrantes y vigorosos, mas su llanto se trocó en sonrisa angelical cuando la gaita susurró á su vera:

Lirù, liru, liiii,
liru, liru, laaa.

Ya aquel niño ha tocado los umbrales de la edad madura. El desengaño ha venido á marchitar la flor de sus ilusiones. A veces tanto le apura el tedio que quisiera arrancarse violentamente la vida; mas siempre le contiene el dulce musitar de una plegaria que viene á depositar en su alma estas gotas de miel:

Liruliiii,
lirulaaa.

VII

Mucho tiempo después subí á la ermita de Nuestra Señora del Acebo. Era el día de la fiesta de esta imagen venerada. La ermita está situada en un rellano de la sierra, en medio de una campera protegida por abedules y hayas seculares. Aquella campesina morada de la Madre de Dios, ostenta una blancura inmaculada. Es la hora de la misa, y la multitud de romeros se encuentra arrodillada en torno de la ermita. Dominando la voz de los cantores se oyen los trinos de la gaita de Andulina. La ví después en la procesión, al lado del señor Arcipreste. ¡Amado Andulina! Sus espaldas empiezan á encorvarse y la gaita mezcla ya un sollozo con cada cántico de gloria. Ya su fleco de oro y sus colgantes de seda no lucen aquellos brillantes colores de antaño. Más tarde la volví á ver en medio de la campera, rodeada

por la juventud bailadora; mas de cuando en cuando la gaita desentonaba, la gaita se dormía... En esto rompe á tocar una música estridente, una música canallesca, desconocida en aquellas montañas. Era la de un organillo de la civilización, que había llegado de la ciudad. La mocedad campesina abandonó á nuestro gaitero y se entregó al baile ciudadano, con todas sus torpezas y sus locuras. Al verse abandonada de esta suerte la gaita, la encantadora musa de nuestros valles se puso á sollozar de esta manera:

Liru, liru, liiii,
liru, liru, laaa.

Del alma campesina huyó la cándida inocencia; pero aún encuentra alivio á sus congojas, cada vez que resuenan por los campos asturianos, estas notas enviadas por la infinita misericordia de Dios:

Liruliiii,
lirulaaa.

EPÍLOGO

Andulina, con la cara de un dios desterrado, volvió la espalda y se alejó, y con él pareció alejarse también la luz del día. Poco después el destino tendió sobre el campo del Acebo una niebla densa. Los romeros, con sus tiendas, con sus carros, con sus enseres y sus cabalgaduras, fueron desfilando monte abajo, formando grupos bulliidores.

Los borrachos aullaban, los lascivos rugían, los iracundos blasfemaban. Ni una sola nota se oía en alabanza de nuestras tradiciones, de nues-

tras glorias, del Supremo Ser... Entre tanto, allá en medio de las eternas nieblas, camino de la montaña, camino del infinito, las melancólicas notas de la gaita de Andulina se extinguían como un lamento, como una voz tenue y moribunda que divaga en el abismo:

Liru, liru, liiii,
liru, liru, laaa.

Y los ecos de los valles, repetían con clamor doliente:

Liruliiii,
lirulaaaaaaa.

EPÍLOGO

Acabo de recibir la visita, para mí siempre grata, de Manuel Alvarez Marrón. Esta vez los ojos vivarachos y sonrientes de Alvarez Marrón, me miraban con mayor curiosidad que nunca. A mí me parecía que también me miraban con cierta malicia inexplicable. Después de los cariñosos saludos de costumbre, hablamos de este modo:

—*Sabrás que,* burla burlando, *voy á publicar otro libro.*

—*¡Cuánto me alegro! Será un exitazo; yo te lo aseguro.*

—*La mayor parte de los artículos son inéditos, y todos ellos de marcado sabor asturiano.*

—*El éxito, pues, estará doblemente asegurado.*

—*Don Juan Bances Conde, digo,* Pepe García, *escribirá el prólogo.*

—*Miel sobre hojuelas, amigo Marrón.*

—*Y tú escribirás el epílogo.*

—*¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco? ¿Epílogo mío para un libro tuyo? ¿No comprendes, Marrón de mi alma, que sería el mayor crimen literario que se pudiera cometer, aún con ser tantos y tan atroces los que á diario cometen los centenares de tontos é ilusos que se dedican á emborronar cuartillas?*

—*Tú escribirás el epílogo.*

—*En ese caso no te aseguro el éxito del libro. ¡Fracasarás, en justo castigo á tu terquedad y desacierto!*

—*Tú escribirás el epílogo... ¡Adiós!*

Alvarez Marrón se ha marchado, y al dejar de percibir el ruído de sus pasos en el último peldaño de la escalera, confieso que se apoderó de mí ese desasosiego que experimenta todo aquel que se encuentra en vísperas de acometer una obra de alguna importancia, suponiéndola superior á sus fuerzas.

Manuel Alvarez Marrón, es el escritor asturiano

que mejor y con más acierto ha escrito hasta ahora sobre cosas de Asturias, y especialmente sobre cosas de los llamados indianos. *Armando Palacio Valdés, el novelista insigne cuyo nombre, querido y respetado, pasará á la posteridad nimbado de gloria, nos da á conocer unos* indianos *en «*EL CUARTO PODER*», que más que* indianos *que retornan á España—su patria adorada—parecen* pelados *mexicanos ó* ñáñigos *de los barrios extremos de la Habana. Y si esto ocurre con uno de los primeros novelistas españoles, ¿qué no ha de ocurrir cuando uno de esos escritorzuelos, más llamados á sembrar lechugas que á cultivar género literario alguno, en sus manos pecadoras toma la pluma para decir lindezas de los tan injustamente vapuleados* indianos? *La obra de los tales escritores, es cosa que mueve á lástima y á risa.*

Salga usted de su patria cuando apenas ha dejado la edad de la inocencia; embárquese en un vapor cualquiera en busca de lo ignorado, pero con fe en el alma y ánimo en el corazón; llegue usted á tierras americanas; sufra golpes que ocasionan profundas heridas en el espíritu y golpes que maceran el cuerpo; trabaje y trabaje sin descanso y sufra y sufra sin tregua para buscarse un modesto porvenir y para remediar los males materiales de su familia; honre en todo momento á la ausente é inolvidable tierra nativa; sea usted una persona decente, honrada y digna, y si no pierde la vida en tan formidable batalla, regrese á los patrios lares ávido de besar el suelo en que jugueteó cuando niño y dispuesto su corazón para todo acto noble, generoso y grande, y encuéntrese con la amarga decepción de que un lechuguino cualquiera diga, despreciativamente, viéndole á usted pasar: Ahí va un indiano.

Afortunadamente el prejuicio contra los indianos *ya va desapareciendo. La obra inmensa, constante, de don Rafael María de Labra y de la sana prensa española á tal fin encaminada, va surtiendo sus efectos. No está ya lejano el día en que se reconozcan los grandísimos méritos que para con España contraen día tras día, los tan injustamente maltratados* indianos.

Alvarez Marrón contribuye como el que más á esa gran obra de reparación y de justicia. La colección de artículos que inserta en este libro, prueba de un modo concluyente la verdad de lo que digo.

Hace pocos días iba yo en un tranvía de la línea del Vedado. Cuatro asientos más adelante del que yo ocupaba, iba una señorita de esas que, al verlas, hacen á uno exclamar con Campoamor:

«¡Qué formas de belleza soberana
modela Dios en la escultura humana!»

La bella señorita leía en las columnas de un periódico. De vez en cuando soltaba alegre carcajada. Después sus rojos y divinos labios estámparon un dulce y sonoro beso en determinado lugar del periódico. Una curiosidad irresistible me hizo acercarme á ella. Miré con cierto disimulo y pude convencerme de que el artículo que leía tenía este título: Burla burlando. *Y me canvencí también de que el dulce y sonoro beso de aquellos labios rojos y divinos, había sido estampado sobre este nombre:* M. Alvarez Marrón.

¡A tanto obliga y tales milagros hace el poder del genio, cuando se desgrana en blancas cuartillas para después aparecer en columnas de periódicos y en páginas de libros, en forma de pan del espíritu!

¡Que Asturias, que España entera comprenda la hermosa obra de Alvarez Marrón, tan perfectamente como la ha comprendido América representada por la bella señorita cubana de labios rojos y divinos. De este modo se habrá reparado la tremenda injusticia que se ha venido cometiendo con los emigrantes, y se evitará que un lechuguino cualquiera vuelva á repetir despreciativamente: Ahí va un indiano.

Si esto es un epílogo, dejo con ello complacido á mi querido amigo Manuel Alvarez Marrón.

Habana, 29 de Julio de 1912.

Amalio Mlachín.

ÍNDICE

Prólogo-Diálogo. V
De indiano á labriego. 1
Amistad campesina. 9
Campiello conquistador. 15
Sol tropical. 22
La promesa. 29
La herencia del indiano. 36
El cantar de la tierrina. 43
Cizaña 48
Comedia nueva. 53
El molino del indiano. 60
¡Siempre boroña! 67
Retamosa. 73
Gaita patriótica. 80
La inundación. 85
La gran revuelta. 93
El gabán de don Lucas. 100
Providencia indiana. 105
¡Trabaya Anselmin! 111
Dinero á réditos. 118
La voz del terruño. 124
La llueca. 130
Tal para cual. 135
Notas de un emigrante. 142
Cantarinos. 149
Correspondencia del indiano. 155
Los convites del tio Caloyo. 161
La fontina. 167
El maestro de Cibuyo. 173
Un indiano reformador. 180
El orfeón de Turuleque. 188
El nuevo conquistador. 194
Notas campesinas. 199
La jira. 203
Por la «Covadonga». 210
El cantar de la gaita. 217
Epílogo. I

ESTA OBRA HA SIDO IMPRESA
EN EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE LA VIUDA
DE MONTERO, BOULEVARD
DE FERRARI, VALLADOLID.
ENERO DE MCMXIII

M. ALVARE

BURLA

BURLANDO

G 44152